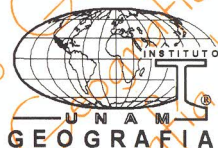


**I. TEXTOS MONOGRÁFICOS:
4. URBANIZACIÓN**

GEOHISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO (SIGLOS XIV A XIX)

**María Teresa Gutiérrez de McGregor
Jorge González Sánchez**



**TEMAS SELECTOS DE
GEOGRAFÍA DE MÉXICO**

María Teresa Gutiérrez de MacGregor es doctora por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y por la Sorbona de París, investigadora titular en el Instituto de Geografía de la UNAM e investigadora Emérita por la UNAM y por el Sistema Nacional de Investigadores. Se ha especializado en estudios de Geografía Urbana y Geografía de la Población. Ha escrito ocho libros y numerosos artículos de investigación. Es Miembro Honorario de la Royal Geographical Society de Londres y de la Société de Géographie de París y fue Vicepresidenta de la Unión Geográfica Internacional (UGI) de 1984 a 1992.

Jorge González Sánchez es maestro en la especialidad de Planeación. Técnico Académico en el Departamento de Geografía Social del Instituto de Geografía de la UNAM, donde ha publicado más de 15 trabajos de investigación, además, ha participado en más de 30 publicaciones (artículos, capítulos de libro, libros, mapas, etc.). También ha impartido diversos cursos en las licenciaturas de Geografía y de Urbanismo en la UNAM.

GEOHISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

(SIGLOS XIV A XIX)

I.4.2

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Juan Ramón de la Fuente
Rector

Lic. Enrique del Val Blanco
Secretario General

Dr. Daniel Barrera Pérez
Secretario Administrativo

Dr. Jaime Martuscelli Quintana
*Secretario de Servicios a la
Comunidad Universitaria*

Dra. Elvia Arcelia Quintana Adriano
Abogada General

Dr. José Narro Robles
Coordinador General de Reforma Universitaria

Dr. René Drucker Colín
Coordinador de la Investigación Científica

INSTITUTO DE GEOGRAFÍA

Dr. José Luis Palacio Prieto
Director

Dra. María Teresa Sánchez Salazar
Secretaria Académica

Dra. Atlántida Coll-Hurtado
Editor Académico

Lic. Mayela Lara Morales
Secretaria Administrativa

GEOHISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

(SIGLOS XIV A XIX)

I.4.2

María Teresa Gutiérrez de McGregor
Jorge González Sánchez



Diseño de portada: Laboratorio de Fotomecánica,
Instituto de Geografía, UNAM

Responsable de edición: Martha Pavón
Revisor de estilo: Eva Saavedra Silva
Primera edición: febrero de 2002

GEOHISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO **(siglos XIV a XIX) I.4.2**

© María Teresa Gutiérrez de MacGregor y Jorge González Sánchez
© Instituto de Geografía
D. R. © (2002), Banco de México Fideicomiso Museos Diego Rivera
y Frida Kahlo, Av. Cinco de Mayo No. 2, Col. Centro, Del. Cuauhtémoc
06059 México, D. F.

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países
de habla española. Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

Instituto de Geografía, UNAM
Ciudad Universitaria
Del. Coyoacán, C. P. 04510
México, D. F.
www.igeograf.unam.mx

ISBN: UNAM (Obra General): 968-36-8090-9
ISBN: UNAM 968-36-9857-3

HECHO EN MÉXICO

Este libro se publicó con apoyo financiero de la Dirección General
de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) UNAM. Proyecto: Programa de
Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT),
No. IN306500, cuya responsable ante DGAPA es la Dra. María Teresa
Gutiérrez de MacGregor. Por este apoyo el Instituto de Geografía expresa
su agradecimiento.

ÍNDICE

Presentación	9
Introducción	13
I. Época prehispánica	19
México-Tenochtitlan en los siglos XIV a XVI	19
<i>Inundaciones en la época prehispánica</i>	53
II. Época colonial	59
Ciudad de México en el siglo XVI	59
<i>Inundaciones en el siglo XVI</i>	78
Ciudad de México en el siglo XVII	78
<i>Inundaciones en el siglo XVII</i>	87
Ciudad de México en el siglo XVIII	89
<i>Inundaciones en el siglo XVIII</i>	112
III. Época independiente	113
Ciudad de México en el siglo XIX	113
<i>Inundaciones en el siglo XIX</i>	123
IV. Conclusiones	125
Bibliografía	127
Listado de figuras	133
Créditos de fotografías	135

PRESENTACIÓN

Este libro, escrito por Ma. Teresa Gutiérrez de MacGregor y Jorge González Sánchez es una obra de divulgación pensada para ofrecer un panorama histórico-geográfico del desarrollo de una de las mayores ciudades de la superficie terrestre: la Ciudad de México. Este ensayo nos permite ser testigos de muchos de los cambios que ha sufrido nuestra metrópoli a lo largo de su devenir; hecho que siempre resulta sorprendente y nos invita a reflexionar sobre sus contrastes y sobre los grandes atractivos que conserva en su trazo, en su historia y en la gran belleza monumental de su arquitectura.

Hablar de cinco siglos de historia o, como señala el título, de geohistoria de una ciudad, no es tarea fácil por el gran cúmulo de información y de aspectos sobre los que se puede escribir pero, sobre todo, por la gran cantidad que ha generado y estamos seguros seguirá generando, un emplazamiento de las características y la trayectoria de nuestra ciudad; por ello, los autores destacan aquellas facetas que consideran pueden ser de mayor interés para el lector: la evolución de la vivienda, las transformaciones geográfico-espaciales y el valor del centro histórico, lugar donde se mezclan, funden y asimilan los rasgos culturales de dos pueblos: el mexica y el español y del cual la arquitectura es su testimonio más importante. Y son las construcciones, especialmente las que se encuentran en este centro histórico, uno de los aspectos que los autores destacan en su texto, desde los edificios prehispánicos, de los cuales conocemos vesti-

gios, gracias al rescate arqueológico, hasta la gran riqueza de inmuebles coloniales, muchos de los cuales se han restaurado y conservado hasta la actualidad.

Mención especial merece otra de las características de la ciudad que ha estado presente en su devenir y que ha sido generadora de muchos problemas físicos y sociales: las inundaciones.

Para lograr su objetivo, los autores presentan su texto en tres capítulos con los que dividen este lapso de manera cronológica, y en los que resumen cinco siglos de la geohistoria de la Ciudad de México, desde su fundación hasta finales del siglo XIX. En cada uno de ellos se abordan todos los aspectos mencionados anteriormente y el lector puede darse cuenta, así, del crecimiento de la ciudad (en superficie y población), de los cambios que sufrió en su fisonomía durante ese tiempo, cómo fue el abastecimiento de agua, cuáles fueron los problemas de insalubridad, así como los intentos por solucionarlos, y también un esbozo de la manera en que se fue estructurando la distribución social de sus habitantes.

Por otra parte, los autores también destacan cuáles fueron los momentos más difíciles de la ciudad en cuanto a las inundaciones se refiere; todas las mencionadas por ellos fueron importantes desde el punto de vista del daño físico y los problemas que causaron, especialmente si consideramos que en algunas de éstas, las aguas tardaron en desaparecer varios años. También enfatizan la participación, en el siglo XVII, de Enrico Martínez, quien realizó una obra con la finalidad de lograr un drenaje para la ciudad.

Para ayudar a lograr los objetivos de divulgación que los autores persiguen, la obra está acompañada de una gran cantidad de ilustraciones; la reproducción de cada una de ellas es de alta calidad. Destacan las relacionadas con la arquitectura del centro histórico, pero también los planos de la ciudad, los cuales nos ilustran sobre las modificaciones y el crecimiento de nuestra ciudad en los tres períodos presentados. Además de lo anterior, dichas ilustraciones confieren a esta publicación un gran atractivo. Con todo ello, creo que nos encontramos ante un texto que cumple plenamente con su pretensión inicial, a decir de los autores ... dar a conocer en forma sencilla,

fácil y accesible el desarrollo de una ciudad, la de México, tan atractiva, tan especial, tan única...

Esta es, así, una invitación a la lectura de este texto, el cual seguramente nos servirá como aliciente para recorrer y vivir las calles de esta *muy leal y noble* ciudad, y también para entender un poco mejor su situación actual.

Gerardo Bustos Trejo

Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

INTRODUCCIÓN

La pretensión de esta obra es dar a conocer en forma sencilla, fácil y accesible el desarrollo de una ciudad, la de México, tan atractiva, tan especial, tan única, entre otras cosas, por haberse formado en pocos años de la intersección de dos potentes culturas: la mexica y la española, que en ese momento se encontraban en su apogeo. Desde el punto de vista geográfico, el imperio mexica dominaba casi todo Mesoamérica y los españoles eran dueños de gran parte del mundo, lo que se concretó con la frase de Carlos V, “en mis dominios no se pone el Sol”.

Tanto se ha escrito sobre la Ciudad de México que es muy difícil tratar de olvidarlo y pensar en hacer una obra totalmente original; por este motivo hemos preferido acumular citas e intercalarlas en el texto con dos finalidades: una, despertar el interés en el lector por conocer los libros mencionados y otra, guiar los pasos de los autores por un camino seguro, con pocos tropezones por la historia siempre apasionada y, por lo tanto, polémica de una ciudad que ha sido estudiada por múltiples especialistas de diferentes ideologías.

Antes de iniciar el trabajo queremos proporcionar información general sobre el crecimiento espacial y demográfico de la Ciudad de México, por considerarlo necesario para comprender mejor su desarrollo.

En los siglos estudiados en este libro, el crecimiento demográfico y espacial de la Ciudad de México puede dividirse en dos grandes períodos, uno de muy lento crecimiento, de 1524 hasta 1810, año en

que se inició el movimiento de Independencia en el país; y otro de crecimiento rápido de 1810 a 1899.

En 1524, al inicio de la colonia, se calcula que la población era de aproximadamente 30 000 habitantes y la extensión de la ciudad abarcaba 1.9 km²; según los datos registrados en 1800, su población alcanzó 137 000 habitantes, lo cual significa que en poco menos de trescientos años, la población aumentó aproximadamente cuatro y media veces, en el mismo período su superficie creció sólo 3.3 veces, pues registró 6.2 km². De esa última fecha hasta finales del siglo XIX se presenta un cambio notable, en cien años la población alcanzó los 368 698 habitantes; el crecimiento espacial se presenta en forma desigual a partir de la traza colonial hacia los cuatro puntos cardinales, con predominio al norte y al oeste, hasta alcanzar 16.9 km² (Figura 1 y 2).

Este crecimiento demográfico espacial tiene mucha relación, a partir de la independencia, con los movimientos migratorios originados en las zonas deprimidas de la provincia, que se dirigieron hacia la Ciudad de México en busca de mejores condiciones de vida.

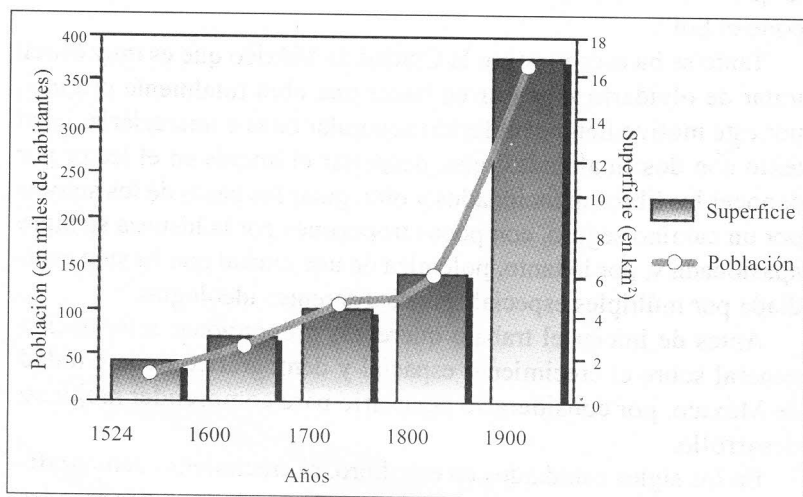


Figura 1. Población y superficie de la Ciudad de México, del siglo XVI al XIX.

Esta dinámica tan rápida ocasionó una serie de problemas en el ordenamiento del espacio urbano de la Ciudad de México como fue la falta de servicios urbanos, principalmente agua, vivienda, educación y salud, entre otros.

En este libro se ha dado especial importancia a las inundaciones, un problema que siempre ha afectado en forma negativa a la ciudad, tanto a la antigua México-Tenochtitlan, como a la ciudad colonial y a la del México independiente.

Se seleccionaron algunos temas que no se encuentran muy frecuentemente en la mayoría de los estudios sobre la ciudad referentes a la evolución de la vivienda y a los cambios en sus características generales, así como a las transformaciones geográfico-espaciales de la ciudad.

Se ha puesto especial énfasis en destacar el valor intrínseco del centro de la ciudad, facilitando, con gran número de ilustraciones, el conocimiento e identificación de su valiosa arquitectura, con la finalidad de que los lectores la disfruten más intensamente.

Nuestra ambición es que la juventud se acerque al conocimiento de la ciudad que pisa todos los días y haga conciencia de que cada piedra, cada calle, cada edificio tienen una geografía y una historia, además de una leyenda que le dan un sabor totalmente diferente a cualquier otra ciudad del mundo; esperamos que al conocerla la amarán cada día mucho más logrando despertar la posibilidad de asimilarla y, en consecuencia, cuidarla y defenderla, promoviendo el deseo de profundizar en la historia y la geografía de la Ciudad de México.

Nuestro agradecimiento a nuestros colegas Atlántida Coll-Hurtado y Gerardo Bustos por su revisión y atinadas sugerencias que permitieron mejorar el libro, a Concepción Basilio, quien nos facilitó el trabajo, poniendo a nuestro alcance gran parte del material bibliográfico necesario para llevar a buen fin este libro y al personal de apoyo del Laboratorio de Fotomecánica. Así también, al Instituto Nacional de Antropología e Historia (CONACULTA-INAH-MEX; Coordinación Nacional de Asuntos Jurídicos), por la reproducción autorizada de las imágenes de los monumentos arqueológicos conocidas

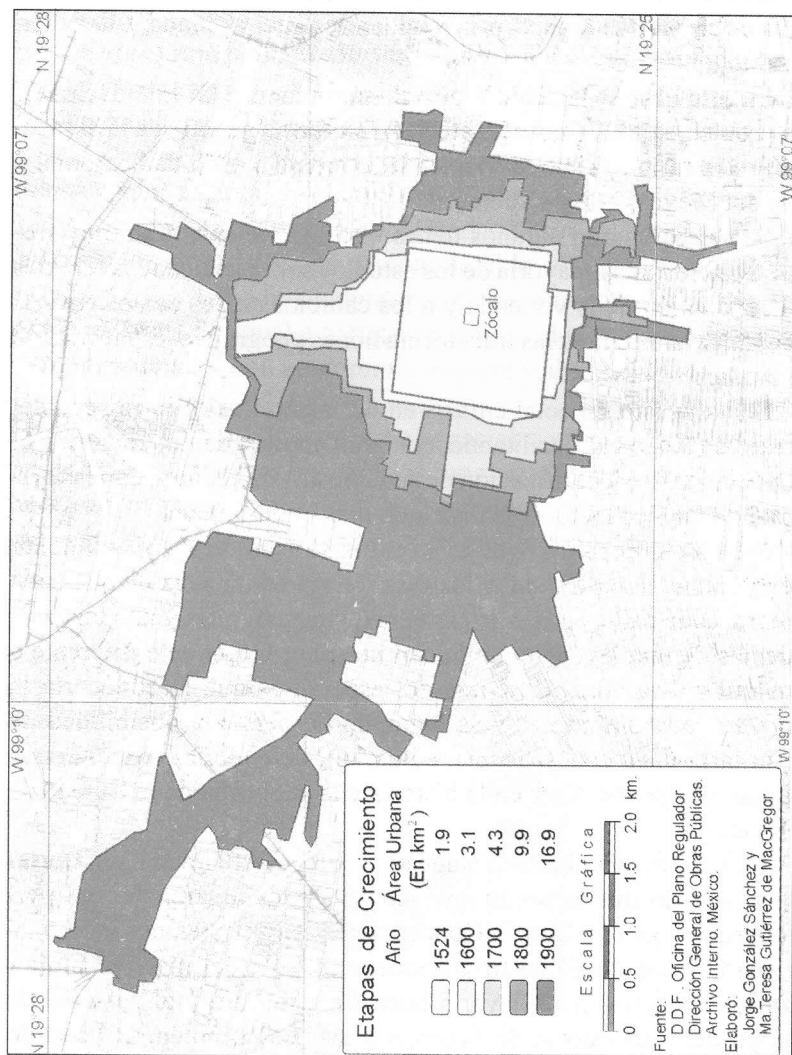


Figura 2. Crecimiento espacial de la Ciudad de México, 1524-1900.

como “Maqueta del Juego de Pelota”, “Escultura de Tamemes” y “Tzompantli”; al Banco de México (fiduciario en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo) y al Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura (CONACULTA-INBA) por la autorización para reproducir cuatro fotografías de fragmentos de los murales de Diego Rivera, localizados en Palacio Nacional, denominados “El Maíz”, “El Mercado de Tlatelolco”, “Fabricación de papel Xanatl” y “La Gran Tenochtitlan, día de mercado”.

I. ÉPOCA PREHISPÁNICA

México-Tenochtitlan en los siglos XIV a XVI

El origen de la Ciudad de México, según Alvarado Tezozómoc (1949:69), se remonta al año 1325, en la época prehispánica. Fue fundada por los mexicas o aztecas, con el nombre de México-Tenochtitlan (México proviene de *co*, en; *xictli*, ombligo; *meztli*, luna: en el ombligo de la luna y Tenochtitlan de *tlan*, en donde abundan; *tenochtli*, tunal silvestre: en el tunal silvestre; Jaso, 1997:9 y 88).

En el *Códice Boturini*, conocido también como *Tira de la Peregrinación* (Figura 3), se representan datos cartográficos, históricos y cronológicos del movimiento migratorio del pueblo mexica, desde su lugar de origen hasta su establecimiento en la cuenca de México, representando así, en una síntesis gráfica, su espacio geográfico.

Según la leyenda, los mexicas o aztecas, llamados el pueblo del Sol por Caso (1953:118), procedían de Aztlán (de *tlan*, locativo abundancial, y *aztlatl*, garza: en donde abundan las garzas; Jaso, 1997:31) una isla situada en la región noroccidental del país. Después de una larga peregrinación hacia al sur, penetraron en la cuenca de México, la cual se encuentra situada en la Sierra Volcánica Transversal que atraviesa el país de oeste a este en su porción central.

La cuenca en donde se establecieron es endorreica, es decir, hidrológicamente cerrada, rodeada por altas montañas boscosas que tienen en promedio 3 000 metros de altitud; en su extremo sureste alcanza las máximas altitudes, más de 5 000 m, como es el caso de

los volcanes Popocatepetl (5 452 m) e Iztaccíhuatl (5 286 m) con cimas cubiertas por nieves perpetuas (Figura 4).

Limitan la cuenca de México, hacia el sur, la Sierra de Chichinautzin y la del Ajusco, al suroeste y oeste la Sierra de las Cruces y la de Monte Alto, al noroeste la sierra de Tepozotlán, al norte la Sierra de Tezontlalpan y la de Pachuca, al sureste y este la Sierra Nevada formada por los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, Telapón, Tlálóc y Papayo (Figura 5).

Los mexicas se instalaron en la parte baja de la cuenca, a 2 200 m de altitud, donde existían varios lagos, de ellos destacaban dos: el de Texcoco que era ancho y redondo, de agua salada, y el de México, al oeste del anterior, que era largo y angosto, de agua dulce, entre ambos lagos existía una isla en donde fundaron México-Tenochtitlan. Esta isla les recordaba su lugar de origen, en ella encontraron un águila, representante del dios de la guerra Huitzilopochtli que simboliza al Sol, sobre un nopal devorando una serpiente, esta fue, según la leyenda, la señal que esperaban para establecerse, suceso mítico-religioso, que propició la fundación de la ciudad en ese lugar (Ortíz Macedo, 1993:23, Figura 6). Tanto la ciudad de México-Tenochtitlan, como el lago de México, estaban a un nivel más alto que el lago de Texcoco; estos lagos fueron separados, desde la época prehispánica, por un albarradón construido por Nezahualcóyotl rey de Texcoco, a petición de *Motecuhzoma* I, emperador de México-Tenochtitlan, para impedir las periódicas inundaciones de la ciudad durante la época de lluvias y, al mismo tiempo, evitar que el agua salada del lago de Texcoco invadiera las aguas dulces del lago de México.

Existen tres teorías acerca de los motivos de los mexicas para establecerse en dicho sitio: una que considera que, por ser los mexicas la última tribu que llegó a asentarse en la cuenca de México, encontraron ocupadas las riberas de los lagos por las tribus que inmigraron anteriormente, y se vieron obligados a establecerse en la isla; la segunda supone que, por ser un pueblo primordialmente de guerreros, valoró las ventajas políticas de situarse en la isla, que le servía como sitio estratégico de defensa y le aseguraba una protección natural

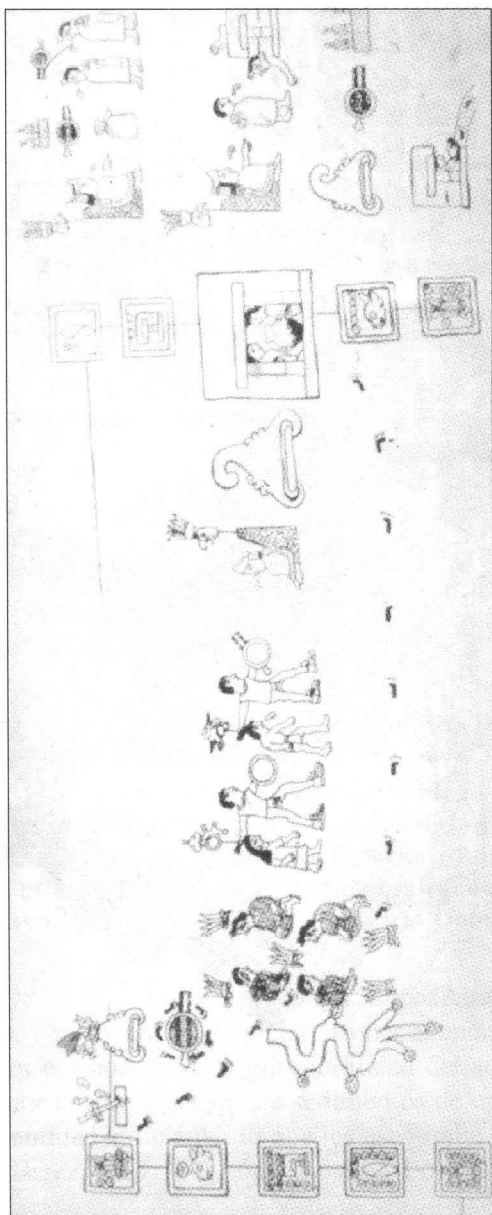


Figura 3. *Códice Boturini* o *Tira de la Peregrinación Azteca*. Detalle 12. Papel de amate doblado como biombo en 21 láminas y media, se elaboró a mediados del siglo XVI (foto: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM).

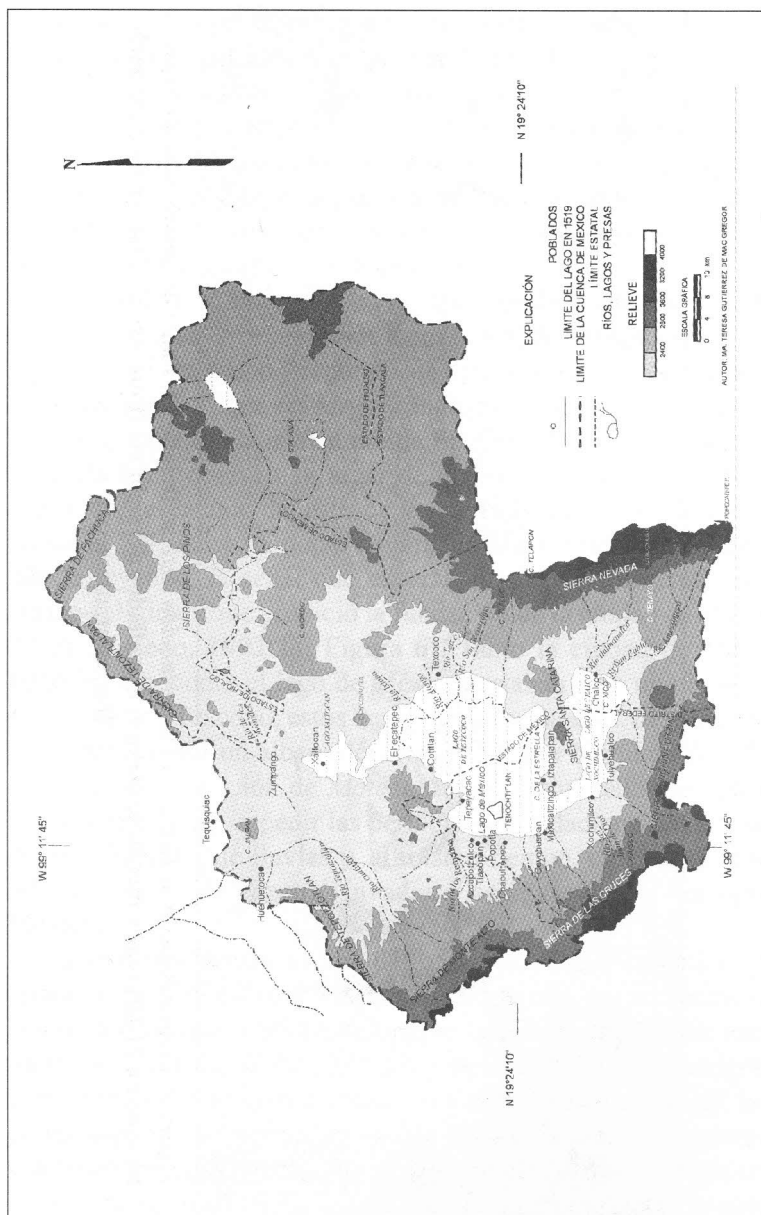


Figura 4. Situación de Tenochtitlan en la cuenca de México.

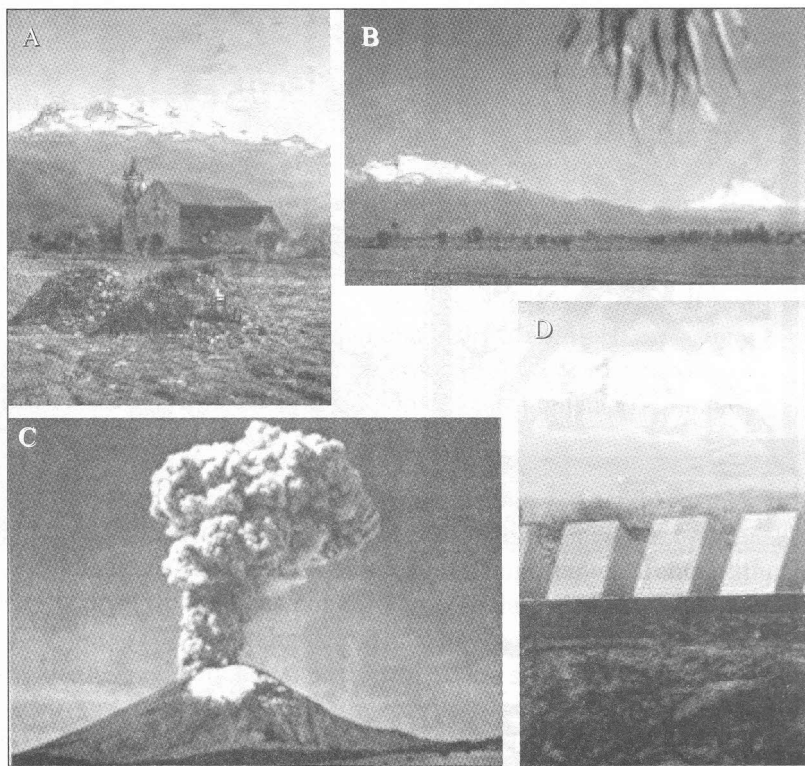


Figura 5. Volcanes que rodean la cuenca de México. A. Iztaccíhuatl desde la carretera México-Ameca, al sureste de la cuenca. B. Iztaccíhuatl y Popocatepetl. C. Popocatepetl durante una de sus recientes etapas eruptivas. D. Sierra del Ajusco, al sur de la cuenca, desde el Espacio Escultórico de Ciudad Universitaria (fotos: MTGM y RM).

(Bernal, 1983:244 y Gutiérrez, 1971:171; López Austin y López Luján, 1997:192), y la tercera se apoya en razones económicas, que suponen tomaron en consideración la gran fertilidad del suelo de la región, formado por una gruesa capa de sedimentos de origen volcánico y agua en cantidad suficiente, lo que les aseguraba abundantes cosechas (Gutiérrez, 1971:171; López Austin y López Luján, 1997:192).



Figura 6. Distintas representaciones de la fundación de Tenochtitlan. A. Cuadro esquemático de los cuatro barrios mexicas. *Códice Mendoza*, tomado de Ross, 1978:9. B. *Códice Durán*, capítulo 5, detalle (foto: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM). C. Dibujo de Miguel Covarrubias basado en el *Códice Durán 3*, tomado de Caso, 1953:119 (fotos: A y C: JJZ).

Los tlaltelolcas, uno de los grupos que formaban parte de los mexicas, como informa Solís (1992:14):

... descontentos con el terreno que se les había asignado para ubicarse, decidieron abandonar esta primigenia ciudad y fundar, 13 años después en unos islotes más pequeños ubicados hacia el norte, otra población gemela a la que denominó Tlaltelolco.

Ambas ciudades tendrían una historia paralela, pero separada hasta la época del gobierno de Axayácatl cuando los mexicas derrotaron a los tlaltelolcas y conquistan finalmente a sus antiguos rivales.

Pronto los mexicas se aliaron o derrotaron a las tribus establecidas con anterioridad en las riberas del lago, formando una federación integrada por los tres señoríos más importantes: Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan que constituyeron la llamada "Triple Alianza", la cual era fundamentalmente para hacer la guerra y cobrar tributos de los lugares sometidos. Cada uno de los señoríos podían realizar sus propias conquistas y conseguir sus tributarios, pero existían también pueblos sometidos por la mencionada Triple Alianza que se repartían entre ellos y otros pueblos que tributaban conjuntamente a los tres (Carrasco, 1976:219).

Los puntos que constituían el pacto de la Triple Alianza los resume López Austin (1961:38) de la manera siguiente: "1º, alianza perpetua; 2º, ofensivas militares en conjunto, con pacto de distribución de tributos; 3º, defensivas militares en caso de ataque de pueblos extraños; 4º, dirección militar de los mexicanos; 5º, ayuda mutua en casos normales o de calamidad".

Un aspecto importante más que nos señala López Austin (1961:37) que justifica el que los mexicas en muy pocos años alcanzaron un poderío inusitado instituyendo un gran imperio, es que:

La dirección en el campo de batalla presentaba una gran ventaja para el ejército mexicano, que casi siempre tomaba la de-

lantera (Tezozómoc, 1944:430), con el objeto de tener más oportunidad de participar en el botín, basándose también en el derecho que le concedía su mayor esfuerzo realizado. Mediante esta facultad y la de hacer guerras, con independencia de sus aliados, pronto se vio Tenochtitlan en una posición muy superior a los otros dos, tanto en el plano económico como en el político.

En poco tiempo los mexicas alcanzaron un poderío inusitado, formaron un gran imperio que explotó a muchos de los pueblos que existían. Este enorme imperio asimiló gran parte de las culturas creadas en los siglos precedentes.

El poderío de los mexicas se extendió por todo el territorio de lo que conocemos hoy como Mesoamérica, llegando por el norte a la zona de desiertos y por el sur hasta Nicaragua (palabra que significa “hasta aquí llegaron los nahuas”), y de este a oeste abarcaba desde el Golfo de México hasta el Océano Pacífico; los pueblos que tributaban a Tenochtitlan eran 371, según señala el *Códice Mendocino*.

Los tributos eran de dos tipos: *a)* tributos internos, dentro de la ciudad y *b)* tributos externos exigidos a los pueblos sojuzgados, los que eran muy variados según lo que se producía en las diferentes regiones; entre otros se puede mencionar: granos, chile, miel, sal, algodón; jícaras, cerámica, aves, pieles, madera, copal resina aromática, mantas de algodón; armas, papel amate; oro y otros metales como bronce, estaño, plomo, fierro y zinc; conchas, jade, obsidiana, piedras finas; cochinilla, insecto que vive en cierto tipo de nopal y que se usa para producir la grana, colorante muy importante hasta la actualidad, y cacao; estos productos también servían para trueque (Figura 7).

El triunfo en la guerra propició los tributos de los pueblos conquistados, lo que favoreció la actividad comercial tan importante para la economía del Estado mexica que se desarrolló a través de los muy poderosos mercaderes, llamados *pochtecas*, que realizaban el intercambio comercial con otros pueblos en nombre del emperador de Tenochtitlan. Para conservar los territorios, la ocupación militar era permanente.

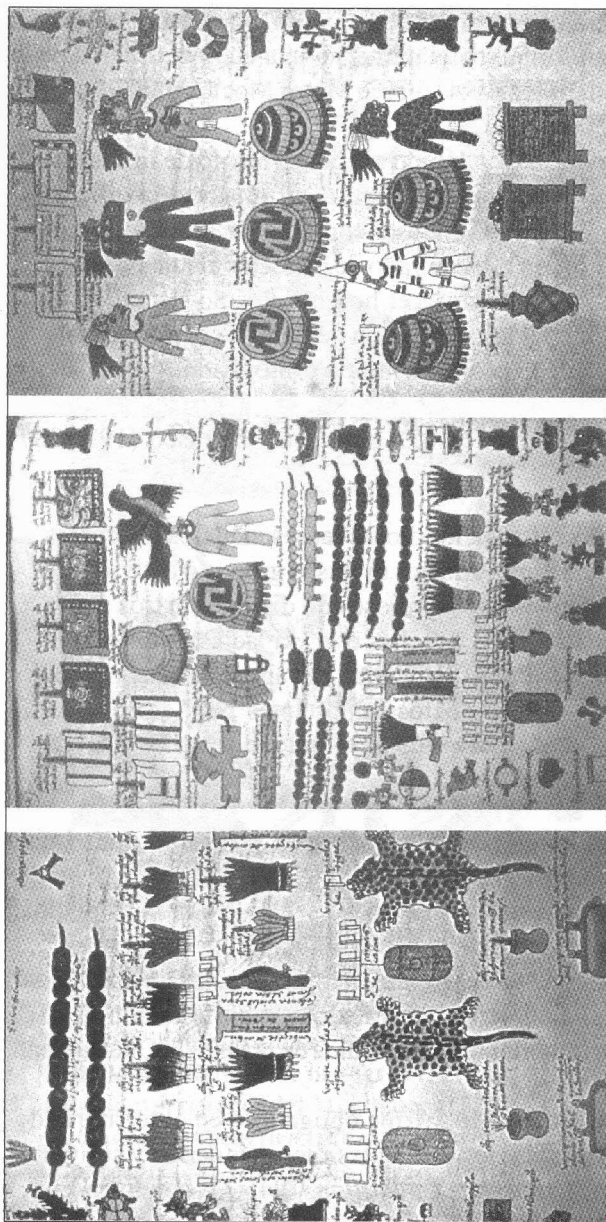


Figura 7. Distintas hojas de papel de amate del Códice Mendoza, de la parte conocida como la *Tabla de Tributos*, donde se registraban los artículos que recibían los mexicas de los pueblos sometidos: pájaros, pieles de jaguar, collares de jade, diversos artículos de oro, tarros de miel, escudos, trajes para la guerra, vestidos, sal, granos, cacao, incienso, entre otros (tomadas de Ross, 1978:59 y 61; fotos: JJZ).

Los mexicas eran poseedores de una cosmovisión o una imagen que ellos se habían formado del universo, una clara definición de lo que este término significa nos la ofrece Matos Moctezuma (2000:95):

El hombre mexica tenía, debido al conocimiento de la naturaleza del que era poseedor, una forma determinada de explicarse el orden universal. Así, a este conjunto de ideas y pensamientos, a este orden estructurado de concebir el lugar que los dioses, los astros, la tierra y el hombre mismo tienen en el universo, así como a la explicación de que ello se deriva, es a lo que denominamos con el término cosmovisión.

La religión de los mexicas era politeísta, Carrasco (1976:237) señala:

En este sistema politeísta los dioses representan los diferentes elementos de la naturaleza y los diversos grupos o actividades humanas. De este modo, hay dioses de distintos astros como el sol, la luna, Venus, las estrellas o la vía láctea; dioses de la tierra; dioses de la lluvia, del viento, del agua, del fuego; dioses de las plantas y alimentos importantes para el hombre, como el maíz, el maguey, la sal, el pulque y varias hierbas medicinales.

Con respecto a la religión mexica, López Austin y López Luján (1997:226) comentan: “Los mexicas y sus contemporáneos imaginaban que la complejidad de su entorno se debía a la multiplicidad de los dioses, pues éstos eran la causa oculta de los fenómenos”.

Entre los dioses principales se encontraban, en primer lugar, Huitzilopochtli, el cual se consideraba una manifestación del Sol, pero también eran importantes Tláloc, dios de la lluvia y Quetzalcóatl, dios del viento (Figura 8).

El culto a Huitzilopochtli “... fue obligatorio en el territorio dominado por Tenochtitlan, los disidentes fueron muertos y sus tierras pasaron al Estado” (*Anales de Cuautitlán*, 1945:31, citado en López Austin, 1961:40).

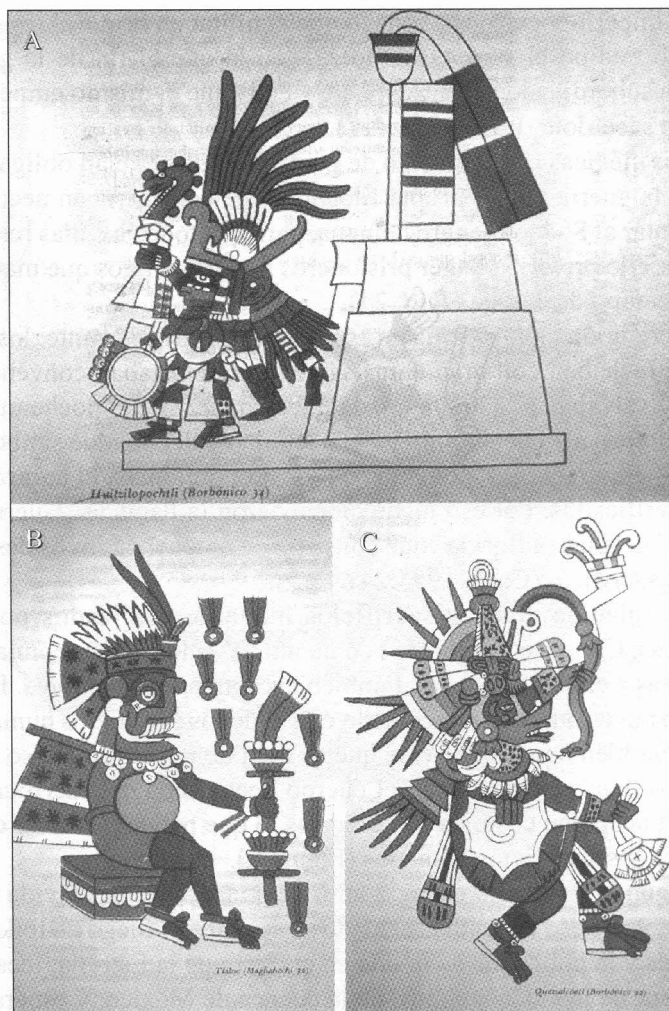


Figura 8. Principales dioses mexicanos, tomados de diferentes códices.
A. Huitzilopochtli, dios de la guerra (del Borbónico 34). B. Tláloc, dios de la lluvia y el trueno (del Magliabechi 32). C. Quetzalcoatl, serpiente emplumada, dios benéfico transmisor de la agricultura y las artesanías (del Borbónico 22). Dibujos de Miguel Covarrubias, tomados de Caso, 1953:51, 58 y 30 (fotos: JJZ).

El imperio mexica era una teocracia militar en la que el rey era al mismo tiempo el sumo sacerdote, y en la que el fin de la guerra estaba subordinado al fin religioso, y en la que el mismo emperador era un sacerdote (Caso, 1953:117).

Los mexicas era un pueblo de guerreros que se veían obligados a hacer la guerra por su propia filosofía, que consideraban necesario alimentar al Sol con sangre humana, para que todos los días renaciera; por ello preferían coger prisioneros a sus enemigos que matarlos en el campo de batalla (*Ibid.*:24).

La religión mexica tenía un aspecto ético muy relevante: los guerreros luchaban con gran entusiasmo, porque estaban convencidos de que salvaban a la humanidad de los poderes de la noche que representaban al mal, al propiciar el nacimiento del Sol que simbolizaba el bien, gracias al alimento que les proporcionaba el corazón de los sacrificados. Por eso institucionalizaron la llamada “Guerra sagrada” o “Guerra florida” que consistía en obtener cautivos destinados al sacrificio (Caso, 1953:24).

En relación con los sacrificios humanos realizados por los mexicas, Carrasco (1976:255) comenta: “Y si los dioses comían las víctimas a ellos ofrendadas, también las comían los hombres. El canibalismo es otro rito relacionado con el de los sacrificios humanos; pero también aquí debe verse que se trata de un rito religioso en el que los hombres consumen el cuerpo hecho dios del sacrificado”. Esta concepción cósmica de la vida es lo que puede justificar el exceso en los sacrificios humanos (Figura 9).

Según la tradición, cada 52 años se podía terminar la vida en la Tierra, y por eso en un día señalado se apagaba el fuego en todos los hogares y la población se reunía en el Cerro de la Estrella, localizado al sur de la ciudad, dentro de la cuenca de México, y esperaban, en oración, algunos signos astronómicos que anunciaban que el peligro había pasado, y ahí, en el propio cerro, se encendía el fuego nuevo y los sacerdotes repartían antorchas a la población para que de mano en mano llegara a todos los hogares (Krickeberg, 1964:164 y 165).

Los mexicas crearon en el islote un centro urbano de gran poder y riqueza, autónomo y seguro, que creció en muy poco tiempo,

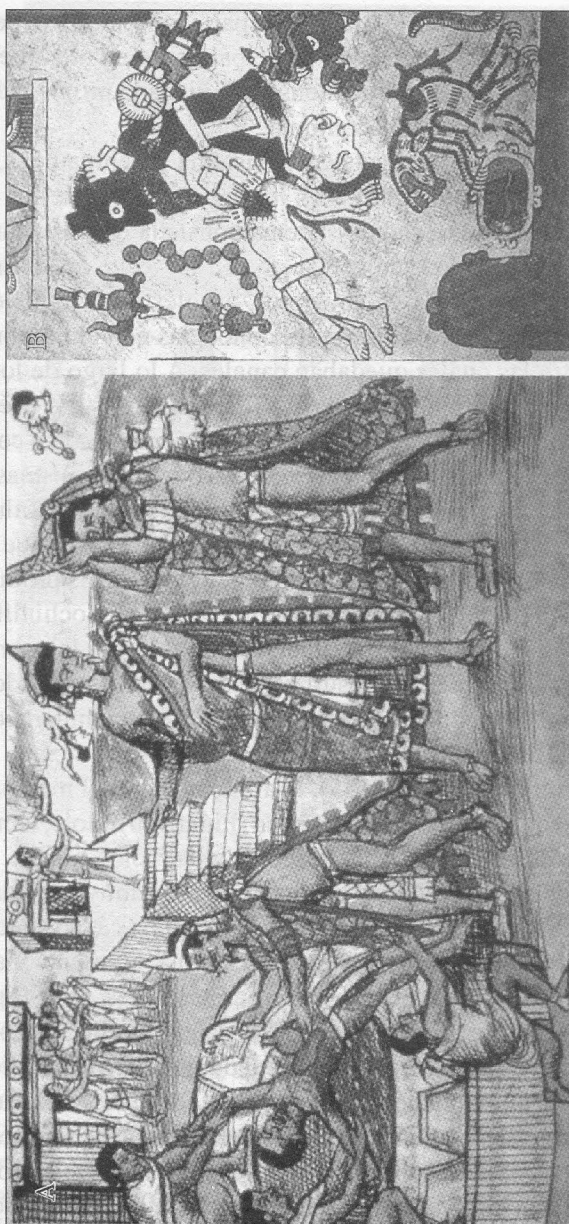


Figura 9. Distintas representaciones de sacrificios humanos, una práctica muy difundida entre la cultura mexicana. A. *Códice Durán*, Capítulo 23. Detalle (foto: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM). B. *Códice Nuttall*, pág. 69, tomado de Dyckerhoff, 1986:257 (foto JJZ).

adquiriendo un poderío político sin comparación entre los demás pueblos de Mesoamérica, con base principalmente en el comercio, en los tributos y en la agricultura intensiva. Existía la propiedad privada, la propiedad pública y la comunal.

Esta agricultura estaba basada en el sistema de chinampas, que eran islotes artificiales contruidos en los lagos; así, las tierras recibían directamente la humedad, el sistema consistía en trasladar tierra de las riberas del lago, que se vaciaba en un lecho conformado por ramas, estacas y raíces de ahuejotes, árboles autóctonos de la zona, que fijaban las parcelas flotantes conocidas con el nombre de chinampas, entre las cuales quedaban canales. A lo largo de los canales plantaban sauces o ahuejotes para fijar las tierras. En la época prehispánica dichos canales servían tanto para la comunicación con las ciudades ribereñas como para protegerse del ataque de las mismas.

En las parcelas artificiales los mexicas cultivaban principalmente maíz, frijol, calabaza, chile, amaranto, jitomate y flores, que eran muy estimadas para adorno y ceremonias religiosas. Los productos obtenidos de la agricultura intensiva de los lagos de Xochimilco y Chalco, situados al sur de Tenochtitlan, eran transportados por medio de trajineras, de esta manera surtían a los diversos mercados de la ciudad. Además de consumir estos productos, su manutención se enriquecía con alimentos que recogían del lago.

Según Soustelle (1970:153-155), la alimentación del mexica común no era variada, se componía de tortilla (Figura 10), atole, tamales, frijoles, granos de amaranto, chíá, insectos y batracios.

En las clases superiores la alimentación sí era muy variada, ya que procedía de todas las tierras dominadas: bebían cacao traído de tierra caliente, los tamales se cocinaban con carne. Se menciona que para *Motecuhzoma* II se preparaban diariamente más de 300 platillos que consistían de guajolotes, perros, faisanes, perdices, conejos, patos domésticos o salvajes, tórtolas, venado, jabalí, pichón, liebre, pescado, etc. Su alimentación se enriquecía con gran variedad de productos acuáticos que se encontraban en el lago: ranas, renacuajos, camarones de agua dulce, larvas acuáticas, gusanos blancos, la espirulina alga con alto valor alimenticio, etc. Un dato más que nos

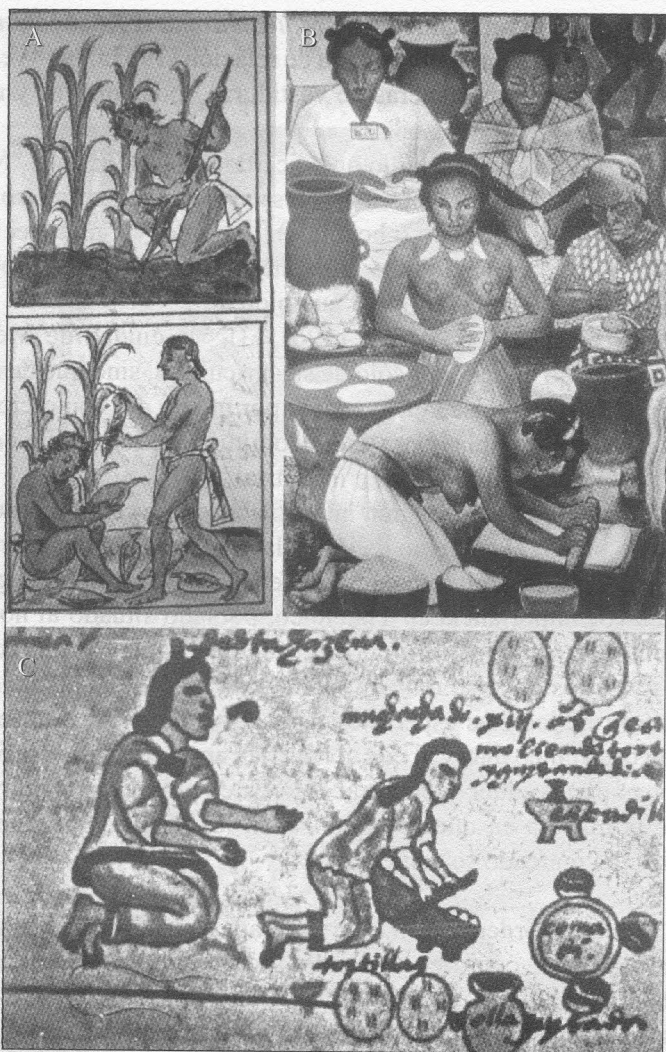


Figura 10. Maíz, tortillas, alimento básico de los mexicanos. A. Cultivo del maíz. Detalle del *Códice Florentino*. Libro 4, foja 72r, capítulo 39. B. Detalle de “El Maíz”, Mural de Diego Rivera en Palacio Nacional (fotos: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura”); C. Detalle del *Códice Mendoza*, tomado de Ross, 1978:82 (foto: JJZ).

permite valorar el refinamiento de *Motecuhzoma* II Xocoyotzin, nos lo ofrece Cortés en su segunda carta de relación (1963a:79) “Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas y nunca más se las vestía otra vez ...”

Vale la pena señalar aquí lo que dice Bernal (1976:164): “Mesoamérica contribuyó a la cultura universal aportando, entre otros productos: maíz, frijol, cacao (chocolate), jitomate, varias especies de chile, aguacate, tabaco, chicle, hule, henequén, colorantes como la grana (cochinilla del nopal) y el guajolote.”

Como señala López Austin (1961:43), “la ciudad de México-Tenochtitlan no podía vivir sólo de su agricultura, sino que desde un principio se vio precisada a ayudarse por medio del comercio. Con el aumento de la población y el predominio político se fue convirtiendo en un centro comercial e industrial”.

La ciudad mexicana tuvo gran importancia como centro comercial, lo que favoreció el aumento de la población. Existían dos mercados principales, el de la plaza central de Tenochtitlan y otro más grande y de mayor importancia en Tlatelolco, poblado situado al norte de Tenochtitlan. Se sabe que en el mercado de Tlatelolco, que funcionaba todos los días, se reunían alrededor de 25 000 personas, con excepción de los días especiales llamados *tianquiztli*, que se celebraban cada cinco días y al que concurrían aproximadamente 50 000 personas para vender y comprar diferentes productos (Figura 11). Sobre la manera en que se organizaban los distintos productos al interior del mercado se comenta:

... Tienen su orden, así en estar separada cada mercancía en su propio lugar, como en el vender, porque de una lado de la plaza están los que venden el oro y del otro, cercano a éste, están los que venden piedras de diversas clases montadas en oro, en formas de varios pájaros y animales. En otra parte se venden cuentas y espejos; en otra plumas y penachos de todos colores para adornar y coser en los vestidos que llevan a la guerra y en sus fiestas ... En otro lugar venden las mantas y los vestidos de los hombres, de varias clases y en otro los vesti-

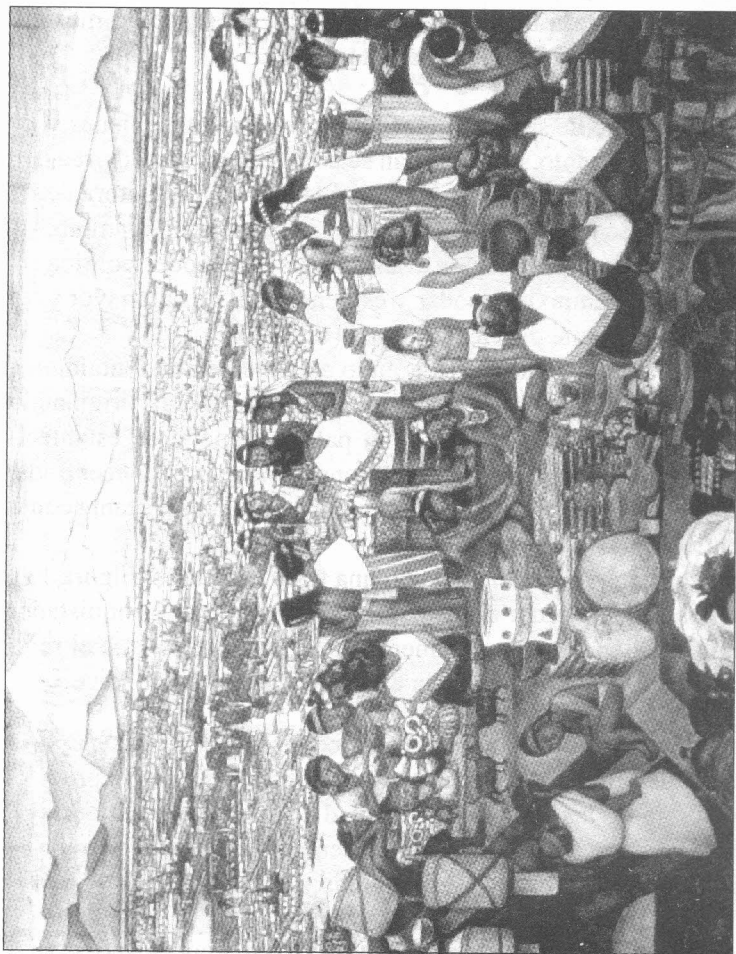


Figura 11. El mercado de Tlatelolco, mural de Diego Rivera en Palacio Nacional, segundo piso
(foto: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura”).

dos para las mujeres; en otra parte se vende el calzado y en otro cueros curtidos... (Conquistador Anónimo, 1961:63).

Al referirse a la transformación económica del pueblo mexicana, Novoa Magallanes (1992:81) comenta:

El pueblo dejó de ser productor único de alimentos, bienes y servicios. Por tanto, Tenochtitlan se convirtió en ciudad urbanizada en su economía, o sea con población no productora de alimentos. Se transformó en centro de consumo, intercambio, concentración y producción artesanal: polo de poder político y religioso, de máximo poder y esplendor, tal vez el mayor y el más importante de Mesoamérica (Figura 12).

A consecuencia de lo anterior, pudo extenderse horizontalmente la ciudad, lo que favoreció el desarrollo demográfico, originando una alta densidad de la misma y un patrón espacial de establecimiento según el cual la población se encontraba muy concentrada, permitiendo el crecimiento de un centro urbano tan importante como Tenochtitlan.

Tenochtitlan fue una ciudad con una traza ordenada (Figura 13), lo que nos hace recordar el comentario escrito por el Conquistador Anónimo (1961:62), un compañero de Hernán Cortés, que al referirse al urbanismo indígena de la ciudad de Tenochtitlan, dice:

La gran ciudad de Temistitan Messico tenía y tiene muchas y hermosas calles y anchas, ahora que, fuera de dos o tres principales, todas las demás eran la mitad de tierra, como enladrillado, y la otra mitad de agua, y salen por la parte de tierra y por la parte de agua en sus barquillas y canoas, ...

Hay en la ciudad de Temistitan Messico muy grandes y hemosas plazas donde se venden todas las cosas que usan entre ellos, especialmente la plaza mayor, que ellos llaman el Tutetula, que puede ser tan grande como sería tres veces la plaza de Salamanca ...

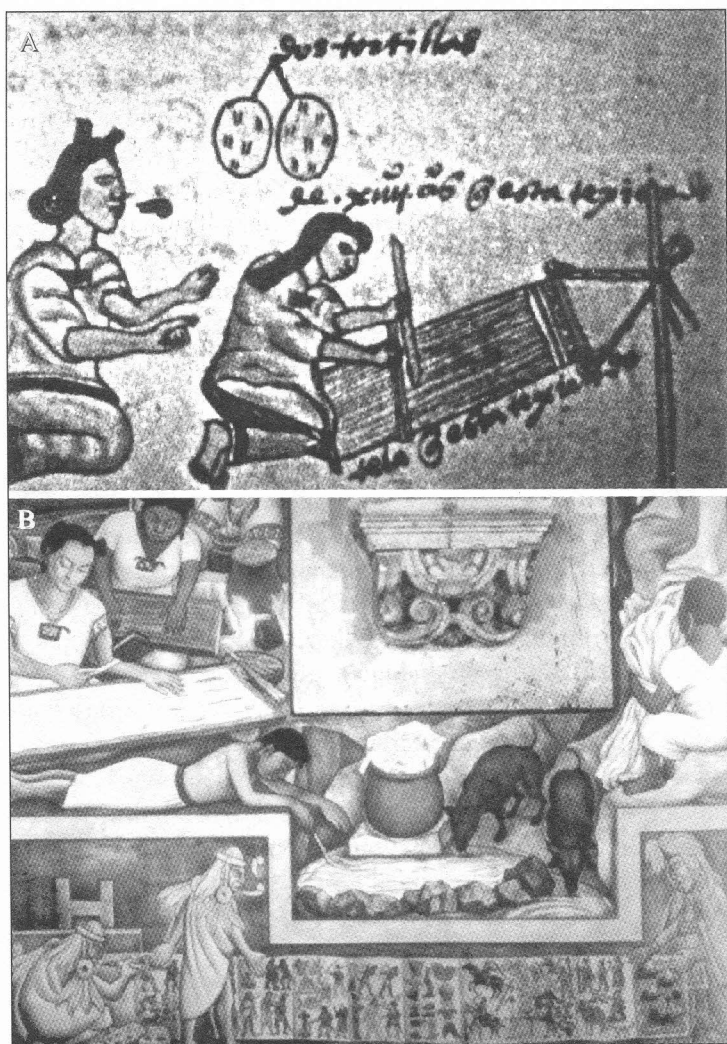


Figura 12. Trabajos manuales que desarrollaban los mexicanos. A. Joven tejedora. Detalle del *Códice Mendoza*, tomado de Ross, 1978:82 (foto: JJZ). B. Fabricación de papel Xanatl, mural de Diego Rivera en Palacio Nacional, segundo piso. Detalle (foto: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura”).

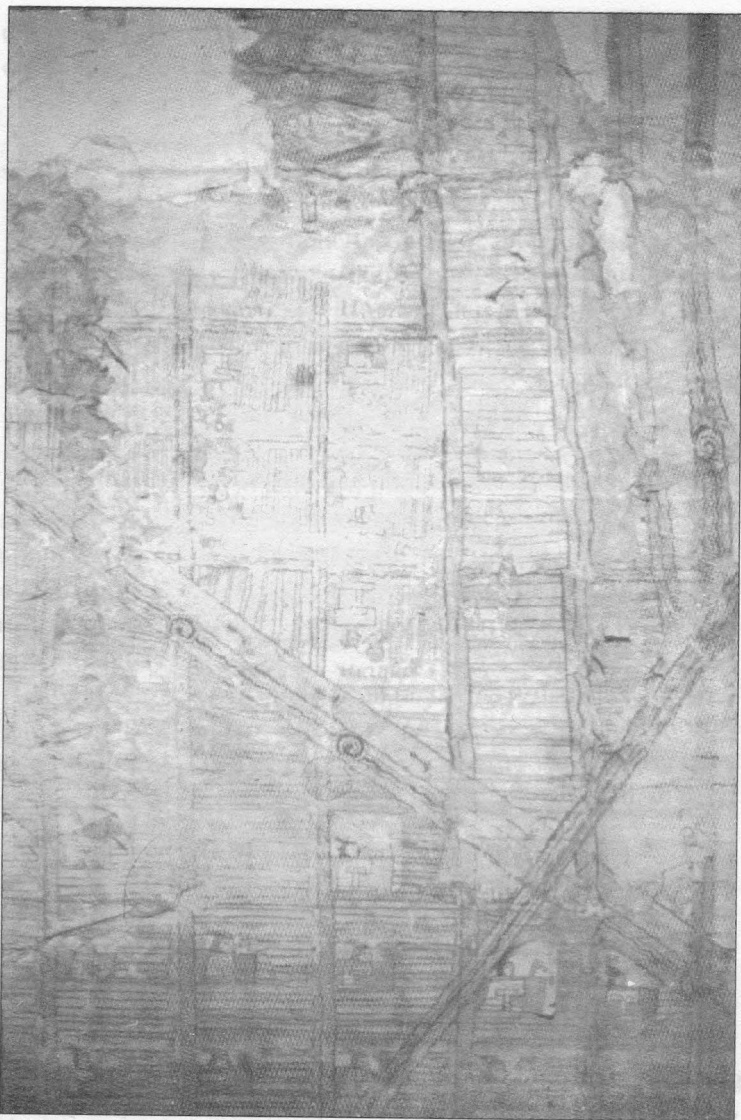


Figura 13. Plano en papel de maguey. Detalle de Tenochtitlan, no obstante, su nombre está pintado en papel de amate, realizado probablemente entre 1557 y 1562 (foto: RM).

En la parte central de la ciudad había un centro ceremonial rodeado de un muro que la circundaba (Matos Moctezuma, 2000: 52), en el centro ceremonial se levantaron los adoratorios religiosos; existían en la traza de Tenochtitlan cuatro calzadas hacia los cuatro puntos cardinales, estas calzadas limitaban los cuatro *calpullis* o barrios, distribuidos de la manera siguiente: al noreste el de Atzacualco, al noroeste el de Cuepopan, al sureste el de Zoquiapan y al suroeste el de Moyotlan (Figura 14). Hacia el norte se encontraba Tlatelolco, que durante un tiempo se consideró una ciudad separada de Tenochtitlan (Alvarado Tezozómoc, 1949:74-75).

El abastecimiento de agua potable para la ciudad se traía de los manantiales de Chapultepec por un acueducto que corría a lo largo de la calzada de Tlacopan o Tacuba; al respecto Cortés (1963a:76), en su segunda carta de relación anota:

... Por una calzada que a esta gran ciudad entra vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, por que echan por ahí el agua en tanto que se limpia; y el agua a de pasar por los puentes a causa de las quebradas por do a traviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve la ciudad.

Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de cómo la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchén las canoas, y les pagan por ello su trabajo ...

Dentro del recinto sagrado destacaba el Templo Mayor. La pirámide estaba ocupada en su parte más alta por dos importantes tem-

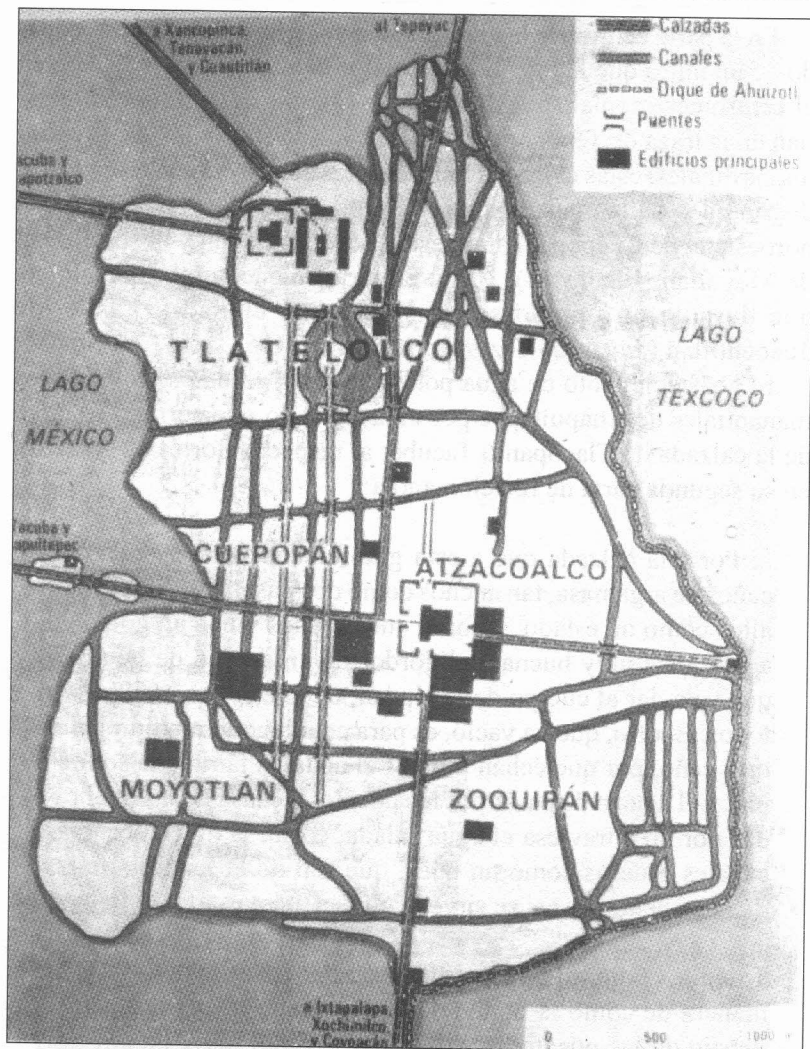


Figura 14. Traza de Tenochtitlan señalando los cuatro calpullis (foto: RM).

plos, con sus escalinatas paralelas, cuyas fachadas estaban orientadas hacia el oeste. Según Soustelle (1970:37-38) "Sobre este enorme basamento se levantaban, uno junto al otro en la plataforma terminal, los dos santuarios: del lado norte, pintado de blanco y azul, el de Tláloc, el antiguo dios de la lluvia y de la vegetación; del lado sur el de Huitzilopochtli adornado con cráneos esculpidos y pintados de blanco sobre un fondo rojo". Estos dioses eran los símbolos de las dos actividades fundamentales de los mexicas: la guerra y la agricultura (Figura 15).

Casi frente al Templo Mayor se edificó el templo dedicado a Ehécatl-Quetzalcóatl, dios del viento, una estructura circular que se supone era así para que el inmaterial dios no tuviera impedimento en su sutil desplazamiento.

Otro impresionante edificio era el Tzompantli (Figura 16), sobre cuya plataforma había una empalizada donde se ensartaban, en largos travesaños, una junto a otra, las cabezas de los prisioneros de guerra sacrificados (Krickeberg, 1964:156 y Acosta, 1983:190).

Dentro del recinto sagrado había otros templos, entre ellos el del Sol, lugar propio de los guerreros águilas y jaguares, donde se supone estaba el gran monolito llamado Piedra del Sol, también conocido como Calendario Azteca. Además, debe mencionarse un importante juego de pelota con su planta, como de costumbre, en forma de doble T (Figura 17).

Fuera del muro del centro ceremonial se encontraban los palacios y las casas de los nobles, entre ellas el del *tlatoani*, soberano y sacerdote que pertenecía a la estirpe más noble e importante, y que podía ocupar el poder durante generaciones.

En su palacio *Motecuhzoma II*, *tlatoani* en ese momento, poseía lo que puede considerar el primer zoológico de América, tanto de aves domésticas como salvajes y un buen número de fieras. Cortés (1963a:77) en su segunda carta de relación lo describe de la manera siguiente:

... En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos los linajes de aves de agua que en estas partes se hallan,

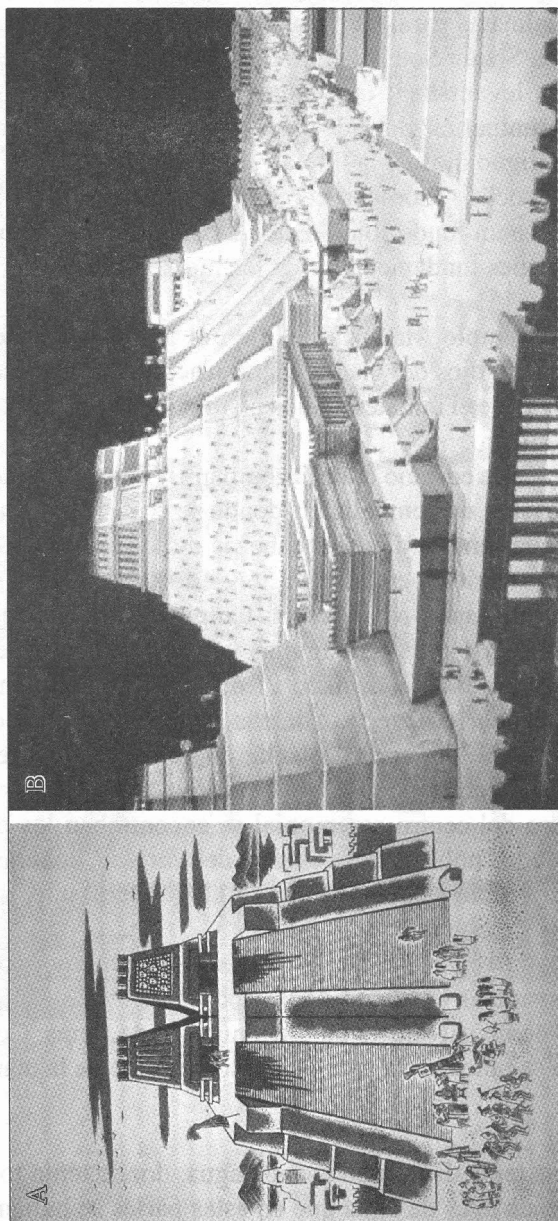


Figura 15. Templo Mayor de Tenochtitlan. A. Templos gemelos, el de la izquierda estaba dedicado a Tláloc y el de la derecha a Huitzilopochtli. Reconstrucción y dibujo de Miguel Covarrubias (tomado de Caso, 1953:113; foto: JJZ). B. Maqueta del templo Mayor y el centro ceremonial vista desde el norte. Museo Nacional de Antropología e Historia (foto: RM).



Figura 16. Tzompantli. Detalle (foto: PC, Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”).

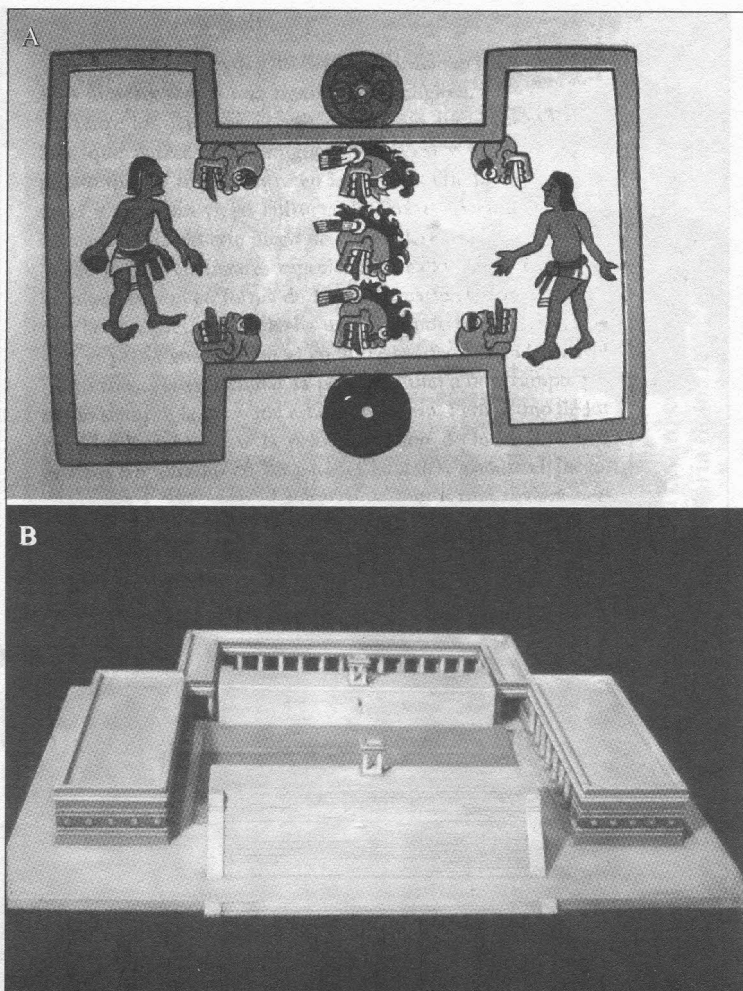


Figura 17. Juego de Pelota en Tenochtitlan. Era parte del culto a los dioses, los lugares donde se jugaba se lamaban *tlachtli*, su planta era en forma de H y formaba parte del centro ceremonial. A. Dibujo de M. Covarrubias, basado en el *Códice Magliabechi* 68 (tomado de Caso, 1953:104; foto: JJZ). B. Maqueta del Templo Mayor Mexica (foto: PC, Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”).

son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar, eran los estanques de agua salada, y para las de río, lagunas de agua dulce la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo, por la limpieza,...

Continúa diciendo Cortés (*Ibid.*:78):

Había en esta casa ciertas salas grandes y bajas, todas llenas de jaulas grandes y muy gruesos maderos muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones, tigres, lobos, zorras, y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad a los cuales daban de comer gallinas cuantas les bastarán.

Alrededor de las casas y palacios, en calles bien trazadas, se ubicaban las casas de la clase media; en las tierras de la periferia, en las chinampas, se construían las casas de las clases populares, con muros de carrizo repellados con lodo.

La ciudad estaba estructurada con base en un orden concéntrico, el núcleo era el gran centro ceremonial, donde se ubicaban, además de los edificios religiosos, las viviendas de los sacerdotes y la nobleza; alrededor se localizaban las viviendas del resto de los diversos sectores sociales, también dispuestas en función de un orden, las casas más ricas estaban próximas al núcleo y las más modestas en la periferia. A principios del siglo xvi esta estructura era bastante compleja, existía una amplia variedad de residencias, las cuales se diferenciaban por la calidad de los materiales con que se edificaron (Ayala, 1996:24-25).

En relación con el uso del suelo en Tenochtitlan, Cervantes (1993:10) señala:

En las ciudades prehispánicas de Teotihuacan y Tenochtitlan existía una clara zonificación del uso del suelo: La zona central se destinó a la ciudad de los dioses. En la zona inmediata al centro ceremonial, se ubicaron plazas públicas para el comercio y en los predios colindantes de la zona central los palacios reales y casa de gobierno. El núcleo lo formaban el centro

ceremonial, el centro de poder de los gobernantes y el comercio, y estaba rodeado por los barrios y zonas de vivienda.

Respecto a algunas características de las viviendas en Tenochtitlan, destaca que para los mexicas eran de mayor trascendencia los espacios exteriores que los interiores, debido a que las actividades más importantes para la vida doméstica se realizaban durante el día a la intemperie, por lo que se le dio mayor importancia al uso y ornato de los espacios descubiertos, en cambio los espacios cubiertos se destinaban al cobijo nocturno; otra característica que compartieron tanto los palacios como las casas más modestas, fue la falta de puertas y ventanas, lo que complementa el interés sobre los espacios descubiertos (Ayala, 1996:23-24).

El *calpulli* fue el origen de su estructura administrativa, social y económica y, por tanto, la base de la organización urbana. Tenían una forma colectivista para la disposición de las actividades humanas. En el *calpulli*, la base de la organización era la familia; la mujer era considerada la administradora y el hombre el ejecutor.

La propiedad pertenecía a la colectividad, a los individuos sólo les correspondía de usufructo. Existían también tierras al servicio de la comunidad, que eran cultivadas por todos los habitantes por riguroso turno. Los productos de esas tierras eran de beneficio colectivo, reservándose una parte para los enfermos, ancianos y caminantes, para gastos del Estado, del culto y de la guerra.

Las fiestas rituales eran importantes para unir a la colectividad, era la manera en que se lograba contactar con lo sobrenatural para tratar de resolver problemáticas cotidianas, mediante ritos mágicos que ellos consideraban esenciales para la solución a sus necesidades, por ejemplo, la de obtener una cosecha abundante.

Las comunicaciones de la ciudad con las poblaciones ribereñas se hacía por medio de las cuatro calzadas ya mencionadas: tres de ellas sumamente amplias. Cortés informa que por la calzada que ingresó a Tenochtitlan era tan ancha que podían transitar ocho jinetes juntos a la par (Cortés, 1963a:57); estas calzadas unían la ciudad con tierra firme: en dirección norte la que iba al Tepeyac; en dirección

sur hacia Coyoacán e Ixtapalapa; en dirección oeste hacia Tlacopan; y la cuarta en dirección este, hacia el puerto que servía de embarcadero para las canoas. Las grandes calzadas tenían cortes, de trecho en trecho, para permitir el paso de canoas, por lo que para el paso de peatones se utilizaban puentes de madera.

El tránsito era muy intenso dentro de la ciudad, a lo largo de sus múltiples canales, utilizando canoas o trajineras que también servían para comunicarse con todos los pueblos ribereños, como se ha señalado anteriormente. Tenochtitlan era el centro del imperio mexicano y tenía comunicación con pueblos muy distantes.

Aunque los pueblos prehispánicos conocieron la rueda, no la utilizaron para el transporte, tal vez por carecer de animales de tiro que los indujeran a aplicarla, o tal vez por considerarla un símbolo sagrado, por lo que se servían de hombres (*macehualli*) para agilizar el comercio a larga distancia y las comunicaciones; aquéllos, que eran grandes corredores y que, además, transportaban la carga en sus espaldas, se conocen con el nombre de tamemes (Figura 18).

En Tenochtitlan había una estratificación, muy marcada, que se basaba en los distintos tipos de actividad. La clase superior se componía de sacerdotes, nobles y guerreros de alta alcurnia; la clase media estaba compuesta por guerreros, artesanos y comerciantes, y las clases populares, integradas por las mayorías, llamadas *macehualli*, se constituían principalmente por personas dedicadas a los servicios, y los agricultores que sostenían a la población.

La educación se impartía a cada grupo social por separado. La escuela más importante era el *calmécac*, donde estudiaban los hijos de la clase superior; la enseñanza era fundamentalmente religiosa, pero no todos se encaminaban al sacerdocio, otros se preparaban para ocupar puestos altos en el ejército o la administración pública; la educación en esta escuela era sumamente rigurosa por la severa disciplina a que eran sometidos los educandos. Además, en cada barrio o *calpulli* existía una escuela popular, llamada *telpochcalli* (casa de los jóvenes), que tenía por principal objetivo preparar a las juventudes para la guerra, en la que los conocimientos impartidos eran inferiores y la disciplina menos rigurosa que en el *calmécac*.

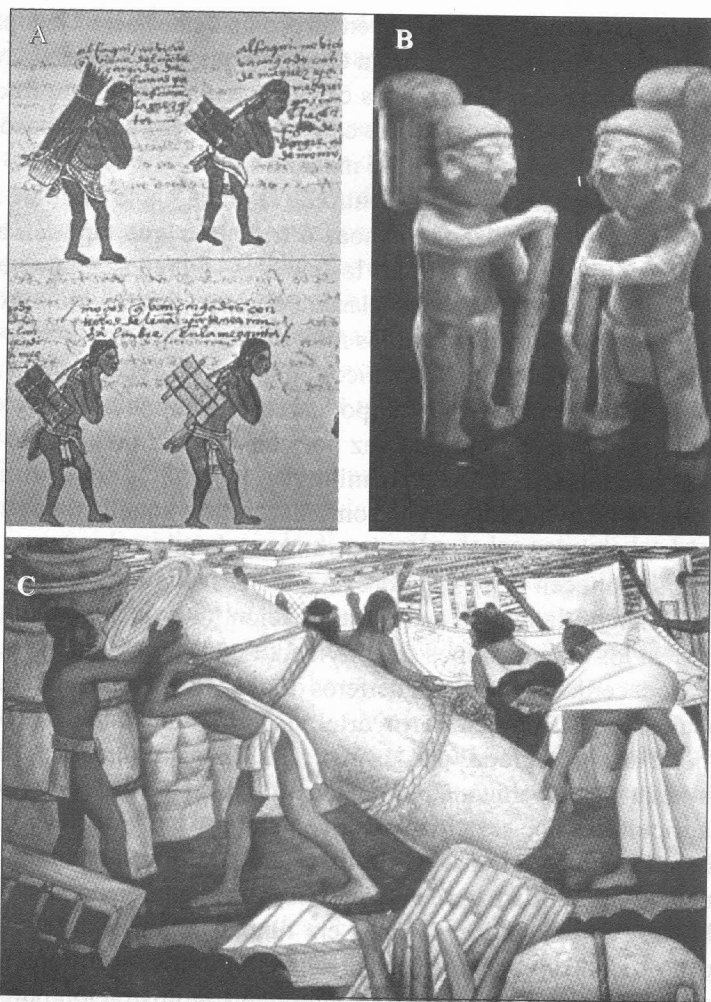


Figura 18. Diferentes representaciones de *tamemes*. A. Detalle del *Códice Mendoza*, tomado de Ross, 1978:88 (foto: JJZ). B. “Viajeros”, escultura antropomorfa del centro de Veracruz (foto: JP; fotos: B y C: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia”). C. Detalle del mural de Diego Rivera “La Gran Tenochtitlan, Día de Mercado”, en Palacio Nacional (foto: RMR; “Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura”).

Su sistema educativo favoreció el desarrollo de una cultura artística tan avanzada que propició la formación de los más grandes escultores del México antiguo, como se aprecia en las esculturas ceremoniales y en los monolitos monumentales. Al respecto, Flores (1962:99) dice:

... las características formales de la escultura “azteca” se definen por la *abstracción del conjunto y el realismo en el detalle*, con lo cual está expresada la concepción, cósmica y vital al mismo tiempo, que los aztecas tenían de la existencia.

Entre la enorme cantidad de grandes obras escultóricas que produjo el arte mexica sólo se mencionan algunas:

Piedra del Sol. Esta piedra, también llamada vulgarmente Calendario Azteca, es una síntesis de belleza escultórica y de ciencia indígena; representa al sol, pero no al astro, sino al día solar, al que denominaron Tonatíuh; en el centro de la piedra aparece su efigie y a uno y otro lado sus manos en forma de garras de águila, oprimiendo corazones humanos, porque el sol es imaginado como un águila que se eleva al nacer el día, con el nombre de Cuauhtlehuánitl y en el ocaso se precipita a las tinieblas con el nombre de Cuauhtémoc. Esta escultura es probablemente una de las representaciones simbólicas más bellas del sol. Destaca entre las representaciones artísticas de este astro realizadas por otras culturas del mundo (mide 3.35 m de diámetro y pesa 24 toneladas, Figura 19).

Coatlicue. Esta escultura excepcional, que representa la deidad de la Tierra, sintetiza los principios de la religión, de la vida, del pensamiento del arte mexica. Se ha dicho que es la más fantástica creación plástica de todos los pueblos, como transformación de lo terrible en lo sublime (Figura 20).

Según la leyenda, Coatlicue, la vieja diosa de la tierra, era sacerdotisa en el templo y vivía una vida de retiro y castidad, después de haber engendrado a la Luna y a las estrellas; pero un día, al estar barriendo, encontró una bola de plumón, que

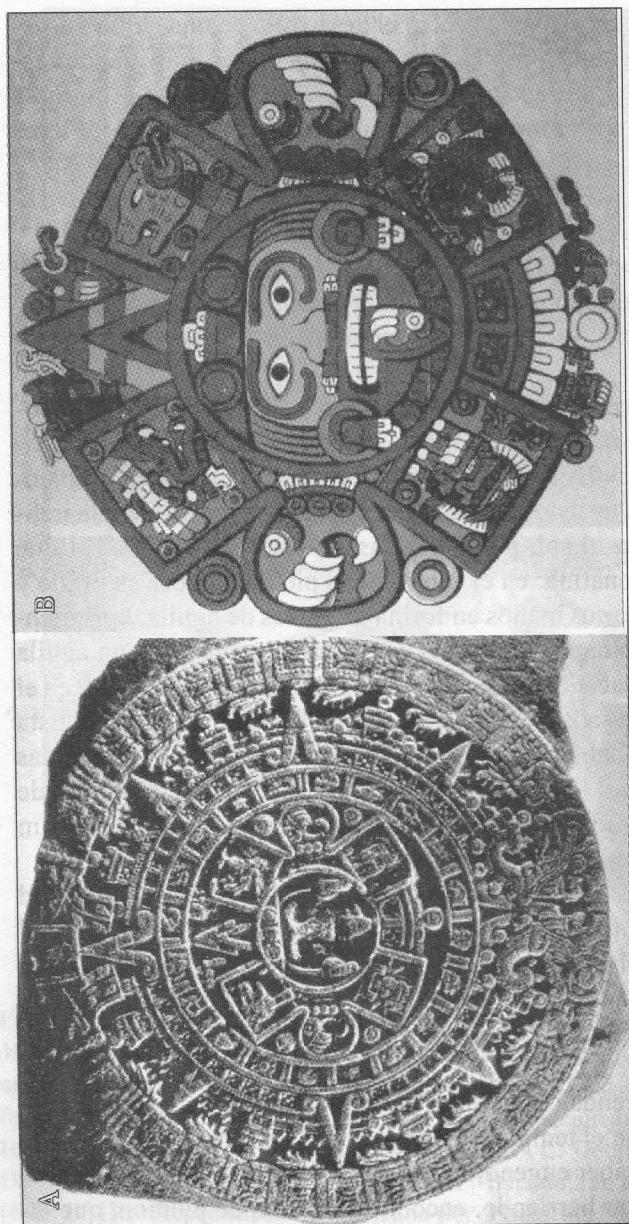


Figura 19. Piedra del Sol (o calendario Azteca). Fue descubierta en 1790, cuando se realizaban obras de nivelación de la Plaza Mayor. Durante muchos años estuvo empotrada en la base de una de las torres de la Catedral de la Ciudad de México. Actualmente se encuentra en el Museo de Antropología e Historia. Mide 3.35 m de diámetro y pesa 24 ton. A. Tomada de Flores, 1962:97. B. Centro de la Historia. Dibujo de M. Covarrubias, tomado de Caso, 1953:48 (fotos: JJZ).



Figura 20. Coatlicue, diosa madre de Huitzilopochtli. Los elementos que resaltan son: dos cabezas de serpiente, dos corazones humanos, dos pares de manos sobre el pecho y la falda de serpientes, todo lo cual remite a un simbolismo muy complejo. Estatua de basalto, 2.50 m de altura, actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Antropología e Historia, tomado de Flores, 1962:107 (foto: JJZ).

guardó sobre su vientre. Cuando terminó sus quehaceres, buscó la bola de plumón, pero había desaparecido, y en el acto se sintió embarazada. Cuando la Luna, llamada Coyolxauhqui, y las estrellas, llamadas Centzonhuitznáhuac, supieron la noticia, se enfurecieron hasta el punto de decidir matar a la madre.

Lloraba Coatlicue por su próximo fin, pues ya la Luna y las estrellas se armaban para matarla, pero el prodigio que estaba en su seno le hablaba y consolaba diciéndole que, en el preciso momento, él la defendería contra todos.

Cuando los enemigos llegaron a sacrificar a la madre nació Huitzilopochtli y, con la serpiente de fuego, cortó la cabeza a la Coyolxauhqui y puso en fuga a los Centzonhuitznáhuac.

Por eso, al nacer el dios, tiene que entablar combate con sus hermanos, las estrellas, y con su hermana la Luna, y armado de la serpiente de fuego, el rayo solar, todos los días los pone en fuga y su triunfo significa un nuevo día de vida para los hombres... (Caso, 1953: 23 y 24).

La Coatlicue se puede describir de la manera siguiente:

Garras gigantes los pies; falda de serpientes enlazadas; collar de manos y corazones; cinturón abrochado por cráneos; emplumados penachos en la espalda; brazos terminados en cabezas serpentina; ojos celestes en todo el cuerpo, y del cuello decapitado surgiendo, como chorros sanguíneos, dos terribles serpientes que se encuentran al centro en un ósculo feroz son, todos, elementos que tratados con ese típico realismo mexicana del detalle, sintético, esencial, adquieren pleno sentido al visualizarlos de un solo golpe en esta obra cumbre de la escultura mexicana, la máxima abstracción religiosa de un pueblo heredero de más de quince siglos de tradiciones, de leyendas, de sangre, de vida y de muerte, de espíritu y de inteligencia, de sentimiento y razón, de genio y de maestría artística (Flores, 1962:110).

Coyolxauhqui. La diosa que se decora las mejillas con cascabeles, extraordinaria representación de la Luna, se la considera hija de la Tierra y hermana del Sol. La diosa aparece decapitada y descuartizada (un monolito de ocho toneladas y tres metros de diámetro), inmortalizando la leyenda del nacimiento de Huitzilopochtli, simbolizando la lucha entre las fuerzas del día y de la noche (Figura 21).

No se puede pasar por alto el mencionar los códices mexicas, especie de libros plegados en los que se registraban hechos mitológicos o de la vida real, entre ellos sólo se conocen cuatro: el *Borbónico*, el *Tonalamatl* de Aubin, la *Matrícula de Tributos* y la *Tira de la Peregrinación* (*Ibid.*:118, Figura 22).

La cultura mexicana presenta grandes contrastes, una extrema crueldad religiosa en ciertos aspectos, junto con una elevada espiritualidad y refinamiento; en sus dos siglos de esplendor, impresiona y alucina por sus múltiples creaciones artísticas, por su impresionante cultura religiosa y científica, por su rígida organización social con gobierno teocrático, política militarista y vida comunal en el pueblo, y por su planificado urbanismo que logró hacer de su ciudad la más importante y vital de toda América, que resume la vida de los pueblos de Mesoamérica; cruel, apasionada, pero llena de belleza plástica en todo momento.

Inundaciones en la época prehispánica

Son dos las principales inundaciones ocurridas en la época prehispánica: la primera y más antigua de que se tiene noticia acaecida en México-Tenochtitlan, sucedió en la época de Motecuhzoma I, quien reinó de 1439 a 1468 (León Portilla, 1961:97); según Torquemada (1975:219):

A los nueve años del reinado de Motecuhzoma crecieron tanto las aguas de esta laguna mexicana, que se anegó toda la ciudad y andaban los moradores de ella en canoas y barquillas, sin saber qué remedio dar ni cómo defenderse de tan grande inundación. Envió el rey sus mensajeros al de Tetzcuco, que



Figura 21. Coyolxauhqui, diosa de la Luna, hija de la Tierra y hermana del Sol. La diosa se encuentra decapitada y descuartizada, de acuerdo con la leyenda del nacimiento de Huitzilopochtli. Este monolito fue descubierto el 24 de febrero de 1978, en la esquina de Argentina y Guatemala en el centro de la Ciudad de México, después del hallazgo, se iniciaron las obras de reconstrucción del Templo Mayor. Sus dimensiones son: ocho toneladas de peso y tres metros de diámetro (tomada de Benítez, 1984:19; foto: JJZ).

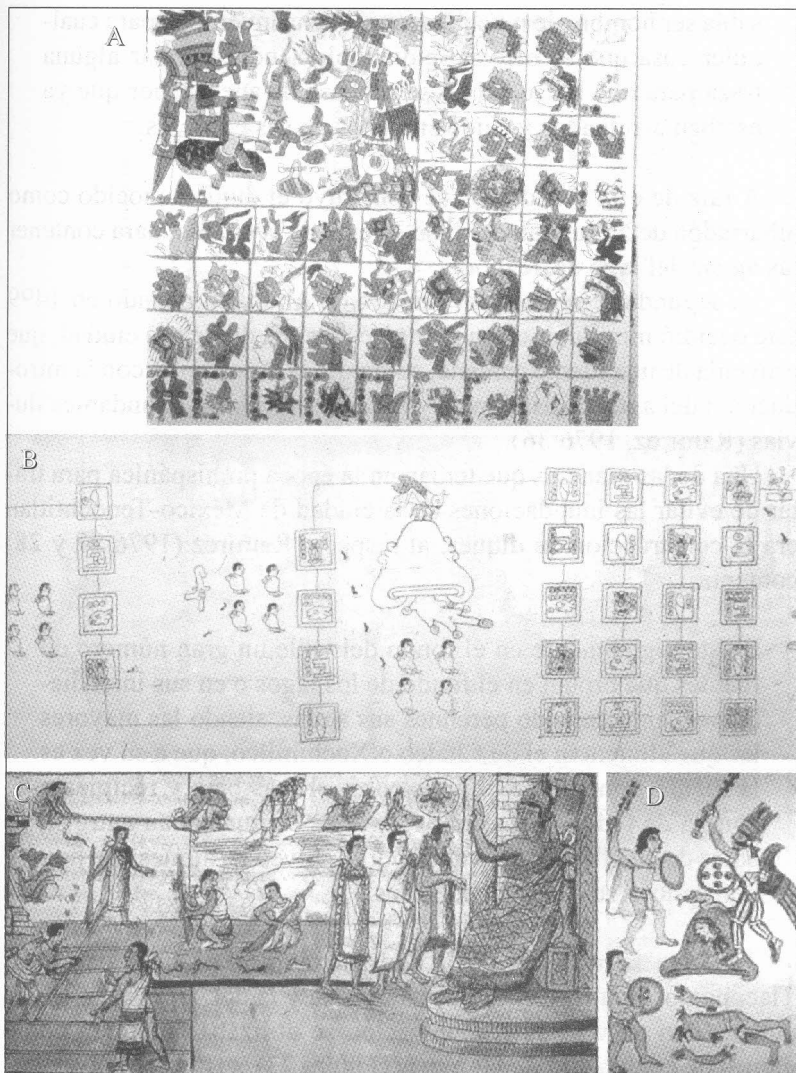


Figura 22. Códices sobre Tenochtitlan. A. Tonalamatl de Aubin, lámina 9. B. Boturini o Tira de la Peregrinación Azteca. Detalle 11. C. Durán, capítulo 13. D. Florentino, libro 3, foja 3v, capítulo 1. Detalle (fotos: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM).

sabía ser hombre de mucha razón y buena inventiva, para cualquier cosa que se ofrecía, pidiéndole acudiese a dar alguna traza para que la ciudad no se acabase de anegar, por que ya estaban arruinados y caídos muchos de sus edificios.

A raíz de esta inundación se construyó el dique conocido como albarradón de Nezahualcóyotl, al oriente de la ciudad, para contener las aguas del lago de Texcoco.

La segunda se remonta al reinado de Ahuítzotl cuando en 1499 éste decidió introducir un suplemento de agua dulce a la ciudad, que provenía de una fuente cercana, coincidió la inundación con la introducción del agua de esa fuente y la precipitación de abundantes lluvias (Ramírez, 1976:36).

Una de las maneras que tenían en la época prehispánica para tratar de evitar las inundaciones de la ciudad de México-Tenochtitlan era la construcción de diques, al respecto Ramírez (1976:27 y 28) comenta:

Existen igualmente en el fondo del valle un gran número de fuentes que brotan en el fondo de los lagos o en sus inmediaciones, manteniendo perennes sus aguas, siendo las mayores las que alimentan el de Chalco o Xochimilco, que a su vez es la fuente principal del de Texcoco, el más bajo y recipiente común de todos. Todos estos lagos se comunicaban entre sí, antes de que fueran separados por los diversos diques que hoy multiplican sus vasos y nombres.

También se valieron de la construcción de grandes calzadas: Tlacopan o Tacuba, Coyoacán-Iztapalapa y la del Tepeyac, a la vez que servían de vías de comunicación se utilizaban también como diques de contención de las aguas (Figura 23).

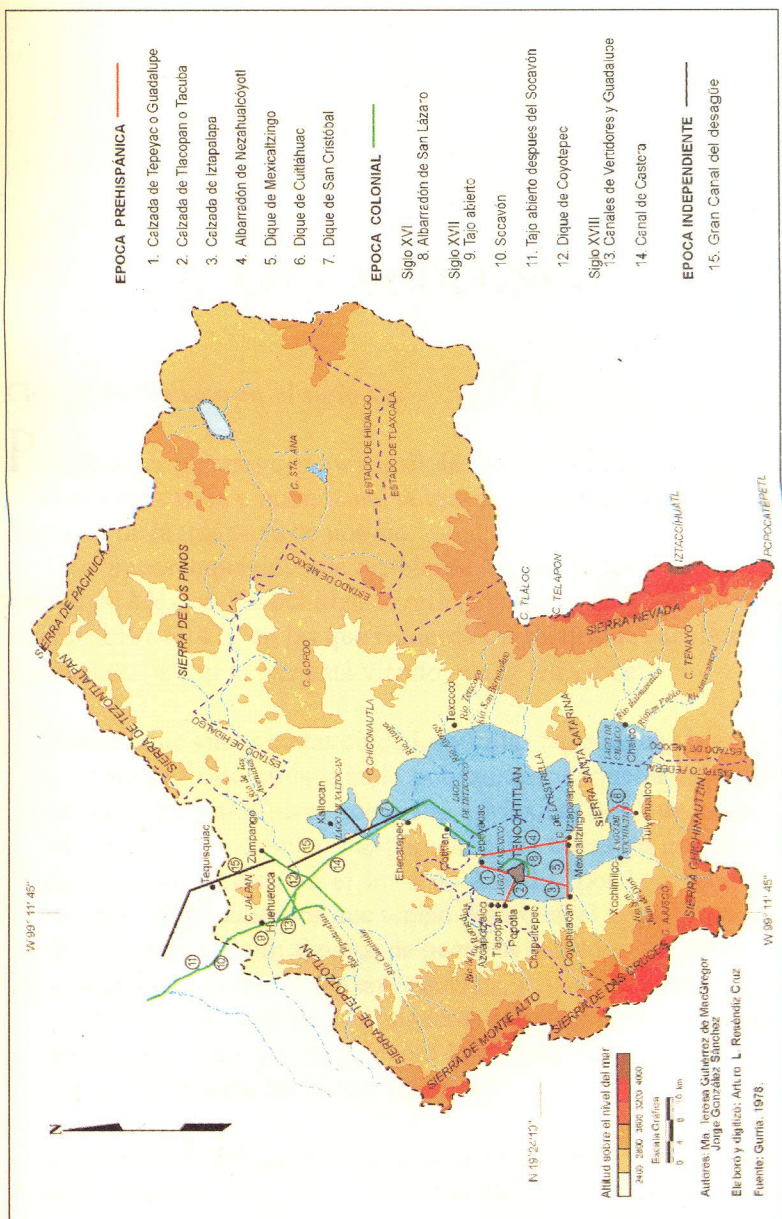


Figura 23. Obras hidráulicas en la cuenca de México.

II. ÉPOCA COLONIAL

Ciudad de México en el siglo XVI

Por las descripciones que los españoles hacen de la ciudad se juzga que era majestuosa e imponente, la mayor concentración urbana de América de la que se tiene noticia.

La primera impresión que recibieron los españoles al entrar en la ciudad de México-Tenochitlan se refleja en las palabras de Díaz del Castillo (1964:147), en las que recuerda los relatos de caballería relacionándolos con lo que está viendo, y a la letra dice:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobadas en el agua, y en tierra firme otras grande pobazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de cal y canto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no se como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos.

La conquista del imperio mexica se inició por los españoles el 8 de noviembre de 1519 (León Portilla, 1961:8; Krickerberg,

1964:420 y Gerhard, 1986:185) y culminó el 13 de agosto de 1521. Se facilitó la victoria debido a que las tribus sojuzgadas por los mexicas estaban descontentas, principalmente las tlaxcaltecas, las que se unieron a los españoles con el fin de lograr la caída del imperio. Cuando llegaron a Tenochtitlan los conquistadores españoles, reinaba en el imperio mexica *Motecuhzoma* II Xocoyotzin (López Austin, 1961:50; Figura 24).

Un aspecto que debe destacarse es el señalado por León Portilla (1975:16) “Cuando el año 10-Conejo, 1502, ascendió al rango de *Tlatoani* supremo *Motecuhzoma* Xocoyotzin, la ciudad de Tenochtitlan vivía la época de su mayor esplendor. El número de habitantes, según parece, se acercaba a las 80 000 personas”.

Durante la estancia en Tenochtitlan de Cortés y sus hombres, recibió informes de que un grupo de españoles encabezados por Narváez llegaron de Cuba a Veracruz, con una orden de arrestarlo, y que esto había inquietado a las poblaciones indígenas de la región, por ello que decidió ir a hablar con Narváez dejando la fortaleza de Tenochtitlan muy bien abastecida de maíz y de agua y quinientos hombres dentro de ella.

Después de pactar con Narváez tuvo conocimiento que se había levantado todo el pueblo de Tenochtitlan contra los españoles que estaban en la fortaleza; decidió regresar para ayudarlos. En esta lucha murió *Motecuhzoma* II Xocoyotzin. La guerra continuó a muerte viéndose obligados a huir los españoles que restaban y sus aliados, por la calzada de Tacuba.

Cuando los españoles se recuperaron de su derrota, planearon la reconquista de México-Tenochtitlan. Poco después Cortés dividió en tres grandes grupos al ejército conquistador y sus aliados indígenas para controlar las calzadas de acceso a la ciudad desde tierra firme, y para evitar el acceso por agua construyeron trece bergantines (Figura 24) con los que rodearon la ciudad (Matos Moctezuma, 2000:19).

Cortés se vio obligado por las circunstancias a destruir la ciudad de México-Tenochtitlan que admiraba, apoyado por sus aliados indígenas que odiaban al pueblo mexica.

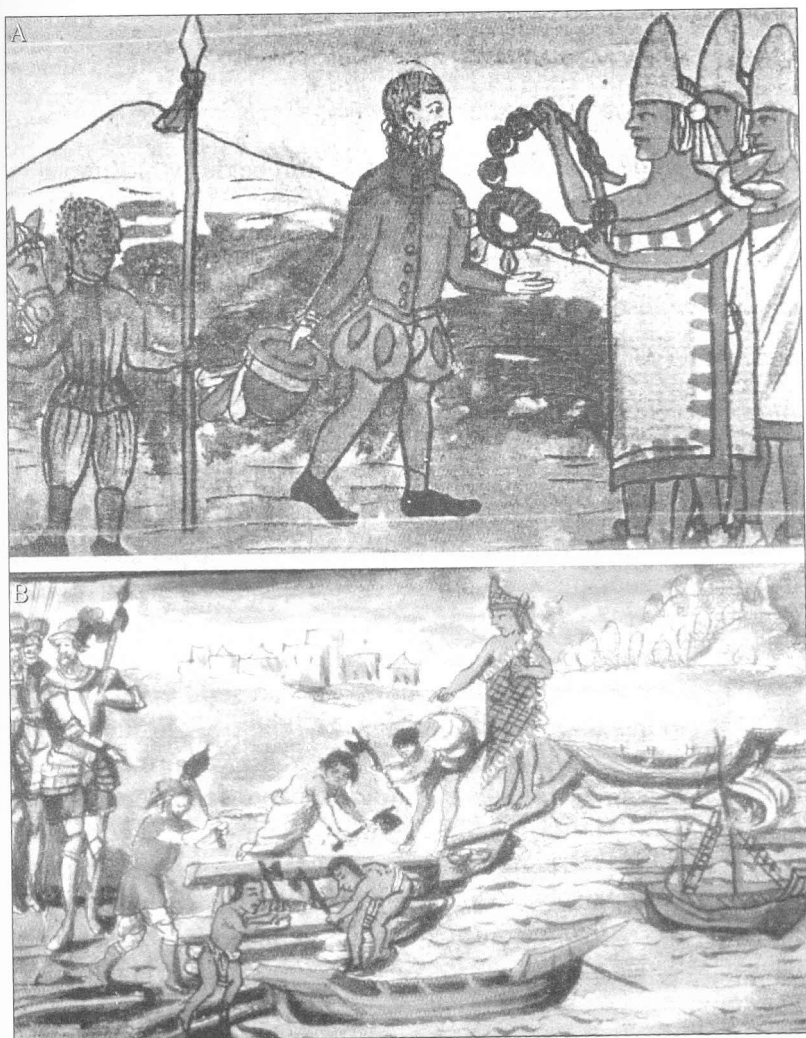


Figura 24. Encuentro entre mexicas y españoles. A. Cortés recibido por Moctezuma. *Códice Durán*, capítulo 25, tomado de Benítez, 1984:124 (foto: JJZ). B. Construcción de bergantines por indígenas comandados por españoles. *Códice Durán*, capítulo 77 (foto: Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM).

En su tercera carta de relación Cortés reflexionó acerca del dolor que le produjo la destrucción de la ciudad y lo expresó de la manera siguiente:

Viendo que estos de la ciudad estaban rebeldes y mostraban tanta determinación de morir o defenderse, colegí de ello dos cosas: la una, que habíamos de haber poca o ninguna de la riqueza que nos habían tomado; y la otra, que daban ocasión y nos forzaban a que totalmente los destruyésemos. Y de esta postrera tenía más sentimiento y me pesaba en el alma y pensaba que forma tenía para los aterrorizar de manera que viniesen en conocimiento de su yerro y del daño que podían recibir... (Cortés, 1963b:161).

México-Tenochtitlan duró sitiada setenta y cinco días, en los que dicha ciudad fue defendida con valor, tesón y arrojo por sus habitantes, encabezados por Cuauhtémoc, hasta que éste cayó prisionero (Figura 25).

Los españoles, después de lograr la victoria, se trasladaron a Coyoacán, en donde se reflexionó sobre cuál sería el mejor lugar para asentar la nueva ciudad; finalmente Cortés decidió que fuera en el mismo sitio de México-Tenochtitlan, por motivos principalmente políticos y también militares y administrativos, además por las razones que aduce Gurría (1978:32): "... entre otras cosas porque así quedaba sentado el triunfo de las armas castellanas sobre los mexicas y del cristianismo sobre el paganismo".

Sobre sus ruinas y con piedras del recinto ceremonial y residencial se empezó a construir la ciudad colonial, se restauraron las calzadas, se escombraron las calles, se limpiaron las acequias y se reparó el acueducto de Chapultepec. El resultado de estos trabajos fue una ciudad fortificada en la que se aprovecharon las piedras de los anteriores edificios, y la mano de obra indígena, puesta al servicio de los conquistadores impregnándola de su arte y de su espíritu (Figura 26).



Figura 25. Personajes de la conquista de México.A. Moctezuma. B. Cuauhtémoc. Dibujos de M. Covarrubias, tomados de Martínez, 1990:243 y 330. C. Hernán Cortés, retrato en el Hospital de Jesús, tomado de Benítez, 1984:119 (fotos: JJZ).



Figura 26. Cabeza de Serpiente. En una esquina del Palacio de los Condes de Calimaya. Ejemplo de utilización de restos de templos indígenas en la construcción de edificios españoles. Ubicado en la esquina de Pino Suárez y República del Salvador (foto: JJZ).

Al respecto destaca lo que escribió fray Toribio de Benavente (Motolinía; 1971:35), sobre lo que ocurrió después de la conquista:

... para hacer las iglesias comenzaron a echar mano de sus teocallis para sacar de ellos piedra y madera, y de esta manera quedaron desollados y derribados; y los ídolos de piedra, de los cuales había infinitos, no sólo escaparon quebrados y hechos pedazos, pero vinieron a servir de cimientos para las iglesias; y como había algunos muy grandes, venían lo mejor del mundo para cimientos de tan grande y santa obra.

De acuerdo con León Portilla (1992:132), la destrucción del templo mayor y otros santuarios de Tenochtitlan se realizó en un tiempo muy breve, para edificar los santuarios del dios de los vencedores y señala:

A no dudarlo pronto desaparecieron así todas las estructuras superiores y la mayor parte de la fachada del templo mayor y de los otros templos del gran recinto sagrado. Tan sólo los arranques de los parámetros en talud y de las escalinatas—sobre todo de las estructuras que corresponden a las etapas anteriores al periodo de Moctezuma Xocoyotzin—escaparon a la destrucción simplemente porque sobre ellas se acumularon piedras y toda clase de escombros...

Según Maza son dos las razones que explican la traza de la Ciudad de México; la primera es la experiencia y el conocimiento urbanístico del renacimiento y la segunda la posibilidad de aprovechar la traza indígena que yacía debajo de los escombros, como lo señala en su libro (Maza, 1985:7):

... Hizo la traza el alarife Alonso García Bravo siguiendo la urbanística reticular renacentista, en parte por su experiencia y en parte por la ciudad azteca, que era rectilínea. El plano circunscribió una pequeña ciudad con manzanas más largas

de oriente a poniente —el camino del sol— y más cortas de norte a sur, plano que aún se conserva en lo fundamental.

Según Lombardo (2000b:100):

... la forma reticular de México, así como la amplitud de sus calles rectas, fue producto del trazo prehispánico que siempre quedo subyacente, condicionando la morfología de la ciudad española. A pesar de que Tenochtitlan fue dramáticamente arrasada, permaneció la distribución espacial de calzadas, calles, muchas acequias y la mayor parte de sus plazas...

De aceptarse la opinión de Maza, se puede afirmar que la traza de la Ciudad de México fue el resultado de la mezcla de dos importantes culturas, la mexica y la española.

Alrededor de esa traza se encontraba la población indígena, en un área sin orden, quedando de este modo, coexistiendo separados los españoles y los naturales.

El primer escudo de la Ciudad de México fue otorgado por el emperador Carlos V en Valladolid en 1523, el título de “Muy Noble e Insigne y Muy Leal Ciudad”, fue otorgado posteriormente en Real Cédula de 1548 (Vargas, 1975:24; Figura 27).

La fisonomía de la ciudad, surcada por multitud de canales interiores, subsiste hasta principios de la época colonial, porque se consideraba que esos canales servían de excelentes medios de comunicación y que facilitaban grandemente el comercio, sin embargo, debido al continuo crecimiento de la ciudad, ya que ésta no abandona su antiguo emplazamiento, fue necesario ir cegando las acequias, obteniendo de este modo mayor espacio, que tanta falta hacía, para ir extendiendo la ciudad (Figura 28).

Como se deseaba que se poblara rápidamente la Ciudad de México, se repartieron solares entre los vecinos, pero no todos tuvieron posibilidades para construir sus casas, por lo que en 1585 la autoridad decretó que las personas que poseían solares dentro de la traza urbana debían construir, o de lo contrario el terreno pasaría a otras manos (O’Gorman, 1986).

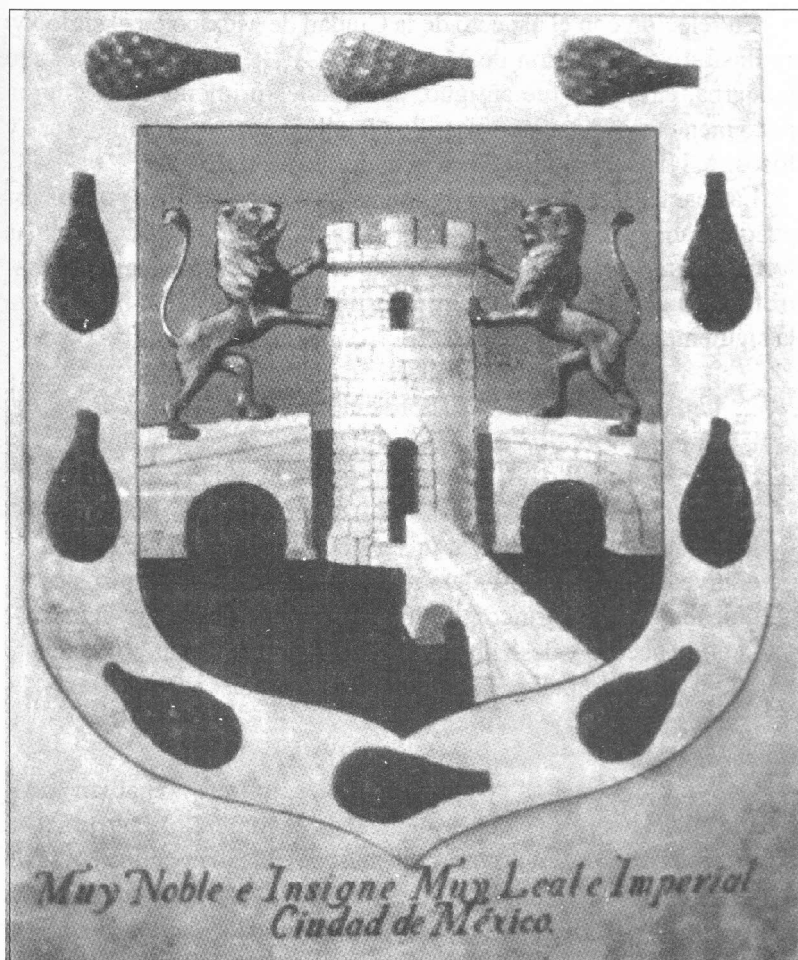


Figura 27. Escudo de Armas de la Ciudad de México, concedido por Carlos V en 1523. Museo Nacional de Historia (tomado de Carrera, 1960:81; foto: JJZ).

En relación con el aspecto de la Ciudad de México en el siglo xvi es ilustrativa la opinión de Maza (1985:7) "Pero si la traza resultó moderna, el alzado fue antiguo, por que las primeras casas fueron poco menos que pequeños castillos feudales con torres almenadas y fosos. Así duró la ciudad hasta principios del siglo xvii".

Las características de las primeras casas construidas por los españoles, además de los elementos de la arquitectura militar que las fortificaban por temor a ataques de los indígenas, favoreció el desarrollo de una vida doméstica introvertida; su disposición interior era la siguiente:

... tenían un patio central bordeado en tres o cuatro de sus lados por corredores porticados en dos niveles a manera de claustros, las habitaciones se distribuían por el perímetro alto de ese recinto y los locales destinados a los servicios, a la habitación de esclavos y a la servidumbre, se localizaban en el nivel inferior. La escalera que comunicaba ambos pisos se ubicaba en algún rincón de los corredores, desde los cuales tenía su acceso y desembocadura. Al fondo del solar bordeando un segundo patio, se hallaban los corrales, caballerizas y pajares (Ayala, 1996:40).

En cambio, las casas de otros españoles, los que no habían participado en la conquista y que se dedicaban al comercio o a la práctica de distintos oficios, eran más modestas; se ubicaban en los bajos de las casas-fortaleza, eran de dos niveles de poca altura (ocupaban la planta baja de la casa principal), el piso inferior daba a la calle y servía para el establecimiento de un comercio o taller y el superior era la habitación de sus ocupantes (Ayala, 1996:43-44).

La vivienda indígena se localizaba en los cuatro grandes barrios que rodeaban el rectángulo de la traza española: San Sebastián, que correspondía al antiguo barrio indígena de Atzacualco; Santa María la Redonda, en el antiguo Cuepopan; San Pablo en el barrio de Zoquiapan y San Juan en el de Moyotlan. Hacia la mitad del siglo xvi la vivienda indígena continuaba conservando sus características fisi-

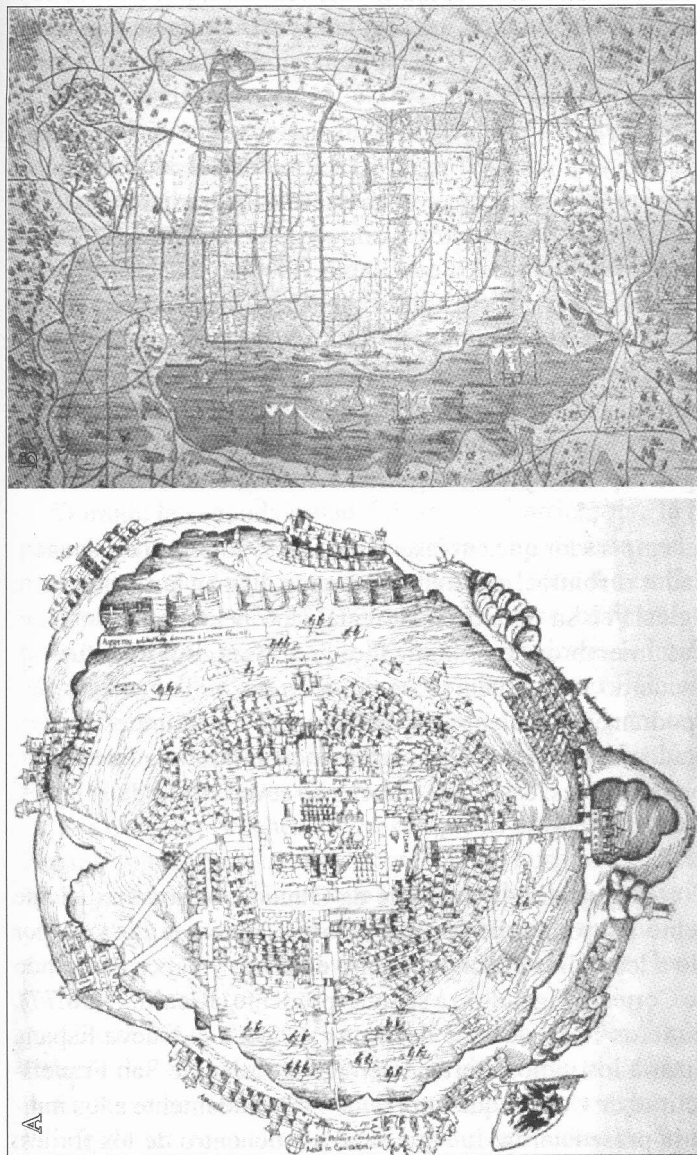


Figura 28. A. Ciudad de México. Plano atribuido a Hernán Cortés. Publicado por primera vez en 1524 en Nüremberg (foto: Archivo fotográfico Manuel Toussaint, IIE-UNAM). B. Plano atribuido a Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo de Carlos V, pintado a mediados del siglo XVI (foto: RM).

cas originales, construidas con materiales sencillos, poco durables y dispuestas sin orden, es decir, no seguían la estructura de manzanas rectangulares que existía en la parte de la ciudad dominada por los conquistadores (Ayala, 1996:44-46).

Dos aspectos a los que se dio gran importancia en la Colonia fueron la salud y la educación; en relación con la salud se puede considerar que México cuenta con una destacada tradición hospitalaria, la cual se remonta hasta 1522, año en que Hernán Cortés fundó el primer hospital de América que llamó Hospital de Jesús, apenas un año después de fundada la Ciudad de México; lo insólito es que este hospital ha dado servicio ininterrumpido desde su creación hasta la actualidad.

En cuanto a la educación, preocupado Cortés por la necesidad de contar con personas que comprendieran a los indígenas, les enseñaran la lengua española y los integraran a la religión católica:

Pidió al emperador que enviase al país sacerdotes, no obispos ni prelados disolutos, que frecuentemente disipan la sustancia de la Iglesia en su desenfrenada vida; sino personas devotas piadosas, miembros de comunidades religiosas cuya vida fuese de acuerdo exactamente con su doctrina. Solamente así, añade podrán ejercer alguna influencia sobre los naturales, que han estado acostumbrados a ver la menor inmoralidad de sus propios sacerdotes, castigada con el más severo rigor de la ley (Prescott, 1976:542).

Con Cortés llegó fray Bartolomé de Olmedo, teólogo excelente perteneciente a la orden de los mercedarios, quien se destacó por haber dado a los indios el conocimiento de Dios, y haber moderado el ardor de Cortés obligándolo a ser más prudente (Ricard, 1986:77).

Los primeros 12 frailes que llegaron en 1524 a la Nueva España a evangelizar a los indios, pertenecieron a la orden de San Francisco. Una actitud de Cortés, que impresionó profundamente a los indígenas que la presenciaron, fue que salió al encuentro de los frailes, hincó la rodilla en tierra y besó el hábito de fray Martín de Valencia,

quien era el que encabezaba el grupo de frailes descalzos, cansados y harapientos. Esta acción los valoró a los ojos de los naturales como seres superiores (Prescott, 1976:542).

Dos años después, en 1526, llegaron los 12 frailes de la orden de Santo Domingo. Los últimos en llegar, en 1533, fueron siete frailes de la orden de San Agustín.

Desde un principio los frailes no descansaron en su empeño evangelizador, adquirieron el conocimiento del idioma, abrieron escuelas y fundaron colegios y conventos. En Ciudad de México las tres distintas órdenes religiosas se establecieron en amplios solares distribuidos en diferentes rumbos de la ciudad: la de San Francisco (Figura 29), al occidente de la Plaza Mayor, la de Santo Domingo al norte y la de San Agustín al sur, respectivamente (Tovar de Teresa, 1990:9). Más tarde las primeras construcciones se reedificaron, se extendieron y construyeron nuevas dependencias.

Durante la segunda mitad del siglo XVI, arribaron a la Nueva España las siguientes órdenes religiosas: los jesuitas en 1572, los mercedarios en 1582 y los carmelitas en 1585; las cuales tuvieron que enfrentar graves problemas para instalarse, básicamente por falta de terrenos en la zona central y por la oposición de las órdenes ya existentes, debido a que existía un privilegio pontificio para que no se establecieran nuevas órdenes demasiado cerca, para evitar que su influencia e intereses se redujeran, sobre todo en cuestión de limosnas y donativos (Tovar de Teresa, 1990:10).

Las distintas órdenes religiosas que se establecieron en la Nueva España fundaron conventos, noviciados, hospitales, colegios, etc.; los religiosos, además de que representaban una población significativa para la ciudad, construyeron una gran cantidad de edificios, lo que le dio la fisonomía que la caracterizó durante los años de la Colonia.

Uno de los edificios religiosos más destacados en la ciudad fue el Palacio del Arzobispado, fue la sede del Obispado de la Nueva España y tuvo bajo su jurisdicción una inmensa extensión del territorio "... desde las costas del mar del Sur en el puerto de San Diego de Acapulco, hasta las del Norte en la bahía de Pánuco..." (Rivera:

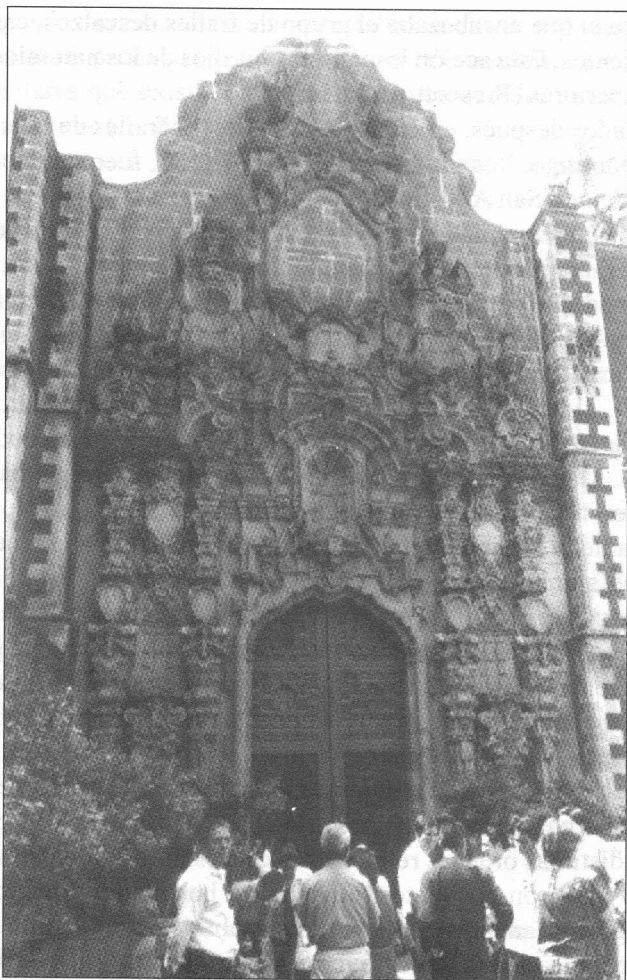


Figura 29. Iglesia de San Francisco. Fachada. En realidad se trata de la capilla de Balvanera, construida entre 1763 y 1766, forma parte de los restos del convento de San Francisco, el cual ocupaba una considerable extensión (sus límites eran Madero y Venustiano Carranza y Eje Central y Bolívar); fue la primer orden religiosa en arribar al territorio de la Nueva España, en 1523 (Tovar de Teresa, 1990:13-35). Ubicada en la calle de Madero, antiguamente San Francisco (foto: MTGM).

1972:183); la administración del Obispado sobre esa superficie incluía a la capital de la Colonia, a todas las ciudades, villas, pueblos, reales de minas y curatos, misiones y parroquias. El edificio se terminó de construir en 1554 en la calle de Moneda y se nombró a Fray Juan de Zumárraga como el primer arzobispo (Figura 30).

En 1527 Fray Pedro de Gante fundó la primera escuela para indios en la Ciudad de México y la llamó San José de los Naturales (Figura 31). Involucraba enseñanza de la lengua española, escuela primaria, oficios y actividades artísticas; llegó a tener hasta mil educandos. Francisco de la Maza (1972:33) nos relata sobre la creación de esta escuela lo siguiente:

Cuando el benemérito fraile flamenco, humilde lego de la Orden de San Francisco pero de ilustre cuna se trasladó del palacio de Nezahualcóyotl en Texcoco, al convento franciscano de México a principios de 1527, erigió junto al templo una capilla y una escuela para los indios que llamó *San José de los Naturales*. Su experiencia de tres años y medio en Texcoco le advirtió que, para que niños y adultos estuvieran contentos y pudieran caber todos, lo mejor era fabricarles no una iglesia cerrada tradicional, sino una nueva abierta visible su interior desde grandes espacios. Por eso en el gran atrio de San Francisco construyó un pórtico que fue la primera capilla abierta de México.

Por esta razón Maza considera a Fray Pedro de Gante el inventor de esta novedosa modalidad arquitectónica que facilitó la evangelización de los indios, que estaban acostumbrados a celebrar sus ceremonias religiosas al aire libre.

A partir del año 1535, la Nueva España adoptó como régimen de gobierno el sistema virreinal; la importancia de la Ciudad de México aumentó con la llegada del primer virrey Antonio de Mendoza, hombre probo, con gran iniciativa e interesado en los problemas de la Nueva España (Figura 32). Gobernó de 1535 a 1550; fundó la Casa de Moneda en 1535 (Figura 33), solicitó la fundación de



Figura 30. Edificio del ex Arzobispado. Se construyó a mediados del siglo XVI, después de la expropiación de los bienes de la Iglesia pasó a ser parte de la administración pública. En la calle de Moneda. A. Fachada. B. Vista general. Al fondo se observa una de las torres de la catedral metropolitana (fotos: JGS).



Figura 31. Fray Pedro de Gante. Evangelizador y defensor de los indios en los territorios conquistados por los españoles. Perteneció a la orden de los franciscanos, en 1527 fundó la primera escuela para indígenas en la Ciudad de México, San José de los Naturales, dentro del convento de San Francisco (tomada de Benítez, 1984:17; foto: JJZ).



Figura 32. Don Antonio de Mendoza, primer virrey de la Nueva España, gobernó de 1535 a 1550 (tomada de Rubio, 1983:217; foto: JJZ).

la Universidad y propició el establecimiento de la primera imprenta en América, aunque se discute sobre el año en que se fundó, de lo que no hay duda es que el primer libro conocido fue publicado en 1539 por el impresor Juan Pablos.

En 1536 se fundó el colegio más importante de educación dirigido a la enseñanza superior de los indios, denominado Santa Cruz de Tlaltelolco. Este colegio se fundó a instancias del virrey Mendoza y el obispo Zumárraga. La finalidad de este colegio radicó en tratar de lograr elevar la preparación del pueblo conquistado, pero tuvo corta



Figura 33. Casa de Moneda. Actualmente Museo de las Culturas. Ubicada en la calle de Moneda, en el costado norte de Palacio Nacional (foto: EVL, Archivo fotográfico ManuelToussaint, IIE-UNAM).

duración. Asimismo, el virrey Mendoza se preocupó en fundar, en 1547, un colegio para mestizos llamado San Juan de Letrán.

Se fundó también la Real y Pontificia Universidad de México en 1551 e inició sus labores el 25 de enero de 1553. Se discute cual de las universidades fundadas en la época colonial es la más antigua de América, la de San Marcos de Lima, Perú o la de México, lo que no puede discutirse es el hecho de que fue la de México la primera universidad que funcionó en América (Figura 34).

Durante la Colonia, la Ciudad de México fue el principal centro administrativo, económico, educativo, cultural, religioso, de consumo y de comunicaciones y transportes de la Nueva España.

Inundaciones en siglo XVI

Las inundaciones fueron uno de los graves problemas que siempre tuvo la Ciudad de México, desde la época prehispánica. Con motivo de la fuerte inundación ocurrida en 1555, se decidió iniciar la construcción del albarradón de San Lázaro, para reponer el de Nezahualcóyotl, que se había dañado, esta nueva obra se terminó en 1556. A pesar de este paliativo, las inundaciones continuaron presentándose periódicamente. Todos los esfuerzos que se realizaron en los primeros años de la Colonia para contener las inundaciones se basaron en las técnicas utilizadas en la época prehispánica (Figura 23).

Ciudad de México en el siglo XVII

La ciudad sufre un proceso de transformación, pierde su aire de fortaleza y surge una nueva fisonomía, aunque su traza urbana permaneció sin cambios significativos (Figura 35).

Destacaron en el siglo XVII dos tipos de materiales de construcción: el tezontle y la cantera. Según Maza (1985:12):

El tezontle se usó de dos modos: roto, para mamposteado, o labrado en sillares para cubrir las fachadas ... Las portadas, ventanas o balcones fueron siempre de cantera blanca llama-

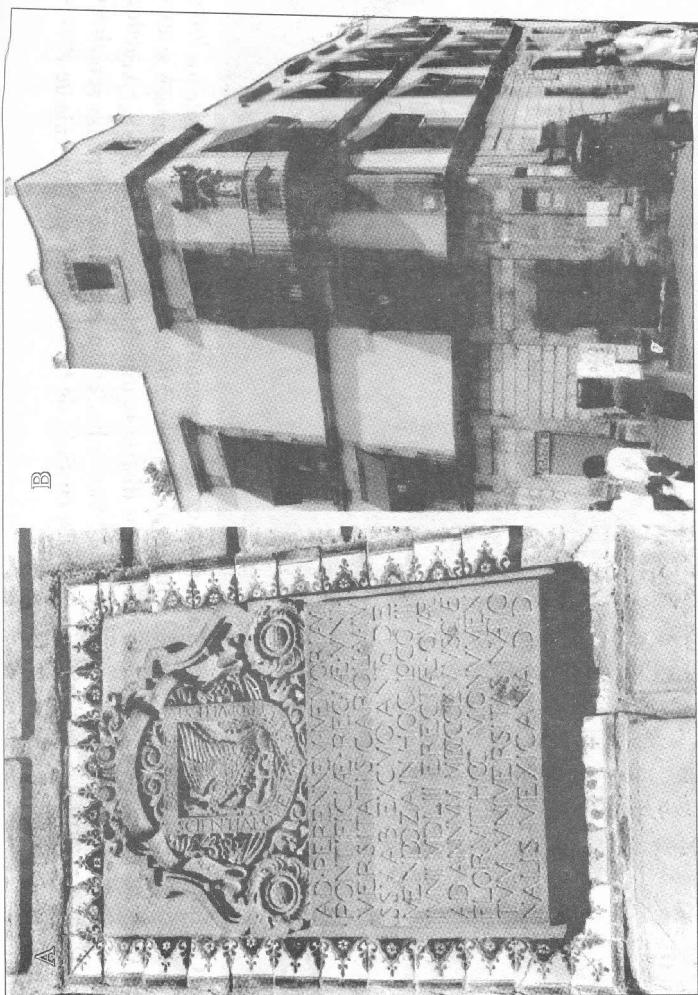


Figura 34. A. Lápida conmemorativa de la fundación de la Universidad Pontificia; se localiza sobre la calle de Moneda, en el lugar donde la UNAM reconoce, estuvo el primer edificio universitario en 1551. B. Edificio de la esquina de Moneda y Seminario, donde se encuentra empotrada la lápida anterior (fotos: MTGM).

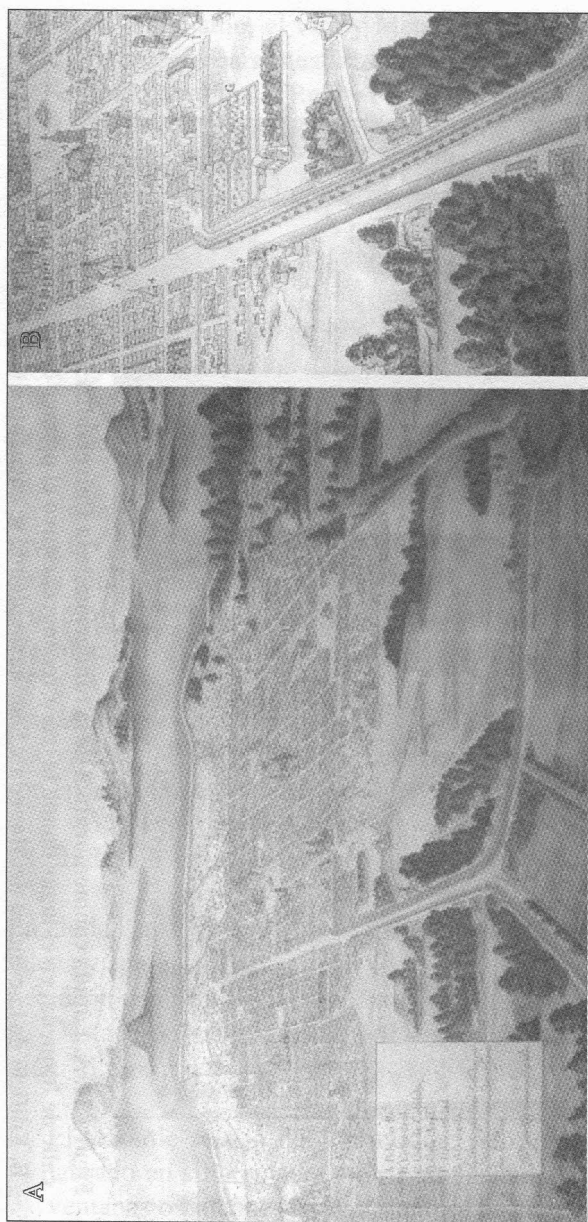


Figura 35. Ciudad de México en 1628. Juan Gómez de Trasmonte. Vista tomada desde los lomeríos del poniente. A. Vista general, al fondo se puede observar el albarrón de San Lázaro, también se aprecian los acueductos y las acequias que cruzan la ciudad en distintas direcciones. B. Detalle del Acueducto de la "Tlaxpana" que abastecía agua a la ciudad desde Santa Fe, en su recorrido sobre las actuales calles de Puente de Alvarado e Hidalgo, que terminaba a un costado de la Alameda, en una caja de agua conocida como "La Mariscala" (fotos: RM).

da “chiluca”. Fue entonces, México, una ciudad en rojo y blanco, bicromía preciosa y rara que empezó a perderse con el neoclásico al usar sólo la cantera.

Otra opinión de cómo era la Ciudad de México en el siglo xvii nos la ofrece Torquemada (1975:409), quien la describe de la manera siguiente:

Sus calles son muy hermosas y tan anchas que pueden pasar por ellas tres carretas juntas o nueve y diez hombres a caballo sin impedirse los unos a los otros ... Es en edificios de las mejores y más aventajadas del universo; todas las casas de cal y canto, grandes, altas, y con muchas ventanas rasgadas, y balcones y rejas de hierro con grandes primores. Y estos edificios tan lindos y parejos hacen las calles muy lindas y labradas; no tienen vueltas ni revueltas (como la mayor parte lo son las de las ciudades de España) ...

En el siglo xvii había acequias o calles de agua; Maza (1985:15) señala que había cuatro acequias principales y varias docenas de calles de agua menores (Figura 36). La acequia más importante, era la que venía del canal de la Viga, se daba vuelta en dirección oriente a poniente pasando a un costado de Palacio Nacional y llegaba hasta la calle 16 de Septiembre (entonces Trapaleros), para desaparecer en la zona de lo que hoy conocemos como Bucareli. El canal de la Viga permaneció hasta el siglo xx, llegaba hasta Santa Anita, donde cada año se hacían grandes fiestas, y se prolongaba hasta la calle de Roldán (Figura 37). Se calcula que en la ciudad había 50 puentes, algunos de cal y canto y otros de madera.

En relación con el transporte se dice que había varios miles de coches tirados por caballos, rodando por las calles. La Alameda Central era un importante paseo para los ciudadanos al que acudían todos los días alrededor de las cuatro de la tarde.

En cuanto al número de personas que habitaban en la Ciudad de México, los datos son inciertos, varían enormemente de unos auto-

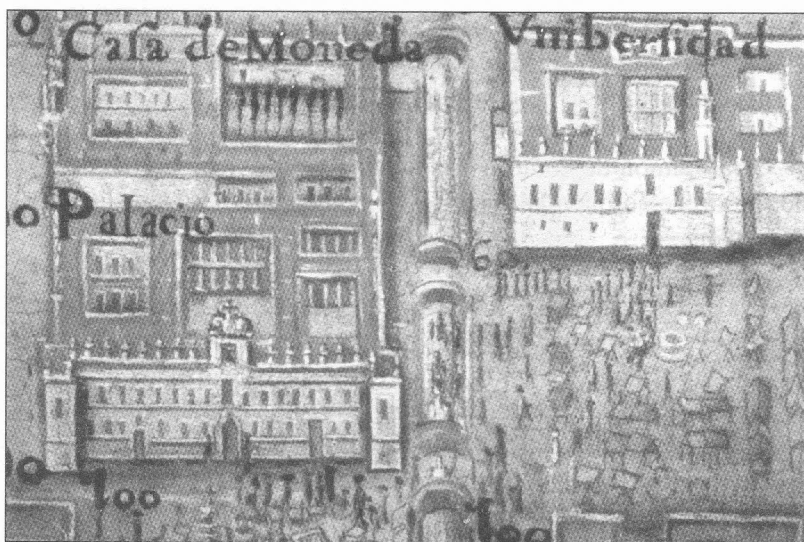


Figura 36. Palacio Virreinal y Universidad. Plano de Arrieta. México siglo xvii. Detalle (foto: MPC, Archivo fotográfico M.Toussaint, IIE-UNAM).

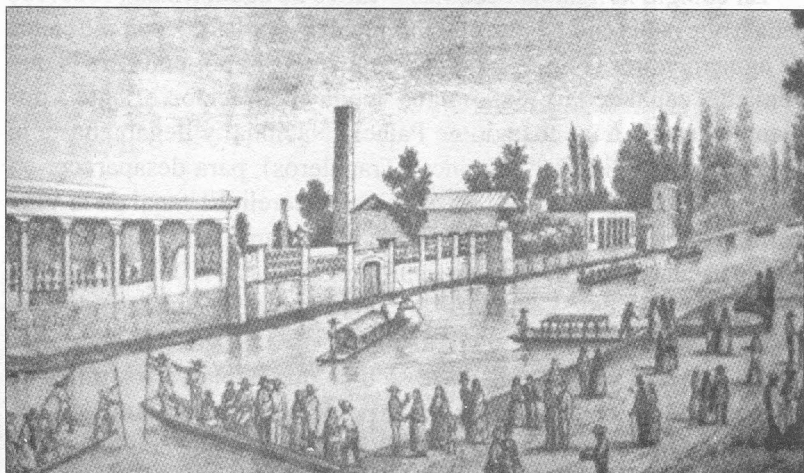


Figura 37. Paseo de la Viga. Uno de los paseos más populares desde el siglo xvii hasta el primer tercio del xx en la Ciudad de México (foto: RM).

res a otros, según Maza (1985:17) el dato más confiable es el de Fernando Cepeda y Fernando Carrillo, que calculan 20 mil familias de españoles y unos 60 mil indios.

La composición de la sociedad novohispana de la Ciudad de México en el siglo xvii se organizaba, según Maldonado (1988:18-19), de la manera siguiente:

La capa superior estaba formada por los españoles, que en un principio fueron los conquistadores de la tierra, los oficiales y soldados de Cortés; éstos fueron sustituidos por los rezagados colonos y 'primeros pobladores', a los que se llamó 'advenedizos'. Para el siglo xvii el grupo de conquistadores originales ya se había extinguido, y la clase directora estaba compuesta por los 'advenedizos', pues los hijos de aquellos (los criollos) estaban relegados.

La segunda capa social estaba integrada por los criollos, durante el siglo xvi mantenidos lejos de los altos cargos del Estado y de la iglesia; pero como su número había aumentado considerablemente, traspasaron con facilidad las puertas que anteriormente les estaba prohibido franquear, y así podemos ver en esta época que la universidad, la audiencia, los ayuntamientos, las mitras, etcétera, contaban con gran número de criollos; pero aún así se siguió viendo a esta clase con mucha inferioridad. El más desmedrado gachupín se creía superior a los nativos del virreinato.

La tercera capa social la formaban los mestizos, los nacidos de la unión de las razas española e indígena. 'Ofrecían una feliz combinación y temple de la melancolía indígena y de pasión española; eran volubles, vivarachos, bondadosos, respondones e ingeniosos y, con todo y su carencia de cultura intelectual, tenían un asombroso talento para improvisar versos... Los españoles solamente fueron capaces de ver en los mestizos a unos semicriollos, y por eso los consideraban inferiores por partida doble; más los criollos, que se sentían inclu-

so completamente españoles, los menospreciaban como gente de color, ésto es inferior. El acceso al estudio y a los cargos públicos fue siempre en extremo difícil para los mestizos'. Sólo se les permitía ocupar empleos de poca estimación social y económica.

La cuarta capa social, la más desvalida, la constituían los indios, los negros y las castas; éstas eran el producto de toda mezcla racial: blancos, indios y negros, que al unirse en primer grado, dieron mestizos, mulatos y zambos, los cuales, al fusionarse a su vez con los blancos, indios y negros, y también entre sí, produjeron una serie indefinida de tipos étnicos, que tuvieron una nomenclatura bastante pintoresca: castizos, moriscos, albinos, etcétera.

Al respecto Benítez (1984: 14 y 15) señala que se había formado una serie de castas según la cantidad de sangre española, indígena o negra y según la mezcla que tuvieran recibían distintos nombres: mestizo (al hijo de español e india), castizo (de mestiza y español), mulato (de español y negra), morisco (de español y mulata), coyote (de indio y mestiza), cambujo (de chino e india), entre otros. Como dice Maza (1985:16) "De éstas se cuentan tantas mezclas que sus nombres acabaron, finalmente en broma. Había las castas de "salta atrás", de "allí te estás" y de "no te entiendo".

Un aspecto que se debe resaltar es que desde el siglo XVI, y particularmente en el XVII, se fue perdiendo la segregación espacial; la población india y española se entremezclaban, los indios se introducían en lo que era la traza primitiva y los españoles ocupaban terrenos fuera de la traza, que eran para los indígenas, donde construían sus residencias secundarias.

Desde el siglo XVII la Ciudad de México fue cambiando su arquitectura, por casas de tipo renacentista, plateresco o mudéjar y en los templos se empezaron a construir cúpulas.

Una de las características de la estructura urbana en este siglo fue el surgimiento y consolidación de ciertos barrios, definidos en tér-

minos de la actividad que desempeñaban sus habitantes, ya que de acuerdo con las disposiciones del Ayuntamiento y de las corporaciones de los gremios de artesanos, éstos se agrupaban a lo largo de calles o en áreas muy definidas de la ciudad, lo que permitía, además de controlarlos, que los habitantes de la ciudad identificaran su especialidad. En esos años los artesanos establecían su taller y vendían sus productos, en el mismo lugar en el que vivían, formando así una unidad: casa-tienda-taller (Ayala, 1996:53).

En cuanto a la vivienda, en las casas principales continuó dominando el esquema del patio central, que para este siglo se convirtió en un articulador entre la vida doméstica, una de las funciones propias de la residencia, con las actividades que ocurrían en la calle; en el patio central se mezclaban no sólo las actividades productivas y las privadas de la familia, sino que englobaban también a numerosas personas que formaban parte de la familia: servidumbre, esclavos e inquilinos, que ocupaban las casas de entresuelos.

Al consolidarse el poder colonial, la Ciudad de México fue diversificando sus alternativas residenciales, por un lado surgió un tipo habitacional conocido como “par de casas”, de acuerdo con Ayala (1996:50) tenían la siguiente forma: “... teniendo como base la casa de patio central de planta cuadrada, resultaba de dividir ésta por la mitad mediante un muro que precisamente atravesaba el patio desde el frente hasta el fondo, produciendo dos casas idénticas enfrentadas...”, además se distinguían por estar destinadas para población de ingresos medios.

El siglo xvii es singular porque en él cobran gran importancia los artistas novohispanos, tanto en las letras como en la pintura; entre los escritores destacan: Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz (Figura 38), Fernando Alva Ixtlilxóchitl, Fray Juan de Torquemada, Cuauhtlehuānitzin Chimalpahin (Domingo de San Antón Muñón) y Agustín Betancourt. En el arte pictórico florecen artistas como la familia de Baltasar de Echave Orio, su hijo Echave Ibia y su nieto Baltasar Rioja de Echave; otros distinguidos pintores fueron Luis Juárez, Cristóbal de Villalpando y Diego Correa.

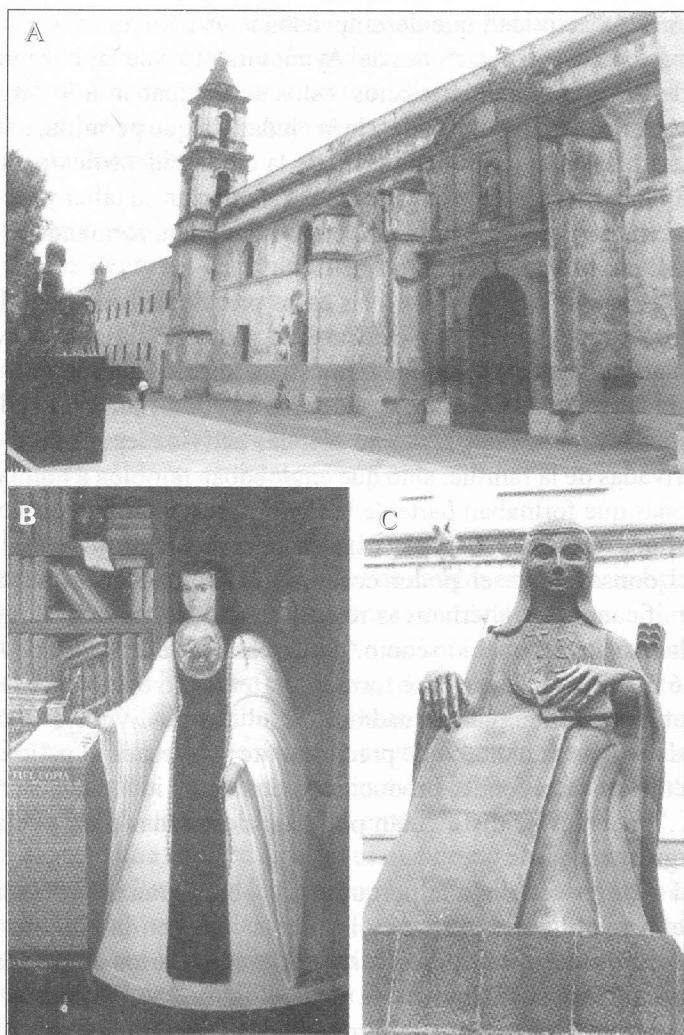


Figura 38. A. Convento de San Jerónimo donde vivió y murió (en 1695) Sor Juana Inés de la Cruz. B. Óleo en tela. Juan de Miranda (atribuido), UNAM, Dirección General de Patrimonio (foto: PC, Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM). C. Monumento a Sor Juana Inés de la Cruz, obra de Beatriz Caso, frente al convento de San Jerónimo (fotos: A y C, MTGM).

Inundaciones en el siglo XVII

La ciudad en el siglo XVII se inundó varias veces. Una de las inundaciones más fuertes se presentó en 1604, duró un año y destruyó parte de las casas; durante el segundo período del virrey Luis de Velasco se presentó, en 1607, una nueva inundación, que Enrico Martínez describe de la manera siguiente:

... comenzando las plubias por el mes de junio, fueron creciendo las aguas en tanta abundancia, que la laguna se llenó más que en ningún tiempo lo estuvo, y los ríos salieron de madre, llenando las acequias y vertieron sobre la ciudad sus aguas, sin que se pudiese remediar tan grande daño ni lo pudiesen impedir ni resistir las albarradas y calzadas y otros reparos que se habían hecho: y estuvo la ciudad en tanto peligro que se temió a verla de despoblar dejándola perdida, y con ella tantos y tan nobles edificios, templos y monasterios y haciendas, que causaba grande confusión y lástima (citado por Gurría, 1978:81).

Con motivo de la fuerte inundación de 1607, se presentaron varios proyectos para solucionar el problema del desagüe de la ciudad, de entre ellos el que se aprobó fue el de Enrico Martínez, de nacionalidad alemana, nacido entre 1550 y 1560 en Hamburgo, quien llegó a la Nueva España en 1590. Su proyecto consistió en desviar las aguas del río Cuautitlán por Huehuetoca y Nochistongo y de esta forma dar salida a las aguas fuera de la cuenca, hacia el río Tula, afluente del río Moctezuma, el que a través del río Pánuco, envía sus aguas al Golfo de México. Se inauguraron las obras del desagüe en noviembre de 1607 y se terminaron en 1608.

Con la terminación de esta obra no se completó la propuesta total de Enrico Martínez, que consistía en lograr un desagüe general de las lagunas; por lo que, a pesar de estas obras, en 1629 se presentó la mayor inundación de que se tiene noticia, la cual duró más de cinco años (Ayala, 1996:48), debido a ello, gran parte de las actividades de la ciudad, como el comercio, el tránsito e incluso la vida religiosa, se

tuvo que llevar a cabo en canoas; cuando esta inundación terminó, gran parte de los edificios de la ciudad estaban resentidos, se habían demolido o fueron sepultados, y se tomó la decisión de elevar el nivel de las calles para prever futuras inundaciones, lo que prácticamente obligó a reconstruir la ciudad.

A causa de esta tremenda y prolongada inundación, ya retiradas las aguas, en 1637 se pensó en trasladar la ciudad a una parte más alta. Para ello se celebró una junta en la que todos los interesados estuvieron de acuerdo en que la ciudad permaneciera donde estaba.

A mediados del siglo XVII se decidió continuar la obra a tajo abierto, para lograr el desagüe general de las lagunas, como lo había sugerido Enrico Martínez. Estas obras, con todas sus vicisitudes, costaron muchísimas vidas y dinero (Figura 23).

En ese mismo siglo XVII fueron construidos dos acueductos para hacer llegar el agua por gravedad, el de Santa Fe, o la Tlaxpana, iniciado en 1603, el cual tenía mil arcos, y el de Belén o Chapultepec. Al respecto Bribiesca (1962: 230-231) informa:

Dos eran las líneas principales que abastecían de agua a la ciudad, la arquería llamada de la Tlaxpana y el acueducto de Belén que venía por la calzada de Chapultepec. La arquería de la Tlaxpana había sido reconstruida y elevada sobre los antiguos caños de los aztecas que traían el agua 'gorda' de Chapultepec. A fines del siglo XVI se trajo por el mismo acueducto el agua 'delgada' de Santa Fe, y muy posteriormente, en 1786, se aumentó el caudal con los manantiales del Monte de los Leones, que atravesando el antiguo desierto de los Carmelitas y las lomerías de Cuajimalpa, Santa Fe y Tacubaya, se le reunían en el Molino del Rey. Dentro de la ciudad la arquería se iniciaba en Chapultepec, donde aún pueden verse unos arcos de la misma, al pie del cerro, convertidos en castillo o fortificación en ruina aparente, de muy dudoso gusto; de allí continuaban por la margen del río del Consulado, calzada de la Verónica, San Cosme y Puente de Alvarado hasta rematar en una caja de agua frente a la Mariscala, para de allí distribuirse a sus ramales subterráneos.

El acueducto de Chapultepec tomaba su origen en los manantiales del cerro situados a un lado de la casa del vigilante del Bosque, continuaba sobre arcos hasta el cruce con la actual calzada de Tacubaya, donde existía una hermosa fuente, hoy trasladada a la entrada del bosque, y seguía por la calzada de Chapultepec, en la que se conserva un pequeño tramo, hasta rematar en la fuente del Salto del Agua, de donde continuaba la distribución en forma subterránea a otras calles de la ciudad.

El acueducto de Santa Fe fue destruido con saña en el siglo xix sin dejar ningún rastro. La fuente del Salto del Agua del acueducto de Chapultepec que ahora existe, no es la original, aunque se encuentra colocada en el mismo lugar (Figura 39). En la actualidad quedan restos de algunos arcos de ese acueducto, en la avenida Chapultepec.

Las fuentes para servicio de agua eran más de 40, pero la más importante era la que se encontraba en la Plaza Mayor, ahora conocida como Plaza de la Constitución. En 1682 el agua fue entubada a lo largo de cañerías de plomo.

A fines del siglo xvii, en 1691, se tuvo una fuerte temporada de lluvias, ocasionando que las cosechas se perdieran, especialmente las de maíz y trigo, con la consecuente escasez de estos cereales, los que aumentaron enormemente de precio y provocaron que en 1692 la población se amotinara y atacara con piedras y con fuego al palacio vireinal. En 1692 volvió a llover fuertemente por lo que se inundó la ciudad, la carestía continuó y algunas casas se derrumbaron. En 1697 ocurrió una inundación más, semejante a la de 1629, que ocasionó graves problemas a la ciudad.

Ciudad de México en el siglo xviii

Según el ya citado Maza (1985:58), “nada queda de la arquitectura civil del siglo xvii. Toda la ciudad cambió sus casas en el siglo xviii”.

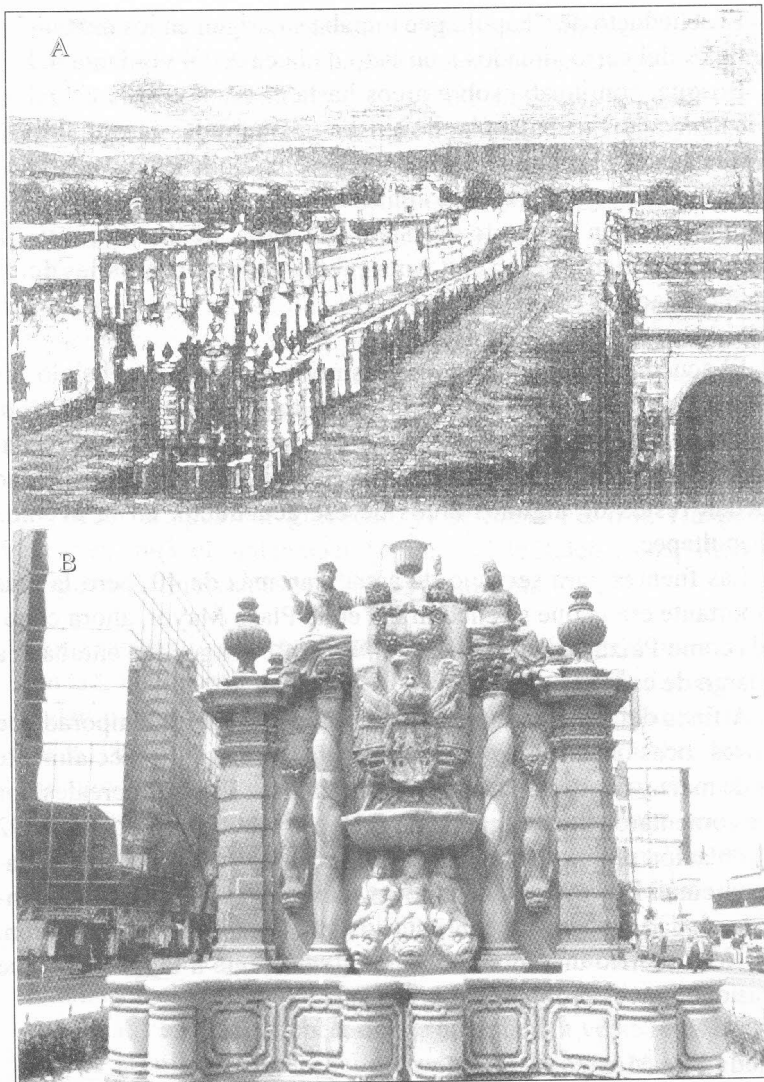


Figura 39. A. Fuente de Salto de Agua y Acueducto de Chapultepec a finales del siglo XVII. Tomado de Maldonado, 1988:38 (Foto: JJZ). B. La fuente en la actualidad, en Arcos de Belén y San Juan de Letrán, ahora Lázaro Cárdenas (Eje Central; Foto: MTGM).

Durante la primera mitad del siglo no se pudieron hacer mejoras o reformas significativas de tipo urbanístico en la Ciudad de México, debido a que la principal preocupación de la Corona, en aquella época, era fortificar a la Nueva España con una serie de obras para la defensa de su territorio, que debido a la vastedad del mismo resultaban difíciles y muy costosas.

La segunda mitad del siglo xviii fue la época de oro de la sociedad colonial, basada en el sistema económico exportador, que descansaba en el sector financiero, comercial y en la explotación minera, la que favoreció la producción de metales preciosos para ser exportados a la metrópoli, pero el considerable auge que llegó a tener dicho sector afectó el desarrollo de la producción ligada al mercado interno, el que no había sido favorecido directamente por la política colonial, lo que se tradujo en un crecimiento lento del mismo (Villoro, 1976:305).

Se puede considerar que las mayores transformaciones y mejoras de la Ciudad de México se dan en el siglo xviii, en época del reinado de Carlos III en España (1759-1788), y es la ciudad de esta época la que perdura casi intacta en lo que corresponde al centro de la actual Ciudad de México.

A mediados del siglo xviii se construye un edificio en la plaza de Santo Domingo para instalar la Real Aduana, con el fin de recaudar los impuestos; a ella llegaban todas las mercancías del país y del extranjero en carretas tiradas por animales, conducidas por arrieros que pernoctaban en campamentos dentro de la ciudad (Figura 40).

El comercio en la Nueva España era muy importante, se centralizaba en la Ciudad de México y tuvo gran influencia cultural y económica. En la Plaza Mayor ocupaba muchos espacios, los principales comercios estaban establecidos en el Parián, los portales de mercaderes y el portal de las flores. El comercio de la Ciudad de México se intensificó notablemente en el siglo xviii debido al intercambio comercial entre Manila, Acapulco, Ciudad de México, Puebla, Veracruz y España.

La iglesia tuvo un gran poder en la Nueva España, se encargó de la educación y de la asistencia hospitalaria. El arzobispo de la Ciu-

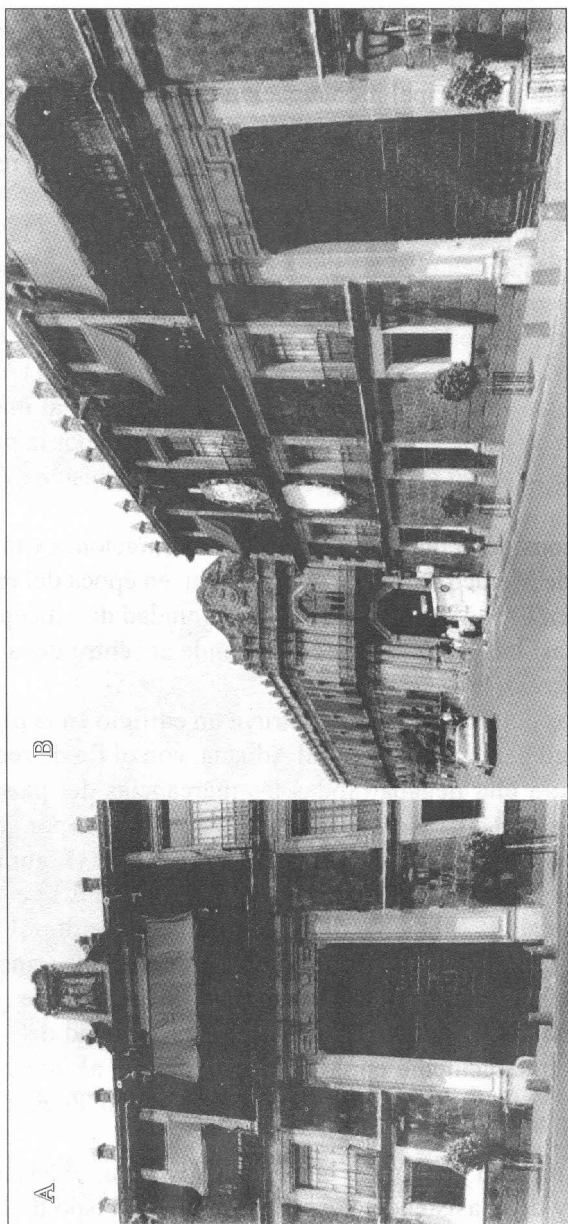


Figura 40. Real Aduana de la Ciudad de México. A. Fachada. Se ubica frente a la Plaza de Santo Domingo. En la calle de República de Brasil, antiguamente Santo Domingo. B. Vista general. Al fondo se observa el antiguo Palacio de la Inquisición (foto: JGS).

dad de México oficiaba en la catedral, cuya construcción en ese siglo estaba muy avanzada, habiéndose iniciado desde el siglo XVI (Figura 41). También en este siglo se construyó el santuario de la virgen de Guadalupe y una calzada que lo unió a la ciudad y que fue adornada con una serie de monumentos en los que se detenían las procesiones para rezar los diferentes misterios del rosario (Figura 42).

El esfuerzo de los virreyes en el siglo XVIII estuvo impulsado por un deseo de renovación, modernización de las instituciones y aumento de las construcciones, tanto civiles como religiosas, que cambiaron el aspecto de la Ciudad de México, esto se facilitó por el auge de la minería, del comercio y de la industria en ese siglo.

Refiriéndose a la fisonomía de la Ciudad de México en el siglo XVIII, Lombardo (1987:57) nos señala:

Aunque los límites de la ciudad y su extensión son prácticamente los mismos del siglo anterior, la imagen urbana es completamente distinta. Las casas habitación cambiaron su sistema de techumbre de madera o tejamanil a techos planos de terrado con amplias azoteas. Las instituciones que se habían fundado en modestas casas engrandecieron y fincaron sus propios edificios con amplitud y magnificencia. En general no hubo oficina pública, templo, convento, colegio y hospital que no se reconstruyera o remozara: algunos se alzaron en varios pisos, otros solo cambiaron sus fachadas y los más sustituyeron los viejos aplanados y decorados por mudéjares, ajaracas y recubrimientos de sobrio tezontle con rodapié de piedra de recinto.

En las principales calles del centro de la ciudad se construyeron grandes palacios para personas de grandes recursos económicos, muchos de los cuales se conservan hasta nuestros días y son los que le dan carácter a la ciudad que Humboldt, como buen observador, llamó la “Ciudad de los Palacios”.

Entre los palacios que se conservan destacan: el de los Condes de Jaral de Berrio y Moncada (actualmente conocido como Palacio de Iturbide; Figura 43); el de los Condes del Valle de Orizaba (edifi-

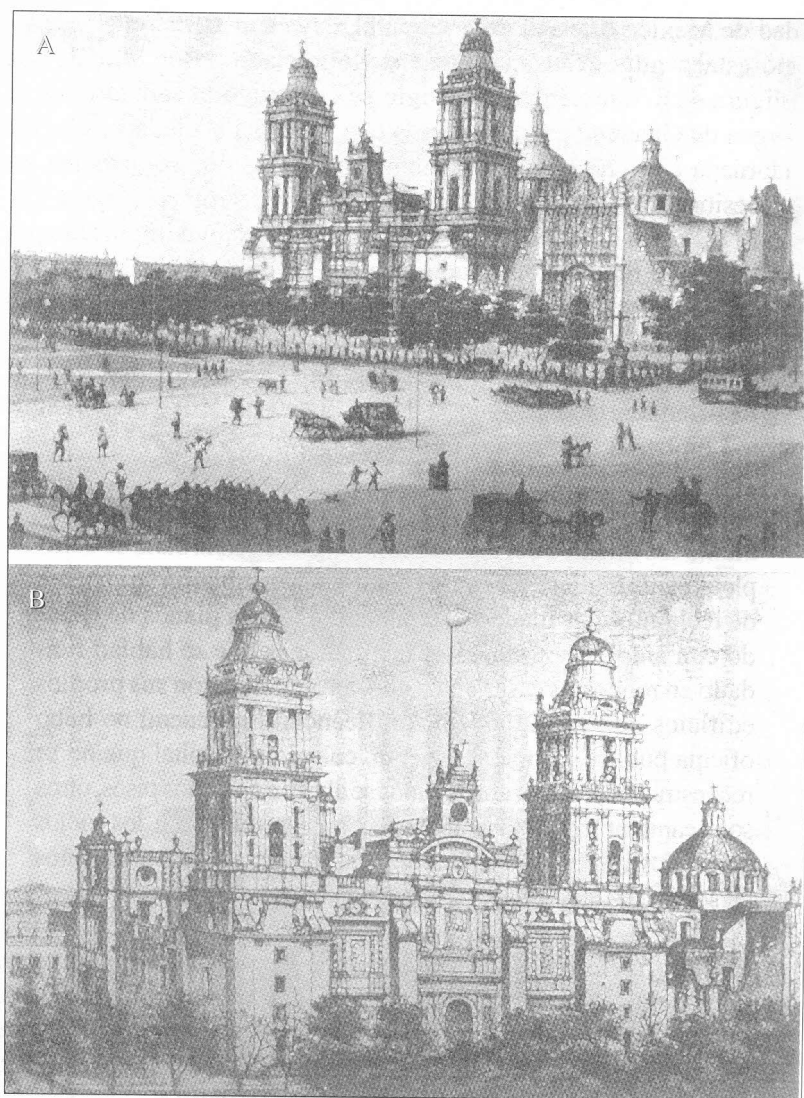


Figura 41. Catedral de la Ciudad de México. A. La catedral en 1856. Litografía de C. Castro de México y sus alrededores, tomada de Benítez, 1984:62. B. Vista general. Se construyó entre 1573 y 1667. Litografía de Murguía, tomada de Rivera, 1972:62 (Fotos: JJZ).

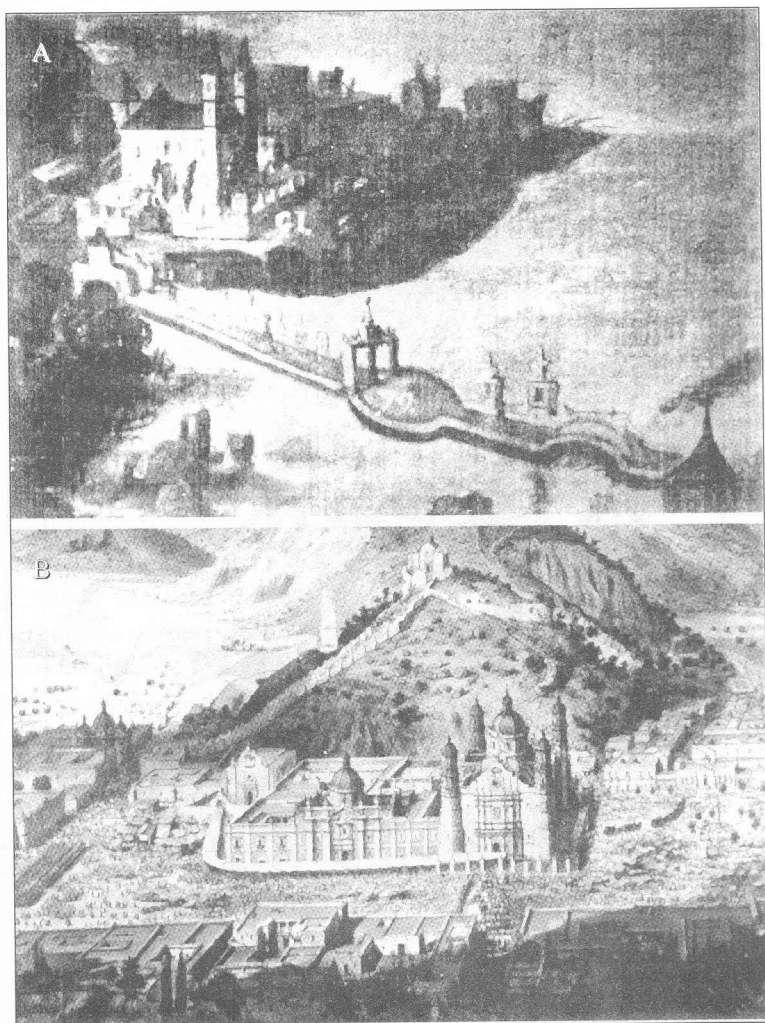


Figura 42. Basílica de Guadalupe. A. Calzada de los Misterios y Santuario de Guadalupe. Detalle del Plano Ciudad de México en 1695, tomada de Maza, 1985:121. B. La Villa de Guadalupe un 12 de diciembre. Vista tomada desde un globo. Litografía de C. Castro en México y sus alrededores, 1856, tomada de Benítez, 1984:68 (Fotos: JJZ).



Figura 43. Palacio de Iturbide. Litografía de México y sus alrededores. En la calle Madero, antiguamente San Francisco. Actualmente pertenece a la Fundación Banamex (foto: Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM).

cio conocido como de “Los Azulejos”; Figura 44); el de los Condes de Santiago de Calimaya (ahora Museo de la Ciudad de México) y el de los Condes de Heras (Figura 45).

En el siglo XVIII se creó un tipo de vivienda construida *ex profeso* para renta y destinada a familias de clase media y de bajos recursos; se llamaron vecindades, muchas de ellas han pervivido hasta nuestros días. Su origen se relaciona con el modelo de casa de patio central, pero que en vez de estar ocupada por una sola familia, la ocupan gran cantidad de éstas. Eran edificios de dos pisos, algunos con varios patios. La vivienda principal estaba destinada a familias de clase media, se ubicaba en el primer piso, el frente daba a la calle y contaba con varios cuartos; en los patios interiores había viviendas para familias de escasos recursos que habitaban en un solo cuarto; los servicios, como escusados, lavaderos y tendederos eran colectivos (Figura 46).

En cada una de las vecindades era obligatorio construir una letrina, que se vaciaba con frecuencia por un “pipero”, que conducía una carreta con un barril. La limpieza de la letrina sólo podía realizarse entre las diez de la noche y las seis de la mañana, después de avisar a los vecinos y pedir licencia a la autoridad.

Los propietarios de este tipo de viviendas fueron en su mayoría religiosos, quienes al tener muchos terrenos dentro de la ciudad, pensaron acondicionarlos de esta manera, con el fin de resolver, en parte, el problema de la escasez de la vivienda en la ciudad y al mismo tiempo beneficiarse con rentas fijas para los conventos, además de conservar la propiedad del terreno y el inmueble.

A lo largo de este siglo la antigua unidad casa-tienda-taller se fue modificando poco a poco, en parte debido a las restricciones que los gobiernos de la ciudad fueron imponiendo al uso de plazas y calles, lo que implicó una privatización del espacio público para favorecer los intereses de la cada vez más importante élite de comerciantes. Los gremios de artesanos fueron afectados por las nuevas disposiciones del Ayuntamiento, por lo que se dio una desvinculación entre las labores productivas, las comerciales y las domésticas (Ayala, 1996:74).

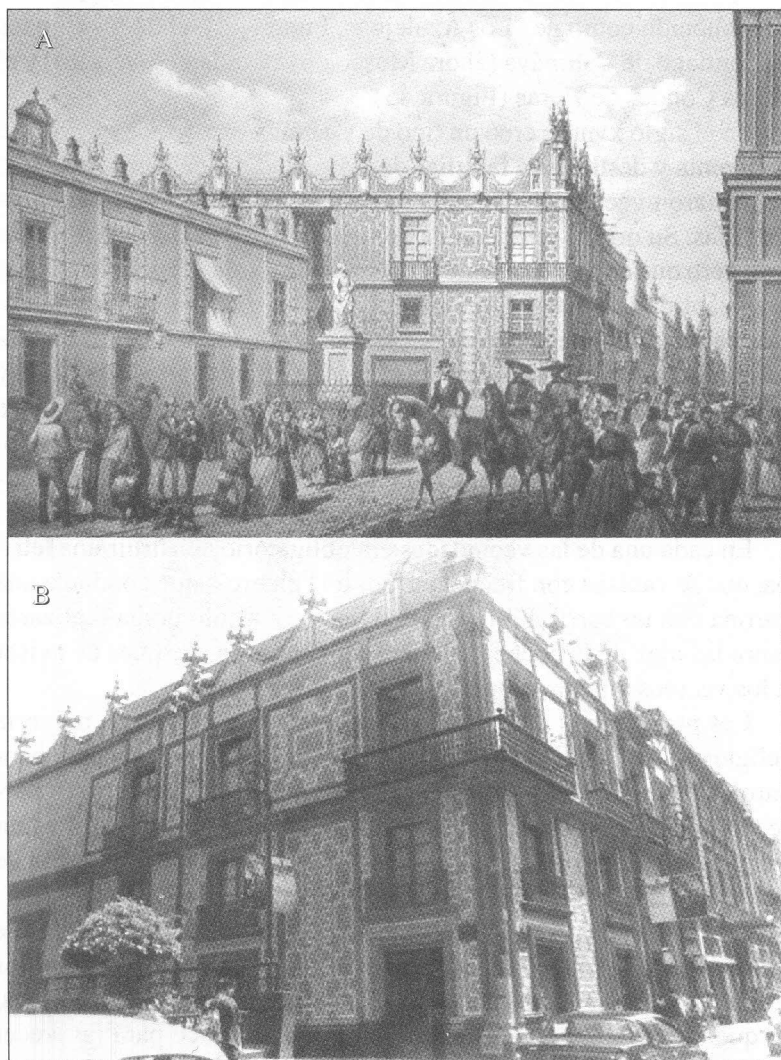


Figura 44. La plazuela de Guardiola. Litografía de México y sus alrededores (foto: EVL, Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM). Al fondo se observa la Casa del Conde del Valle de Orizaba, conocida como casa de Los Azulejos. B. Casa de Los Azulejos, vista general. Ubicada en la esquina de Madero y Condesa (foto: JJZ).



Figura 45. Edificios habitacionales del siglo XVIII. A. Palacio de los Condes de Calimaya. Actualmente Museo de la Ciudad de México, ubicado en las calles de Pino Suárez y República del Salvador. B. Casa de los Condes de Heras, construida por el platero Adrián Ximenez en 1760 y habitada en el siglo XIX por el último conde de Heras (fotos: JGS y MTGM).

También en la parte central de la ciudad se encontraban y aún se conservan, entre otros, los edificios públicos siguientes: el Palacio Virreinal (ahora Palacio Nacional; Figura 47); el Ayuntamiento (actualmente Departamento del Distrito Federal; Figura 48); el Palacio de la Inquisición (Antigua Escuela de Medicina, actualmente Palacio de la Escuela de Medicina; Figura 49).

En la época virreinal se dio mucha importancia a la educación, no sólo de varones sino también de niñas, como lo prueban los muchos colegios que se fundaron. Entre los colegios de varones destacaban: la Real y Pontificia Universidad de México; los Colegios de San Pedro y San Pablo, San Ildefonso (Figura 50), San Gregorio y San Andrés; la Academia de San Carlos (Figura 51) y el Seminario de Minas (Figura 52).



Figura 46. Vecindad en la calle de Regina 39. Una de las opciones habitacionales más difundidas en la Ciudad de México a partir del siglo XVIII (foto: MTGM).

Fueron seis los colegios establecidos para mujeres: el de Santa María de la Caridad, conocido como Colegio de Niñas; el de San Miguel de Belén o de las “Mochas”; bajo el patrocinio de la virgen de Guadalupe el de “Inditas”, que se convirtió en el de la Enseñanza Nueva; el de Nuestra Señora del Pilar o Enseñanza Antigua y el de San Ignacio de Loyola o de las Vizcaínas (Figura 50; Mijares y Mijares, 1987:80).

En la ciudad predominaban los edificios religiosos, había once conventos de frailes y 21 conventos de monjas. De las iglesias del clero secular se conservan 14. Parte de los edificios se utilizan actualmente adaptados a otras funciones.

Los hospitales también tuvieron relevancia, existían once hospitales, de ellos se conserva como hospital el de Jesús, y hasta hace poco tiempo el de San Juan de Dios, conocido como el Hospital de la Mujer (ahora Museo Franz Mayer) y como edificio perdura el de San Hipólito, del que se conserva la iglesia (Figura 53).

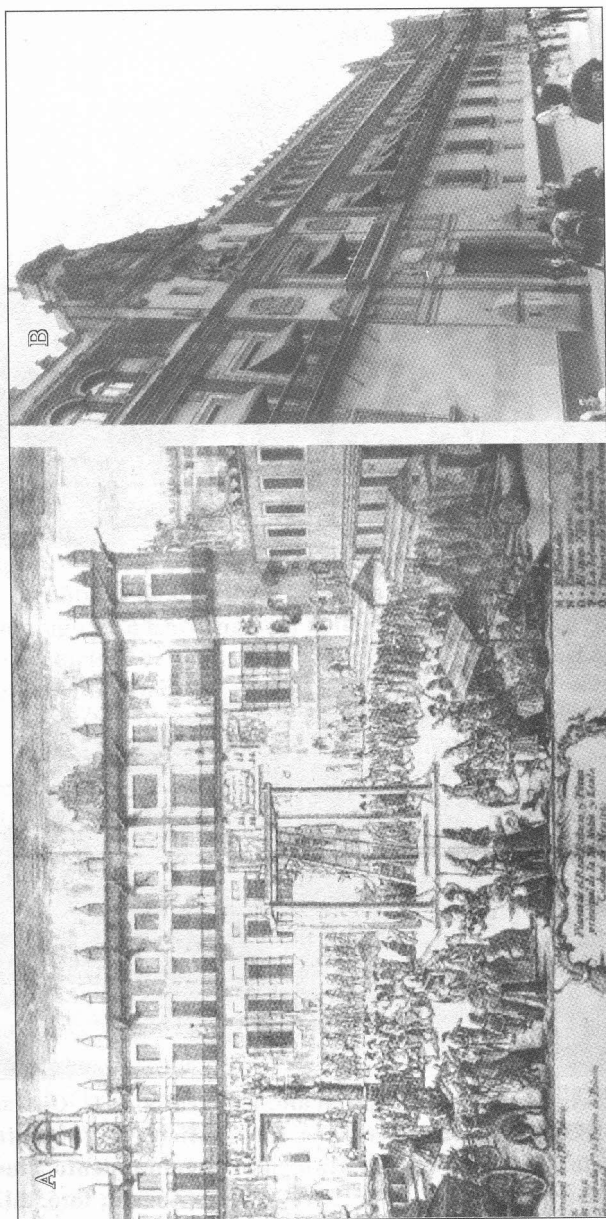


Figura 47. A. Palacio Real y Plaza Mayor de la Ciudad de México. Grabado de 1761. Francisco Silverio. Al centro se observa una picota donde se ejecutaba a los prisioneros condenados a muerte (foto: Archivo fotográfico, M. Toussaint, IIE-UNAM). B. Vista general del Palacio Nacional, antes Palacio Real (foto: MTGM).



Figura 48. A. Casa Municipal o Diputación. Litografía de C. Castro y S. Campillo. 1855-1856 (foto: Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM). B. Vista general de la Casa Municipal o Ayuntamiento, ahora Gobierno del Distrito Federal, en la Plaza Mayor (Zócalo; foto: JJZ).



Figura 49. Vista general y fachada del Palacio de la Inquisición. Esquina de República de Brasil y República de Venezuela, antiguamente Santo Domingo y La Encarnación. Este edificio también fue Escuela Nacional de Medicina, actualmente es el Museo de la Medicina y forma parte del patrimonio de la UNAM; foto: JGS).

En el siglo XVIII la ciudad colonial alcanza su mayor esplendor debido a las obras realizadas por los gobiernos virreinales, en especial se debe hacer mención al gobierno del segundo conde de Revillagigedo, que pone gran interés en las obras civiles, instituciones culturales y en los servicios públicos, hasta entonces casi inexistentes.

En 1789 el gobierno español nombra a Juan Vicente Güemez de Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, virrey de la Nueva España, el que resultó, por sus grandes dotes de gobernante y su interés por el urbanismo, el mejor de los virreyes que tuvo México (Figura 54).

En el siglo XVIII la obra urbanística más destacada en el país la realizó el virrey segundo conde de Revillagigedo (1789-1794). Para decir esto nos apoyamos en los estudios de Díaz Trechuelo *et al.* (1972:88) y Commoms (1993:107).

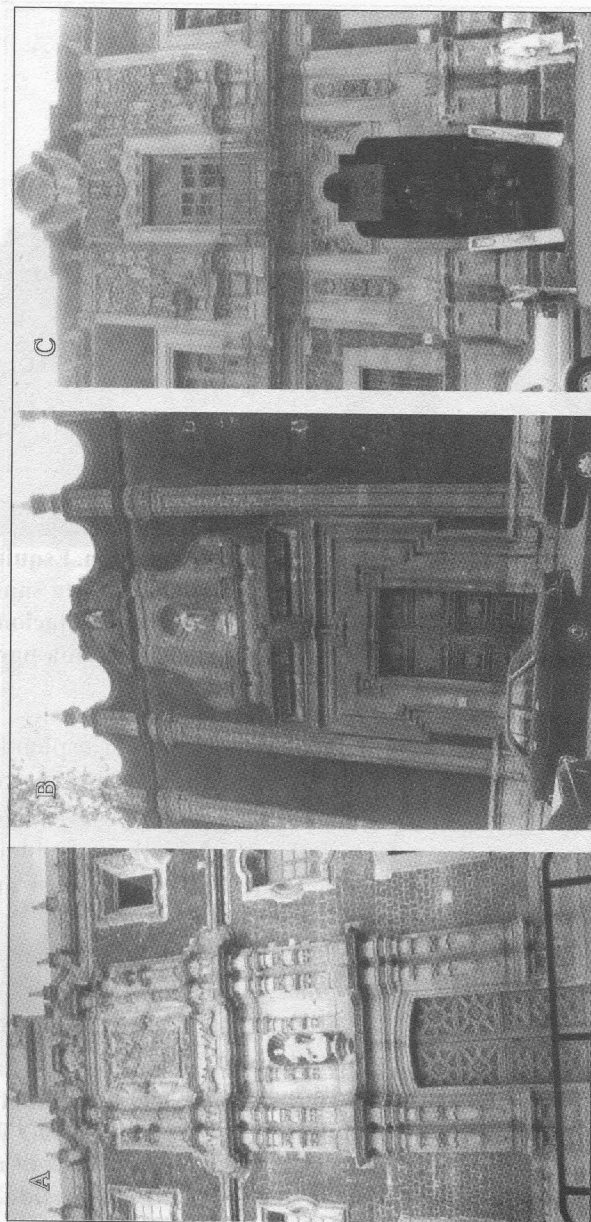


Figura 50. Colegios de Enseñanza. A. San Ildefonso. Portada del Colegio Chico. Se construyó entre 1712 y 1740, a partir de 1867 se convirtió en la sede de la Escuela Nacional Preparatoria (foto: P C, Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM). B. Colegio de las Vizcainas. C. Colegio de Cristo (fotos: B y C, MTGM).

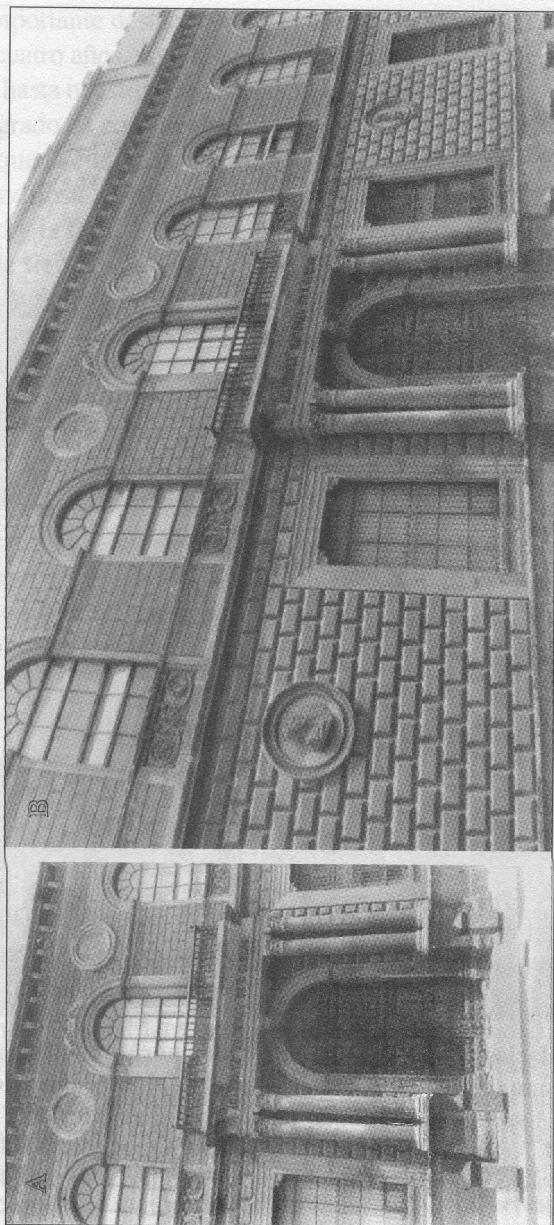


Figura 51. Academia de San Carlos. Fachada y vista lateral. En la calle de Academia (fotos: JGS).

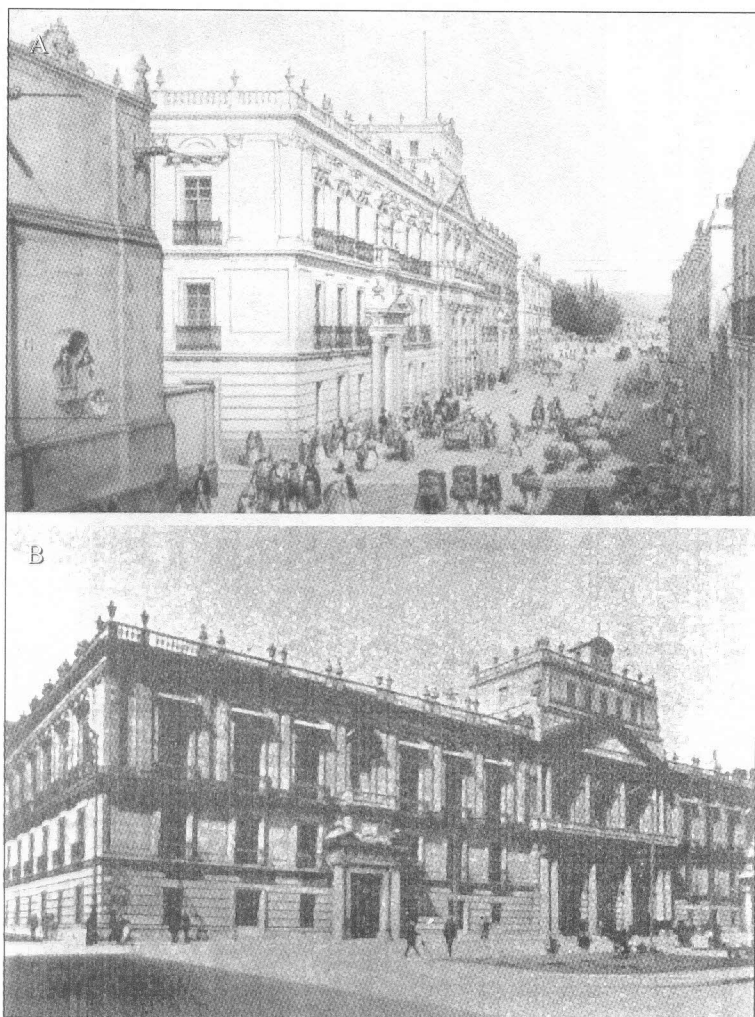


Figura 52. Palacio de Minería. Fue construido por Manuel Tolsá a partir de 1793 y se inauguró en 1813 como sede del Real Seminario de Minería de la Nueva España. A. Grabado de C. Castro en México y sus alrededores, 1784. Artes de México (foto: Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM). B. Fachada en 1953 (tomada de Fernández, 1985: s/p; foto: JJZ).

Es importante destacar que Revillagigedo estuvo en su cargo poco más de cuatro años, y en tan poco tiempo realizó una obra que ha trascendido hasta nuestros días, causando la admiración de quienes la estudian, al grado de considerarlo el gran urbanista del México moderno.

Aunque la ciudad por sus construcciones era majestuosa, brillante, maravillosa y solemne, la hacía desmerecer el problema de la suciedad y la falta de higiene, defecto de muchas ciudades de Europa en ese tiempo. A la solución de este problema se abocó Revillagigedo, aunque era importante, no le dio prestigio y le ocasionó muchas malas voluntades; por lo que su intensa labor fue obstaculizada tanto por las autoridades españolas, como por las de la Nueva España.

Dicho virrey logró que se realizaran muchas mejoras urbanísticas en la Ciudad de México, entre ellas destaca la que él consideró más importante y urgente que fue el empedrado de las calles de la ciudad para facilitar su limpieza, ya que cuando llovía las calles se enlodaban y en época de secas estaban cubiertas de polvo, provocando grandes molestias a la población.

Las mejoras realizadas en la Plaza Mayor fueron significativas: limpieza de la plaza de los puestos de vendedores, que se trasladaron a tres mercados: el del Volador, el de Santa Catarina y el del Factor, facilitando con ello el abasto de la capital; supresión de la horca y del cementerio de la catedral; eliminación de la pila nombrada del Caballito y la sustitución por cuatro fuentes con caños, a fin de que el agua llegara limpia, estas fuentes se colocaron en los cuatro extremos de la plaza; dignificación del Palacio Virreinal que estaba muy deteriorado, pues se utilizaba para viviendas, bodegas, para almacenar frutas y otros comestibles, como fonda, vinatería, panadería, etcétera.

Se mejoró notablemente el alumbrado de la ciudad, multiplicando a 1 079 el número de faroles, que fueron vigilados por guardas o serenos, lo que permitió transitar por la noche con más seguridad. Estableció un reglamento para extinción de incendios.

En relación con el suministro de agua potable y limpieza pública, se menciona que mejoró la red de cañerías sustituyendo los tubos de

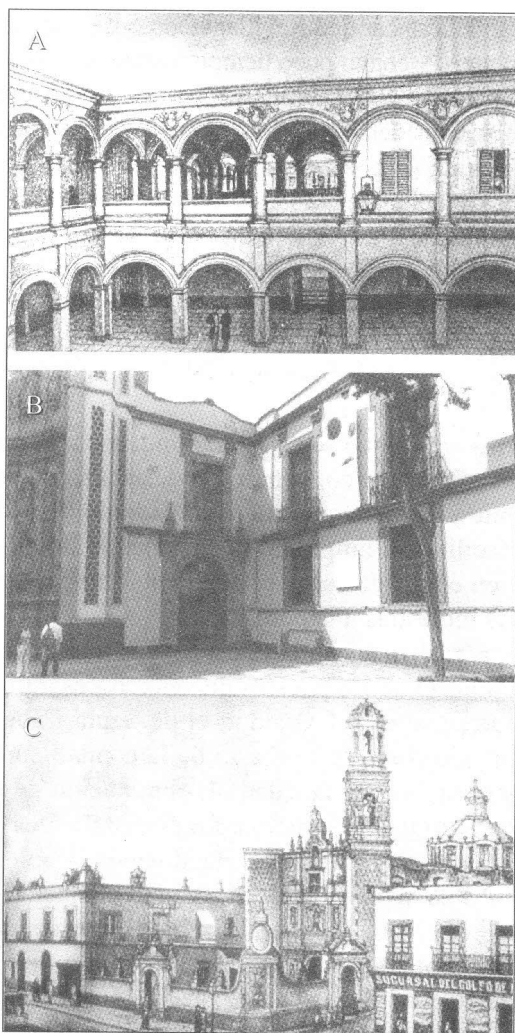


Figura 53. Hospitales. A. Patio principal del Hospital de Jesús. Primer hospital fundado en México por Hernán Cortés en 1522; tomada de Rivera, 1972:219. B. San Juan de Dios, antiguamente Hospital de la Mujer, en la actualidad es el Museo Franz Mayer (fotos: A y B; JJZ). C. San Hipólito, fachada principal y lateral, grabado (foto: Archivo fotográfico M. Toussaint, IIE-UNAM).



Figura 54. Juan Vicente de Güemes Pacheco y Horcasitas, Segundo Conde de Revillagigedo. Virrey quincuagésimo segundo de la Nueva España, de 1789 a 1794. Retrato anónimo, actualmente en el Museo Nacional de México, INAH (tomada de Díaz Trechuelo *et al.*, 1972:85; foto: JJZ).

plomo por otros de barro, los cuales se colocaron a lo largo de las aceras, en lugar de ir por el centro de la calle como antes, notable mejora pues la trepidación producida por los carruajes era causa de frecuentes roturas (Díaz Trechuelo *et al.*, 1972:117).

En época de la Colonia los habitantes de la Ciudad de México vaciaban las bacinicas y la basura en las calles; por lo que para prevenir al transeúnte era común utilizar la palabra “aguas”. Durante la administración de Revillagigedo se prohibió esta costumbre, para ello, se crearon carros especiales con el fin de recoger la basura. Estableció la limpieza de las calles y de las atarjeas, impuso la obligación de barrer las calles miércoles y sábados y regarlas todos los días, de lo contrario los vecinos se hacían acreedores a una multa. Se preocupó porque los habitantes de la ciudad no se presentaran sin vestir.

En 1793 mandó levantar un plano de la capital, lo realizó Don Diego García Conde, grabado en 1807 por el ayuntamiento; según dicho plano, la ciudad tenía entonces 397 calles y callejones, 78 plazas y plazuelas, 14 parroquias y 41 conventos, diez colegios, tres casas de recogimiento, siete hospitales y un hospicio de pobres (Díaz Trechuelo *et al.*, 1972:125-126; Figura 55).

En relación con ese plano, Katzman (1973:29) señala que en él se puede observar hasta donde se extendía la ciudad y que:

... el paseo de Bucareli (construido por el virrey del mismo nombre) se encontraba aislado y despoblado así como las calzadas recién abiertas por Revillagigedo: La Tlaspana, La Verónica y la que comunicaba La Piedad y La Viga, que se llamó Paseo de Revillagigedo. Esta imagen de la capital se momifica por medio siglo ...

También en época de este virrey se mandaron colocar placas con los nombres de las calles y azulejos con el número de cada casa, para facilitar el levantamiento de los padrones que se requerían para el control de la población y la buena policía (Lombardo, 1987:60). En cuanto al transporte, estableció los primeros coches de caballos de servicio público llamados “coches de providencia”.



Figura 55. Plano de la Ciudad de México. 1793. Diego García Conde (foto: MPC, Archivo fotográfico M. Toussaint, IE-UNAM).

En cuanto a la instrucción pública, puso gran atención a este aspecto estableciendo muchas escuelas, entre ellas fundó las Vizcaínas para beneficio de niñas pobres.

Como si esto fuera poco, propuso la creación del Archivo General y algo de suma importancia, levantó en 1790 el primer censo de población de la Nueva España, según este censo en la Ciudad de México se registraron 111 067 personas sin incluir las tropas que era de 4 250 hombres en ese momento (Díaz Trechuelo *et al.*, 1972:123).

Inundaciones en el siglo XVIII

En el siglo XVIII continuaron las inundaciones en la Ciudad de México. Se presentaron las primeras en 1707 y 1714.

A mediados del siglo, en 1747, cayeron fuertes aguaceros que dañaron las albarradas, los diques y calzadas debido a que los lagos y ríos se desbordaron, los primeros de sus vasos y los segundos de sus cauces, ocasionando inundaciones. El primer conde de Revillagigedo mandó reparar todos los daños (Gurría, 1978:142). Una inundación más se presentó en 1764.

En 1774, se pidió a Joaquín Velásquez Cárdenas de León, profesor de la Real y Pontificia Universidad, un informe sobre la posibilidad de hacer un desagüe general, como lo propuso Enrico Martínez a principios del siglo XVII; después de un estudio minucioso consideró que era posible y debería hacerse. Sin embargo, el gobierno no se decidió a realizar las obras del desagüe general, por lo que en 1789 se dieron por recibidas y terminadas. Pocos años después, a pesar de las obras realizadas, las abundantes lluvias caídas en 1792 y 1795 ocasionaron nuevas inundaciones que anegaron las principales calles de la ciudad (Figura 23).

Al inicio del siglo XIX, antes de lograrse la independencia del país, continuaron presentándose inundaciones en la Ciudad de México, como había sucedido en siglos anteriores. Al respecto Gurría (1978:152) señala que al iniciarse el siglo XIX:

... como el problema del desagüe no había sido resuelto en definitiva, el virrey Iturrigaray, en el año de 1804, aprovechando la estancia de Alejandro Humboldt, en la ciudad de México, le pidió le acompañara a visitar las obras del desagüe. De esta visita resultó un nuevo intento para ejecutar el desagüe general del valle de México, pues nuevas amenazas de inundación se cernían sobre la ciudad.

La opinión de Humboldt fue muy importante, después de recorrer las obras concluyó que: "La ciudad correrá siempre muchos riesgos, mientras no se abra un canal directo del lago de Texcoco" (Humboldt, 1978:150).

III. ÉPOCA INDEPENDIENTE

Ciudad de México en el siglo XIX

Después de un proceso de lucha que empieza en 1808, finaliza el dominio colonial español en 1821, al lograr nuestro país la independencia; sin embargo, las tribulaciones y los problemas no terminan ahí, como señala Lemoine (1978:9 y 10): “Teníamos ya la independencia; nos faltaba la libertad y la asimilación de la idea de la patria nueva”.

En la primera mitad del siglo XIX la ciudad casi conserva los límites registrados en el plano de García Conde de 1793, presenta muy poco crecimiento espacial; al respecto Katzman (1973:29) señala: “La ciudad de México casi duplicó la población entre 1790 y 1860 y, sin embargo, sus límites permanecieron prácticamente idénticos”. También hace notar que el período más pobre en cuanto al número de edificaciones fue el comprendido entre los años de 1810 a 1839, afectado por las guerras de Independencia, las civiles y las de Texas; además, este período se caracterizó por el abandono de la construcción de edificios religiosos y se concentró exclusivamente en obras de orden civil.

Por otra parte, se fue dando un paulatino deterioro en las condiciones generales de habitabilidad, no sólo en los barrios indígenas, sino que también abarcó a otros grupos sociales, por lo que los rasgos que identificaban a las viviendas de la periferia de la ciudad se extendieron hacia amplias áreas centrales.

Durante las guerras de Independencia se produce un decaimiento en la minería, en la agricultura y en la incipiente industria, como consecuencia se suprime el mercado internacional. También esta circunstancia favorece el movimiento migratorio de la población de las zonas empobrecidas de la provincia hacia la capital del país en busca de empleo, con la consiguiente demanda de servicios urbanos de todo tipo: alojamiento, agua, educación, salud, etc., que no pudo ser satisfecha en su totalidad, provocando un deterioro de la ciudad.

A pesar de los esfuerzos del segundo conde de Revillagigedo a fines del siglo XVIII, quién logró dignificar la ciudad y hacerla agradable, en el siglo XIX vuelve la ciudad a deteriorarse; al respecto Katzman (1973:18) nos refiere:

.. por los hábitos que arrastraba la pobreza y por la impotencia de las autoridades, se continúan los males durante el siglo XIX: abundancia de basura y estiércol en las calles sin recubrir, que sólo variaban en el año de polvorientas a lodosas, empedradas con zanjas donde se corrompía el agua, pocilgas en portales y plazas, inmundicias en los techos de los mercados, sobranes de todo tipo en las azoteas, falta de albañales, mingitorios eventuales en cualquier rincón de los edificios aun los que rodeaban a la Plaza Mayor. Miles de personas amontonadas en casas de vecindad carecían de baños y de recursos para frecuentar los baños públicos.

Después de 1821 hubo gran descontento, protestas, manifiestos, una serie de peticiones y pronunciamientos y también la defensa del territorio debido a las invasiones de países extranjeros; fue una lucha que terminó en 1867 con la derrota del Imperio, al ser fusilado Maximiliano de Habsburgo. Durante todo ese lapso, por obvias razones, fue poco lo que se pudo hacer en materia de obras públicas. Por lo dicho anteriormente los grandes cambios en la Ciudad de México se realizan en la segunda mitad del siglo XIX, ya consolidada la independencia.

De acuerdo con Morales (1996:159), la Constitución de 1857, en concordancia con la ley de desamortización emitida por Miguel Lerdo

de Tejada en 1856, estableció un cambio importante en la legislación al dejar de considerar inviolable a la propiedad de corporaciones civiles y eclesiásticas. Además, Morales hace notar que en la Ciudad de México se aplicó la ley de nacionalización, emitida por Miguel Lerdo de Tejada en 1861. Esta ley decretó que todos los bienes del clero ingresaran al dominio de la Nación (a mediados del siglo xix las propiedades de la iglesia representaban el 38 por ciento del valor total de la ciudad), estableció la separación entre la Iglesia y el Estado. Añade que el sometimiento de los privilegios corporativos, especialmente los de la Iglesia, permitió que el Estado asumiera una regulación del uso de los espacios habitacionales y comerciales más eficaz y concibiera a la ciudad de una manera integral (*Ibid.*: 161 y 165).

Finalmente, Morales opina que se dio un cambio importante en el control de la propiedad, que pasó de la principal corporación del antiguo régimen, la Iglesia, a la propiedad privada en beneficio de una naciente burguesía que se consolidó como grupo de poder importante (*Ibid.*:175). Además, marcó el inicio de un mercado inmobiliario, que se convirtió en uno de los puntos esenciales que dio paso a la expansión y modernización de la ciudad.

Estas acciones provocaron, de acuerdo con Morales (2000:116):

La destrucción de conventos e iglesias, la apertura de dieciséis calles y la adaptación de algunos monasterios para bibliotecas, colegios, hospitales o casas de vecindad, permitió un reordenamiento profundo del espacio que transformó la fisonomía de la ciudad, conformando un nuevo paisaje arquitectónico. La capital dejó atrás muchos de sus rasgos coloniales para incorporarse a la modernidad...

Durante los gobiernos liberales, con la amortización de los bienes del clero se afectó directamente la fisonomía de la Ciudad de México por el cambio en los usos del suelo, de ser una ciudad con preponderancia de edificios religiosos se transformó en una ciudad laica. Se abrieron calles, se prolongaron perspectivas y se constru-

veron vecindades en terrenos antes pertenecientes a los conventos. La ciudad se redensifica, es decir, aumenta el número de habitantes por kilómetro cuadrado; muchos de ellos, en lugar de ocupar un espacio en la periferia, se establecen en los terrenos vacíos, que habían sido expropiados a los conventos.

Durante el gobierno de Maximiliano, en 1864, se construyó la calzada del Emperador, conocida también como Paseo de la Emperatriz, hoy Paseo de la Reforma; se trazó a partir del monumento de Carlos IV, llamado “El Caballito” (Figura 56), desde Bucareli hasta el Castillo de Chapultepec; a fines del siglo XIX se consideró la avenida más bella de la Ciudad de México, por su amplitud y por estar adornada con hileras de árboles y banquetas.

Un aspecto muy importante, del que se habla poco, es el relacionado con la segregación social en la Ciudad de México, a ese respecto Morales (2000:167) afirma que:

Durante la Colonia y la primera mitad del siglo XIX, la segregación social era mínima porque la mayor parte de las casas estaban subdivididas en varias categorías de viviendas donde alternaban familias de diversos estratos sociales. Con el surgimiento de los fraccionamientos se dio una segregación de la población definida en términos de su capacidad de compra. Las clases altas se ubicaron en colonias con los mejores niveles de servicio, en suntuosas casonas rodeadas de jardines. En contraste las clases populares se establecieron en fraccionamientos que carecían de servicios, ocupando viviendas de adobe y casas de vecindad.

A partir de 1861 se zonificó la ciudad a través de la creación de nuevas colonias o barrios, en las que se tomó en cuenta el nivel económico de los ciudadanos a los que iban dirigidas. La primera colonia que se creó fue Santa María de la Ribera para población de clase media alta y se continuó con la de Guerrero, para obreros y artesanos; la de San Rafael para clase media (una parte de ella la constituía la colonia de los Arquitectos); se creó una porción de

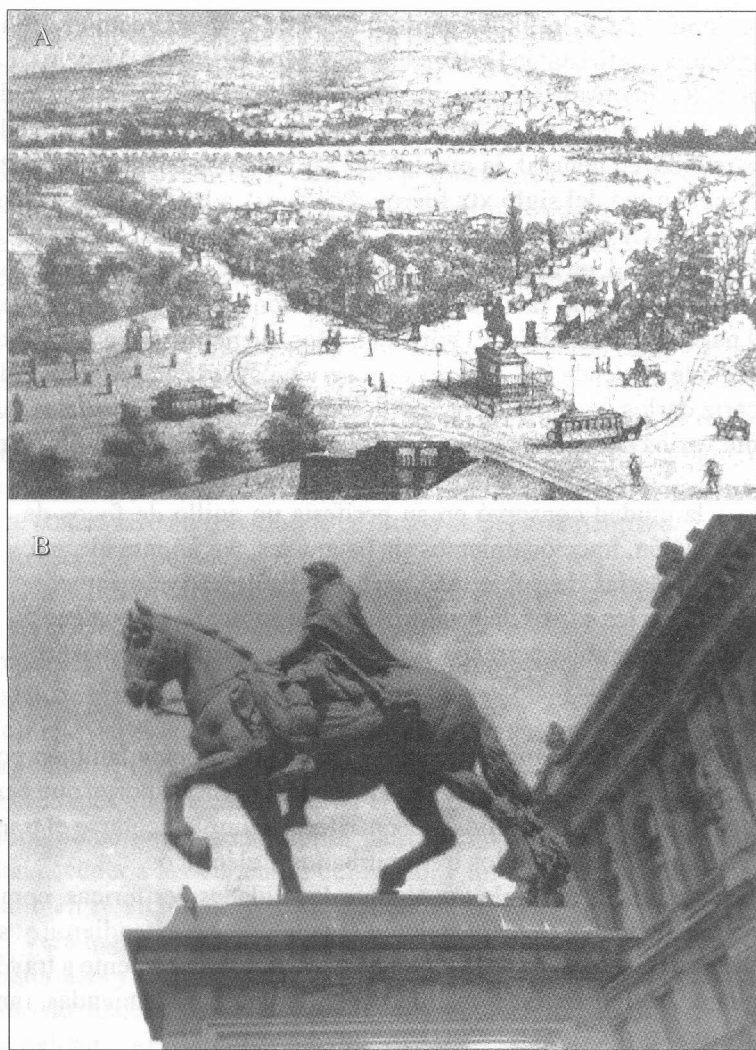


Figura 56. Monumento a Carlos IV “El Caballito”. Obra de Manuel Tolsá. A. Litografía del cruce de Paseo del Emperador (Reforma) y Bucareli y la estatua de Carlos IV (tomada de Medel, 1990:41; foto: JJZ). B. Actualmente en la plaza Manuel Tolsá, en la calle de Tacuba (foto: MTGM).

la colonia Juárez, pensada para familias de grandes recursos de la oligarquía porfirista; la Hidalgo, ahora de los Doctores, Morelos, La Bolsa, Rastro, Valle Gómez, para familias de bajos recursos, y la de Santa Julia, también para población de bajos recursos. Como puede observarse, en general, la mayoría de las colonias construidas en la segunda mitad del siglo XIX fueron destinadas a la población de bajos recursos y clase media.

El gobierno, en esa época, tenía interés en promover la expansión de la ciudad dando facilidades a los fraccionadores y eximiéndoles del pago de contribuciones por cinco años. Se permitieron construcciones de viviendas en colonias sin servicios, sin aclarar a quién le tocaría darlos y en qué fecha, por lo que carecieron de servicios durante varios años. Los resultados de este rápido crecimiento fueron:

... la ciudad conservó en su periferia un anillo de focos de infección, fraccionamientos sin banquetas, pavimento ni agua, con cañerías descubiertas y a los que sólo esporádicamente llegaban los carros de basura. A esto se agregaba la existencia de innumerables terrenos sin bardear convertidos en basureños... (Morales, 2000:122).

Esta notable expansión de la ciudad fue favorecida también por las innovaciones tecnológicas en los sistemas de transporte, que permitieron mayor accesibilidad a la periferia al implementarse el tranvía de tracción animal, los trenes urbanos y eléctricos.

Hacia finales del siglo XIX algunas localidades periféricas, como Tacuba, Tacubaya, Azcapotzalco y Guadalupe, se extendieron y se unieron al área urbana de la Ciudad de México, básicamente a través de la formación de fraccionamientos en las antiguas haciendas, ranchos o potreros (*Ibid.*, 2000:116; Figura 2).

En cuanto a las características de las viviendas, resalta que a mediados del siglo, en 1848, al crearse la colonia francesa en terrenos del barrio indígena de San Juan, surgió también otra manera de organizar los espacios habitacionales y de elaborar el tejido de la ciudad; las casas que se construyeron estaban situadas en medio de

árboles y jardines, es decir, eran viviendas aisladas entre ellas y separadas de la calle por áreas verdes; en este esquema desapareció el patio central (Ayala:1996:76), lo cual representó un cambio no sólo en la fisonomía de la ciudad, sino también de la relación entre los edificios y la calle. Esta manera de construir los espacios habitacionales de las élites se intensificó hacia finales del siglo, en varios de los fraccionamientos recién creados, donde también las calles fueron distintas a las tradicionales, en cuanto a disposición, anchura y dotación de servicios.

Las viviendas para la clase media también sufrieron cambios, tanto en los interiores como en la distinción de uso de los diferentes sectores de la casa: la cocina se separó del comedor, los cuartos de baño se hicieron obligatorios y los patios obtuvieron un sentido solamente ornamental (*Ibid.*:89). Otra característica de estas viviendas fue el que comenzaron a construirse edificios de departamentos dirigidos a este sector de población.

En cambio, para los sectores de bajos recursos las vecindades se convirtieron en una modalidad esencial de residencia, de creciente importancia numérica y con algunas variantes, debido a la amplia gama de usuarios: de un solo recinto con un tapanco, el cual permitía duplicar su área; de una o dos habitaciones, precedida por una azotehuela, o casas de tres o más habitaciones. A diferencia de las vecindades que se construyeron en la época colonial, las de este período no contaban con amplios patios, sino con pasillos que permitían acceder a las viviendas del fondo, y los espacios habitacionales también se vieron muy reducidos (*Ibid.*:92-93).

Para lograr estas transformaciones fue necesario el uso de nuevos materiales y técnicas constructivas: los pisos ya no eran de baldosas, sino de madera, la piedra dejó de ser un elemento básico, por lo que se extendió el uso del tabique y el uso del hierro permitió la construcción de estructuras más complicadas (*Ibid.*:90).

De acuerdo con Ayala (*Ibid.*:82), después de que se aplicaron las leyes de desamortización de los bienes de la iglesia, una buena parte de los habitantes de la ciudad pudieron convertirse en propietarios de sus viviendas:

Al ponerse en circulación los bienes de las corporaciones religiosas se hizo posible que casi un tercio de las casas que éstas otorgaban en arrendamiento pasaran a ser propiedad de los inquilinos por una cantidad equivalente al pago de un año de renta. Pese a que la población beneficiada con la venta de casas fue considerable, la ciudad se encontraba sumida en un deterioro creciente que no favorecía a las condiciones de habitabilidad de la metrópoli ni tampoco a la vivienda de la mayoría...

En la segunda mitad del siglo XIX también se realizan grandes cambios tecnológicos en los servicios urbanos (Katzman, 1973:40, 42-43): El gobierno decide pavimentar las calles, con este fin se experimentan varios sistemas, encontrando que el que daba mejor resultado era el de los pavimentos de concreto y asfalto. Se empiezan a demoler los acueductos: el de Santa Fe y el de Chapultepec y a sustituirlos por tubería subterránea de plomo. Se aumenta la dotación de agua potable para la ciudad con los manantiales del Desierto de los Leones.

La iluminación de la Ciudad de México tuvo cambios importantes; todavía en la primera mitad del siglo XIX se seguían utilizando faroles de aceite; a partir de la segunda mitad, se empiezan a usar lámparas de trementina; en 1868 se utiliza gas de hidrógeno bicarbonado y ya en 1881 se instalan los primeros focos eléctricos. Se funda la Compañía Telefónica Mexicana en 1862 y se instalan los primeros teléfonos. Cabe aclarar que la mayor parte de estas innovaciones se establecieron solamente en la zona central de la ciudad.

Otro gran acontecimiento sucede en 1857, cuando empiezan a funcionar los primeros trenes urbanos, llamados "de mulitas"; comunicaban el centro de la Ciudad de México con la villa de Guadalupe y con Tacubaya. La electrificación de los tranvías se inicia a finales del siglo XIX (Galarza, 1941:17; Figura 57).

Una destacada innovación que se implantó en el país a mediados del siglo XIX, en 1857, fue que el gobierno mexicano decretó la adopción del sistema métrico decimal francés, tanto para pesas como para

medidas, lo que facilitó las transacciones comerciales, tanto internas como externas.

Durante la presidencia de Juárez se introduce en México la filosofía positivista, lo que trae como consecuencia que se de mayor impulso a la actividad científica y a que la enseñanza se haga laica. En este siglo se fundan dos sociedades científicas importantes: en 1833 la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la primera en el continente americano y la cuarta en el mundo, después de la de París, fundada en 1821, la de Berlín, en 1828 y la de Londres, en 1830, y en 1867 la Sociedad de Historia Natural. También se fundaron varios centros de investigación científica: el Observatorio Meteorológico, el Instituto Médico Nacional, el Instituto Geológico, la Comisión de Parasitología Agrícola, el Instituto Bibliográfico Mexicano y el Instituto Patológico. En 1857 se funda la primera escuela de ingeniería civil integrada a la arquitectura, los egresados tuvieron una enseñanza tecnológica moderada que representó un viraje importante respecto a la instrucción tradicional (Katzman, 1973:23).

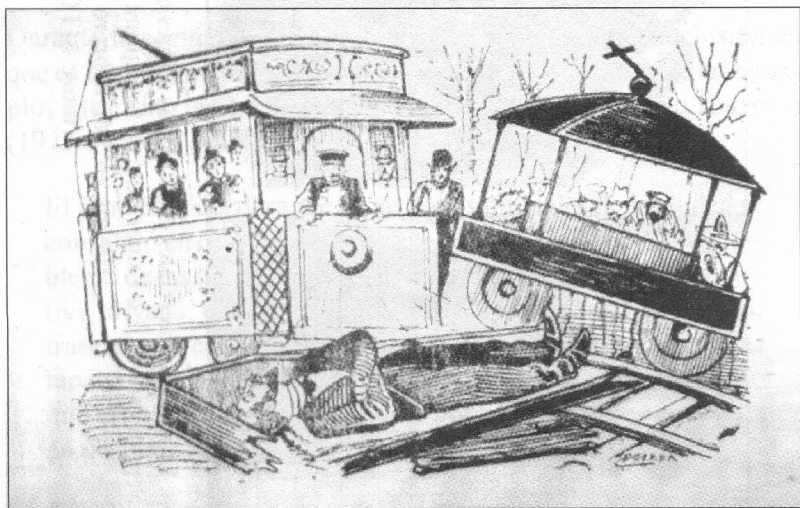


Figura 57. Choque de un eléctrico con carro fúnebre. José Guadalupe Posada. Grabado (foto: Archivo fotográfico M.Toussaint, IIE-UNAM).

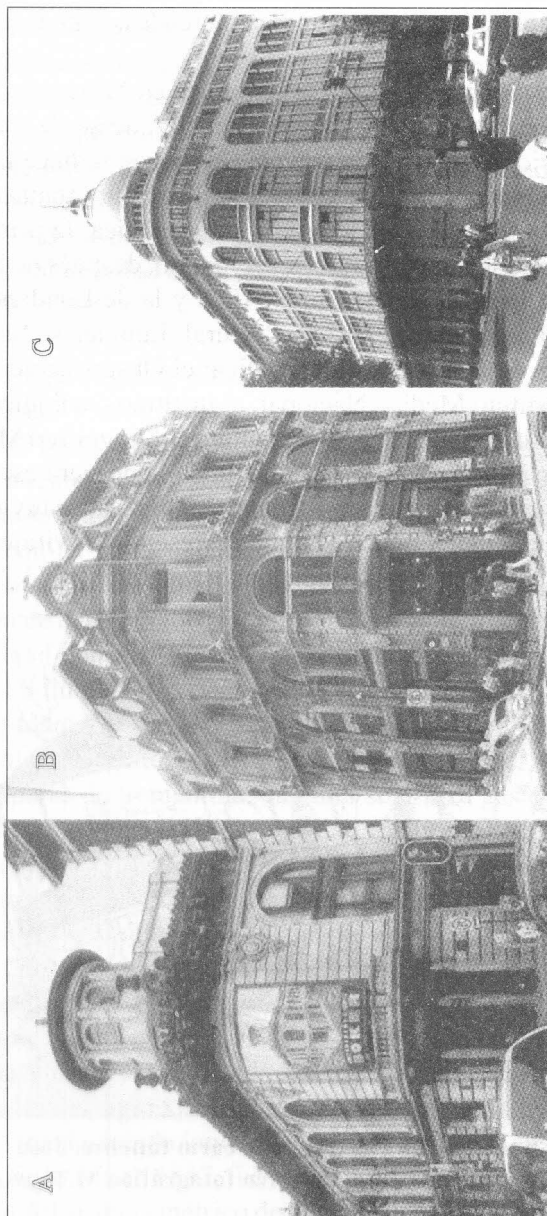


Figura 58. Edificios comerciales construidos a fines del siglo XIX. A. Casa Bocker, en Isabel La Católica y 16 de Septiembre. B. La Esmeralda, en la esquina de Madero e Isabel La Católica. C. El Palacio de Hierro, en 5 de Febrero y Venustiano Carranza

(fotos: MTGM y JJZ).

A fines del siglo xix se construyen varios edificios comerciales famosos, entre otros, la joyería La Esmeralda, la Casa Bocker, El Palacio de Hierro (Figura 58) y el Centro Mercantil. Una síntesis muy expresiva de la historia arquitectónica de la Ciudad de México nos la ofrece Manrique (1975:43) al decir:

La historia y el espíritu de la Ciudad de México son terriblemente contradictorios. Destruimos la ciudad del siglo xvi para sustituirla por la del xvii y luego por la del xviii. El siglo de la independencia se afanó por destruir la ciudad dieciochesca ... Una vez pasada la guerra, la peste y el hambre, apenas tuvo la nueva generación reposo para reflexionar, encontró que esa ciudad no era satisfactoria: la sintió afrancesada, europeizante, extranjerizante, contraria al espíritu nacional. Y se dio a destruirla.

Inundaciones en el siglo xix

Durante la segunda mitad de este siglo se llega a la conclusión de que es importante tratar no sólo el problema del desagüe de las aguas pluviales, sino también el de las aguas negras. Al respecto Katzman (1973:41 y 42) señala:

El problema del desagüe de las aguas pluviales de la ciudad se consideró en casi todo el siglo xix independientemente del problema de las aguas *negras*. Este último era asunto de la iniciativa privada. Cuando sobraba terreno se construía en el patio trasero una caseta sobre un pozo, y si llegaba a llenarse se tapaba y se abría otro. En otros casos había un solo depósito que era vaciado frecuentemente por el 'pipero', que recorría en las tardes la ciudad con un barril sobre una carreta...

Era obligatoria una letrina en cada vecindad, y una vez construida la atarjea central en una calle, las casas de ésta debían construir de inmediato una red de albañales para desaguar a dicha atarjea y dejaba de pasar por allí el *carro nocturno*.

Como continuaron las inundaciones, a mediados del siglo se realizaron varios concursos con el fin de encontrar uno que resolviera definitivamente el problema, finalmente en 1885 se aprobó un proyecto que proponía, además de atarjeas y grandes colectores, tubería de agua para el lavado de las atarjeas. Se iniciaron las obras del Gran Canal integrando como un solo problema, el de la conducción de las aguas pluviales y las aguas negras. El Gran Canal se construyó al oriente de la ciudad, haciéndose las compuertas en San Lázaro, continuado por un túnel hasta desembocar en el Tajo de Tequixquiac (Katzman, 1973:42; Figura 23), pasando de este modo el sistema de desagüe de la ciudad, de las acequias a los albañales ocultos.

Se terminan primero las obras del tajo y túnel de Tequixquiac y más tarde las del Gran Canal o Canal de Desagüe, obras que se inauguraron en 1900. Sin embargo, aunque disminuyeron las inundaciones, éstas no terminaron en su totalidad.

IV. CONCLUSIONES

Los autores hemos pretendido reconstruir los orígenes, el significado y la imagen de la Ciudad de México a lo largo de los siglos analizados, con la finalidad de presentarlos de manera accesible al público en general. Para ello hemos regresado a su pasado, dentro de un período que se extiende desde el siglo xiv al xix, dando a conocer los esfuerzos de los hombres que la construyeron, la habitaron y la transformaron, sin olvidar la intensidad de ocupación de su suelo, derivado del crecimiento demográfico acaecido durante esos siglos, el cual se intensificó en la segunda mitad del siglo xix, debido al poder de atracción ejercido por la Ciudad de México en todo el país.

También hemos querido resaltar la influencia que ha ejercido el medio natural sobre la ciudad, en particular de las precipitaciones pluviales que no deben ser desestimadas por la forma en que afectaron a la población de la capital, ya que provocaron fuertes inundaciones, que en algunos casos duraron varios años, agravadas por las condiciones de la situación geográfica de la Ciudad de México, ubicada en una cuenca cerrada. Con las obras del Gran Canal se pensó que el problema hidrológico de la cuenca de México quedaría resuelto de manera definitiva, lo cual no resultó totalmente cierto, ya que hasta nuestros días el problema continúa.

La cuenca de México representa una de las regiones urbanas más antiguas, no sólo de México, sino de toda América; en ella se desa-

rolló la Ciudad de México que no puede compararse con ninguna otra ciudad del país, su importancia resalta en la historia como la capital de la Nueva España.

La transformación de la Ciudad de México a partir de la ciudad prehispánica fue total, ya que la civilización urbana mexicana casi desapareció por la acción de los conquistadores españoles.

Se puede decir que el resurgimiento de la ciudad en la época colonial se debe a dos motivos principales: políticos y económicos. Entre los políticos se deben mencionar la prolongación del valor histórico, al crear una ciudad sobre los restos de la antigua, lo que permitió avalar el triunfo de Cortés y al mismo tiempo imponer la lengua castellana y la religión cristiana. Entre los económicos destaca el interés de continuar con el desarrollo del comercio y la administración iniciados por el pueblo mexicano y de concentrar en la Ciudad de México la riqueza del país a fin de exportarla hacia la metrópoli.

Se puede considerar que en su origen, tanto la ciudad prehispánica como la colonial, fueron planificadas; al correr de los años, la falta de programas urbanos para utilizar el espacio de manera ordenada produjo una ciudad desarticulada y caótica.

El siglo XIX constituyó una época decisiva para la expansión espacial de la ciudad que tuvo relación no sólo con el rápido crecimiento demográfico, sino también con modificaciones provocadas por las necesidades de la población. Ese fuerte crecimiento demográfico fue el que hizo resaltar su desorganización y la insuficiencia de su equipamiento; su crecimiento tuvo que adaptarse a las dificultades impuestas por aspectos locales del medio físico, por la rentabilidad del suelo, por la concentración de la propiedad del suelo especialmente por órdenes religiosas, por prestigio social y por la escasez de recursos económicos; en vista de lo anterior el resultado del crecimiento espacial debe considerarse como la combinación de varios componentes del sistema que permiten definir la gran complejidad de su espacio urbano.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, J. de (1983), "De los sacrificios horribles de hombres que usaron los mexicanos y del cuidado que tenían los mexicanos en criar la juventud", *De Teotihuacan a los Aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, Lecturas Universitarias, núm.11, UNAM, México, pp. 189-193.
- Alvarado Tezozómoc, F. (1944), *Crónica mexicana*, Editorial Leyenda, S. A., México.
- Alvarado Tezozómoc, F. (1949), *Crónica Mexicáyotl*, UNAM, México.
- Ayala Alonso, E. (1996), *La casa de la Ciudad de México. Evolución y transformaciones*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Benavente, Fray T. de (Moto!inía; 1971), *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, 2ª ed., Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- Benítez, F. (1984), *Historia de la Ciudad de México*, vols. 1, 2, 5 y 6, Salvat, España.
- Bernal, I. (1976), "Formación y desarrollo de Mesoamérica", *Historia general de México*, t. I, El Colegio de México, México.
- Bernal, I. (1983), "Interpretación de la fundación de Tenochtitlan", *De Teotihuacan a los Aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, Lecturas Universitarias, núm. 11, UNAM, México, pp. 243-246.
- Bribiesca Castrejón, J. L. (1962), "El agua potable en la República Mexicana", *Ingeniería Sanitaria*, año 15, núm. 3, pp. 229-252.

- Carrasco, P. (1976), "La sociedad mexicana antes de la conquista", *Historia general de México*, t. I, El Colegio de México, México.
- Carrera Stampa, M. (1949), "Planos de la Ciudad de México", *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México.
- Carrera Stampa, M. (1960), *El escudo nacional*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México.
- Caso, A. (1953), *El pueblo del Sol*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Clavijero, F. J. (1945), *Historia antigua de México*, Porrúa, México.
- Cervantes, E. (1993), "Las ciudades de la Nueva España en el siglo xvi", *Cuadernos de urbanismo*, Las ciudades novohispánicas, núm. 4, México, pp. 5-22.
- Commons, Á. (1993), *Las intendencias de la Nueva España*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- Conquistador Anónimo (1961), *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la Gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentil hombre del señor Fernando Cortés*, 4ª ed. en español, Porrúa, México.
- Cortés, H. (1963a), "Segunda carta de relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V. 30 de octubre de 1520", *Cartas y documentos*, Porrúa, México.
- Cortés, H. (1963b), "Tercera carta de relación de Hernán Cortés al emperador Carlos V. Coyoacán, 15 de mayo de 1522", *Cartas y documentos*, Porrúa, México.
- Díaz del Castillo, B. (1950), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Ediciones Mexicanas, México.
- Díaz del Castillo, B. (1964), *Conquista de la Nueva España*, 3ª. ed., Porrúa, México.
- Díaz Trechuelo Spinola, M. L., C. Pajaron Parody y A. Rubio Gil (1972), "Juan Vicente Güemez de Pacheco, Segundo conde de Revillagigedo (1789-1794)", *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos IV*, t. I, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, España.
- Durán, Fray Diego (1951), *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, Ed. Nacional, México.

- Dyckerhoff, U. (1986), "Los aztecas", *El antiguo México. Historia y cultura de los pueblos mesoamericanos*, Plaza & Janés Editores, S.A., Alemania, pp. 201-236.
- Fernández, J. (1985), *El palacio de minería*, UNAM, México.
- Flores Guerrero, R. (1962), *Época prehispánica. Historia general del arte mexicano*, Ed. Hermes, S.A., México.
- Galarza, E. (1941), *La industria eléctrica en México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Galindo y Villa, J. (1925), *Historia sumaria de la Ciudad de México*, Editorial Cultura, México.
- Gerhard, P. (1986), *Geografía histórica de la Nueva España. 1519-1821*, UNAM, México.
- Gurriá Lacroix, J. (1978), *El desagüe del valle de México durante la época novahispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- Gutiérrez de MacGregor, M. T. (1971), "La Ciudad de México: estudio de Geografía urbana. 1325-1970", *Informaciones Geográficas*, año XX, 1970, Universidad de Chile, pp. 171-184.
- Humboldt, A. de (1978), *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, 3ª ed., Porrúa, México.
- Jaso Vega, C. (1997), *Topónimos nahuas en la geografía de México (español - nahua)*, Instituto de Geografía, UNAM, México.
- Krickerberg, W. (1964), *Las antiguas culturas mexicanas*, 2ª. ed. en español, Fondo de Cultura Económica, México.
- Katzman, I. (1973), *Arquitectura del siglo xix en México*, UNAM, México.
- Lemoine Villicaña, E. (1978), "El desagüe del valle de México durante la época independiente", *Cuaderno*, Serie histórica. núm. 20, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- León Portilla, M. (1961), *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, Fondo de Cultura Económica, México.
- León Portilla, M. (1975), "La fundación de México-Tenochtitlan", *México-Tenochtitlan, 1325-1975*, Departamento del Distrito Federal, México.

- León Portilla, M. (1992), *México-Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados*, Plaza y Valdés Editores, México.
- Lombardo, S. (1987), "La Ciudad de México a mediados del siglo XVIII", *Atlas de la Ciudad de México*, cap. 2, Departamento del Distrito Federal y El Colegio de México, México, pp. 57-59.
- López Austin, A. (1961), *La constitución real de México-Tenochtitlan*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- López Austin, A. y L. López Luján (1997), *El pasado indígena*, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, México.
- Maldonado López, C. (1988), *La Ciudad de México en el siglo XVII*, Departamento del Distrito Federal, México.
- Manrique, J. A. (1975), "La Ciudad de México en el siglo XIX", *México-Tenochtitlan 1325-1975*, Departamento del Distrito Federal, México, pp. 35-43.
- Martínez, J. L. (1990), *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Matos Moctezuma, E. (2000), *Los aztecas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Maza, F. de la (1972), "Fray Pedro de Gante y la capilla abierta de San José de los Naturales", *Artes de México*, núm. 150, México, pp. 33-38.
- Maza, F. de la (1985), *La ciudad de México en el siglo XVII*, Lecturas Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México.
- Medel Martínez, V. (1990), "La Ciudad de México en la época colonial", *Cuadernos de Urbanismo*, núm. 1, México, pp. 27-42.
- Mijares y Mijares, J. M. (1987), "Construcciones virreinales que subsisten en la ciudad de México", *Atlas de la Ciudad de México*, cap. 2, Departamento del Distrito Federal y El Colegio de México, México, pp. 78-83.
- Mooser, F. (1963), "La cuenca lacustre del Valle de México", *Ingeniería hidráulica en México*, México.
- Morales Martínez, M. D. (1987), "La expansión de la ciudad de México (1858-1910)", *Atlas de la Ciudad de México*, cap. 2, Departamento del Distrito Federal y El Colegio de México, México, pp. 64-68.

- Morales Martínez, M. D. (1996), "Espacio, propiedad y órganos de poder en la ciudad de México en el siglo XIX", *Ciudad de México. Instituciones, actores sociales y conflicto político, 1774-1931*, El Colegio de Michoacán y Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 155-190.
- Morales Martínez, M. D. (2000), "Expansión urbanística entre 1858 y 1910", *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, Gobierno del Distrito Federal y El Colegio de México, México, pp. 116-123.
- Novoa Magallanes, C. (1992), *Espacio y forma en la visión prehispánica*, Facultad de Arquitectura, UNAM, México.
- O'Gorman, E. (1986), "Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la Ciudad de México", *Boletín del Archivo General de la Nación*, vol. 1, núm. 3, t. 10, México, pp. 36-39.
- Orozco y Berra, M. (1880), *Historia antigua y de la conquista de México*, Tipografía de G. A. Esteva, México.
- Ortiz Macedo, L. (1993), "La Ciudad de México. Desarrollo histórico y expectativas a futuro acerca de la salvaguarda de sus valores urbanos y arquitectónicos", *Cuadernos de urbanismo*, Las ciudades novohispánicas, núm. 4, México, pp. 23-40.
- Prescott, W. H. (1976), *Historia de la conquista de México*, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés, 2ª. ed., Porrúa, México.
- Ramírez, J. F. (1976), *Memoria acerca de las obras e inundaciones en la Ciudad de México*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Ricard, R. (1986), *La conquista espiritual de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rivera Cambas, M. (1972), *México pintoresco, artístico y monumental*, 2 t., Editorial del Valle de México, S.A. de C.V., México.
- Romero Vargas Yturbide, I. (1957), *Organización política de los pueblos de Anáhuac*, Romero Vargas y Blasco Editores, México.
- Ross, K. (Commentaries; 1978), *Codex Mendoza. Aztec manuscript*, Productions Liber, S.A., España.

- Rubio Mañé, J. I. (1983), *El Virreinato. Orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes*, 2ª ed., Fondo de Cultura Económica e Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- s/a (1945), *Anales de Cuauhtitlan*, Imprenta Universitaria, México.
- Sahagún, Fray Bernardino de (1956), *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. II, Porrúa, México.
- Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1966), *Simposio sobre el Valle y la Ciudad de México*, Conferencia Regional latinoamericana, t. IV, Unión Geográfica Internacional, México.
- Solís, F. (1992), "El diseño urbano de México-Tenochtitlan", *Universidad de México, Revista de la UNAM*, núm. 501, octubre, México, pp. 12-16.
- Soustelle, J. (1970), *La vida cotidiana de los aztecas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Tira de la Peregrinación* (Códice Boturini), Manuscrito del siglo XVI que se conserva en la bóveda de Testimonios Pictográficos de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México, México.
- Torquemada, Fray Juan de (1975), *Monarquía indiana. De los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra*, vol. I, 3ª ed., Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México.
- Toscano, S. (1946), *La organización social de los aztecas*, México Prehispánico, México.
- Tovar de Teresa, G. (1990), *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*, t. II, Fundación Cultural Televisa, A. C., México.
- Vargas Lugo, E. (1975), "La ciudad de México en el periodo Virreynal", *México-Tenochtitlan 1325-1975*, Departamento del Distrito Federal, México, pp. 21-34.
- Villoro, L. (1976), *Historia general de México*, t. 2, El Colegio de México, México, pp. 303-356.

LISTADO DE FIGURAS

1. Población y superficie de la Ciudad de México del siglo XVI al XIX	14
2. Crecimiento espacial de la Ciudad de México, 1524–1900	16
3. <i>Códice Boturini o Tira de la Peregrinación Azteca</i>	21
4. Cuenca de México	22
5. Volcanes que rodean la cuenca de México	23
6. Fundación de Tenochtitlan	24
7. <i>Tabla de Tributos</i>	27
8. Principales dioses mexicas	29
9. Sacrificios humanos	31
10. Maíz y tortillas, alimento básico de los mexicas	33
11. El mercado de Tlatelolco	35
12. Trabajos manuales que desarrollaban los mexicas	37
13. Plano de papel maguey	38
14. Traza de Tenochtitlan	40
15. Templo Mayor de Tenochtitlan	42
16. Tzompantli	43
17. Juego de Pelota en Tenochtitlan	44
18. Tamemes	48
19. Piedra del Sol (o calendario azteca)	50
20. Coatlicue	51
21. Coyolxauhqui	54
22. Códices sobre Tenochtitlan	55
23. Obras hidráulicas en la cuenca de México. Hasta el siglo XIX	57
24. Encuentro entre mexicas y españoles y construcción de bergantines por indígenas comandados por españoles	61
25. Personajes de la conquista de México	63

26. Cabeza de Serpiente	64
27. Escudo de Armas de la Ciudad de México	67
28. Plano de Hernán Cortés y Plano de Alonso de Santa Cruz	69
29. Iglesia de San Francisco	72
30. A. Fachada del edificio del Arzobispado	74
31. Fray Pedro de Gante	75
32. Don Antonio de Mendoza	76
33. Casa de Moneda	77
34. Lápida conmemorativa de la fundación de la Universidad Pontificia	79
35. Ciudad de México de Juan Gómez de Trasmonte	80
36. Plano de Arrieta	82
37. Paseo de la Viga	82
38. Sor Juana Inés de la Cruz	86
39. Fuente de Salto del Agua	90
40. Real Aduana de la Ciudad de México	92
41. Catedral de la Ciudad de México	94
42. Basílica de Guadalupe	95
43. Palacio de Iturbide	96
44. La plazuela de Guardiola	98
45. Edificios habitacionales	99
46. Vecindad	100
47. Palacio Real y Plaza Mayor de la Ciudad de México	101
48. Casa Municipal o Diputación	102
49. Palacio de la Inquisición	103
50. Colegios de Enseñanza	104
51. Academia de San Carlos	105
52. Palacio de Minería	106
53. Hospitales coloniales	108
54. Conde de Revillagigedo	109
55. Plano de la Ciudad de México de Diego García Conde	111
56. "El Caballito"	117
57. Choque de un tren eléctrico con un carro fúnebre	121
58. Edificios comerciales construidos a fines del siglo XIX	122

CRÉDITOS DE FOTOGRAFÍAS

MTGM María Teresa Gutiérrez de MacGregor

JGS Jorge González Sánchez

JJZ José Juan Zamorano Orozco

RM Raúl MacGregor

Archivo Fotográfico Manuel Toussaint, Instituto de Investigaciones Estéticas, (IIE), UNAM:

EVL Elisa Vargaslugo

JP Judit Puente

PC Pedro Cuevas

RMR Ricardo Martínez Reyes

**OBRAS PUBLICADAS
DENTRO DE LA COLECCIÓN**

I. Textos Monográficos

1. Historia y Geografía

1. *Europa y el urbanismo neoclásico en la Ciudad de México. Antecedentes y esplendores*

Federico Fernández Christlieb

2. *México a través de los mapas*

Héctor Mendoza Vargas (coord.)

3. *La Geografía, arma científica para la defensa del territorio*

Luz Ma. O. Tamayo P. de Ham

3. Sociedad

1. *Aspectos sociales de la población en México: educación y cultura*

Lilia Susana Padilla y Sotelo

4. Urbanización

1. *El clima de la Ciudad de México*

Ernesto Jáuregui Ostos

5. Economía

1. *La ganadería en México*

Gregorio Villegas Durán *et al.*

6. Medio ambiente

1. *Los ciclones tropicales de México*

María Engracia Hernández Cerda (coord.)

7. Relaciones Internacionales

1. *Las relaciones diplomáticas de México*

Mercedes Pereña-García

9. Las costas y los mares de México

1. *Características físico-químicas de los mares de México*

Guadalupe de la Lanza Espino

II. Textos de Carácter General

1. *México: una visión geográfica*

Atlántida Coll-Hurtado

III. Métodos y Técnicas

1. *Los mares mexicanos a través de la percepción remota*

Raúl Aguirre Gómez

2. *El paisaje en el ámbito de la Geografía*

Arturo García Romero y Julio Muñoz Jiménez

GEOHISTORIA DE LA CIUDAD DE MÉXICO
(SIGLOS XIV A XIX)

Se terminó de imprimir en el mes de marzo del 2002, en
Los talleres de Punto Gráfico,
Calle Tejocotes 175-3, Col. Del Valle
Tiraje de 500 ejemplares

TEMAS SELECTOS DE GEOGRAFÍA DE MÉXICO

Coordinación General

Dr. José Luis Palacio Prieto
Dra. Ma. Teresa Sánchez Salazar

Secciones:

I. Textos monográficos

Dra. Atlántida Coll-Hurtado

1. Historia y Geografía
Dr. José Omar Moncada Maya
2. Naturaleza
Dr. Mario Arturo Ortiz Pérez
3. Sociedad
Dra. Ma. Inés Ortiz Álvarez
4. Urbanización
Dr. Javier Delgado Campos
5. Economía
Dra. Atlántida Coll-Hurtado
6. Medio Ambiente
Mtra. Oralia Oropeza Orozco
7. Relaciones Internacionales
Dra. Atlántida Coll-Hurtado
8. La Cuenca de México
Dr. José Lugo Hubp
9. Costas y Mares
Dr. Mario Arturo Ortiz Pérez

II. Textos de carácter general

Dra. Ma. Teresa Sánchez Salazar

III. Métodos y técnicas

Dr. José Luis Palacio Prieto

Redactor cartográfico

Lic. Ma. del Consuelo Gómez Escobar

Reconstruir los orígenes y la imagen de la Ciudad de México desde el siglo xiv al xix es uno de los objetivos de este libro. La cuenca donde se encuentra situada, representa una de las regiones urbanas más antiguas, no sólo de México sino de toda América. En esta obra se ha tratado de resaltar la influencia del medio natural en relación con la ocupación del sitio, por lo que se hace especial referencia al problema de las inundaciones, que han sido recurrentes a lo largo de toda la historia de la ciudad. Con el fin de hacerlo más didáctico se han incluido numerosas ilustraciones, en las que se pueden apreciar códices, mapas, edificios, personajes, etc., de las diferentes épocas que se abordan. De igual forma, se ha incluido gran cantidad de citas para despertar el interés del lector por conocer, disfrutar y profundizar en fuentes primarias y secundarias de la historia y la geografía referentes a nuestra ciudad.



ISBN 968-36-9857-3



9

789683

698575